

C863

521

260-3

C.863

San 5

HERIDA

EN EL CORAZON

NOVELA ORIGINAL DE

DON JOSÉ PLÁCIDO SANSON



MADRID

1875

IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ

calle de Bordadores, núm. 4

LA GUIRNALDA

PERIODICO QUINCENAL DEDICADO AL BELLO SEXO

TRES EDICIONES.—Este periódico, que existe desde 1.º de Enero de 1867, es una verdadera especialidad en todo lo relativo á la educacion y labores del bello sexo.

Cada número consta de ocho páginas en folio, de amena é instructiva lectura, ilustradas con excelentes grabados, y de la cubierta, que contiene advertencias útiles, recetas de economía doméstica, y todas las noticias y anuncios de verdadero interés para las familias, colegios de señoritas y escuelas de niñas.

En la EDICION DE LABORES, reparte además grandes pliegos de alfabetos, cifras, medallones y modelos de todas las clases de labores, dibujos para crochet, malla, encaje inglés, y algunos en colores para bordar en cañamazo, con sedas, etc.; piezas de música y un figurín de modas al principio de cada estacion.

En la EDICION DE MODAS á más de la parte literaria reparte figurines iluminados, con sus patrones cortados ó dibujados, figurines especiales de peinados, de sombreros ó de niños, un pliego extraordinario de labores en cada trimestre y piezas de música.

En la EDICION DE ALBUMS. Abecedarios, enlaces y modelos de labores varias, hechos especialmente para que puedan servir de muestrarios en las tiendas y escuelas de niñas.

ÚLTIMA NOVEDAD.—Se facilita por un módico precio á los suscritores los dibujos picados que deseen pasar á las telas ó se dibujan en estas cuantos se quieran.

PRIMAS.—Las suscriptoras de LA GUIRNALDA obtienen una rebaja del 12 por 100 en el precio de las obras literarias del reputado escritor D. B. Perez Galdós, cuyas novelas han alcanzado un éxito extraordinario, y con especialidad sus EPISODIOS NACIONALES: *La Fontana de oro* y *El audaz*, que se venden á dos pesetas tomo. Igual rebaja obtendrán en todas las demás obras que edite ó administre esta empresa.

Asimismo obtendrán la rebaja de la mitad de su valor, en los pliegos de dibujos y piezas de música que se han publicado en los años anteriores.

RIFAS.—Las suscriptoras por año á LA GUIRNALDA, tendrán derecho á ser agraciadas en cada año con una máquina de coser, estampas ó cuadros de valor, de premios de la lotería de Navidad, etc.

REGALOS.—Toda persona que pague en esta administracion un año á las ediciones de labores ó de modas con los álbums, recibirá en el acto un tomo de EPISODIOS NACIONALES por Perez Galdós, ó un álbum de tapicería en colores para cañamazo.

PRECIO.—En Madrid, 4 rs. al mes y año 44. Provincias, trimestre, 14, semestre, 26 y año, 48. Juntas las dos ediciones.—Madrid 6 rs. al mes, semestre 34, y año 64.—Provincias 20, 40, y 72 respectivamente la edicion de labores ó la de modas.—Para más detalles, pídase el prospecto á la

ADMINISTRACION: BARCO, 2, DUPLICADO, 5.º.—MADRID.

PRÓLOGO

Cuando el autor de esta novela escribió el drama titulado *Una mujer*, estaba lejos de pensar que aquel argumento habria de servirle para dar principio á la série de trabajos recreativos, cuyo primer ensayo, *HERIDA EN EL CORAZON*, ve hoy la luz.

El drama *Una mujer* no ha sido nunca representado, y si algun dia lo fuese, cosa poco probable, la sencillez de la trama perjudicaria tal vez al buen éxito; esto sin contar otros varios defectos que saltan á la vista del ménos observador.

De ahí que, al convertir la obra dramática en novela, haya habido que ensanchar el cuadro, introduciendo nuevos caracteres que le diesen variedad é interés, y que justificasen el desenlace.

La novela es el libro moderno por excelencia. El novelista goza de la libertad necesaria para desenvolver una idea moral y civilizadora, sin que le apremien los severos preceptos ni la pompa tradicional del poema. El género se presta á todo, y con tal que el tejido de la fábula no haga las veces de poesía

soporífera, hay carta blanca y no se coarta á nadie la libertad de trasladar al papel lo que su entendimiento conciba. *Hoc opus, hic labor est.*

Por que no basta *escribir* con castizo estilo; es menester además que los hechos sean lógicos; único medio de que sean verosímiles y de que produzca el suspirado efecto. Pero, hay más: ni lo castizo del estilo ni la lógica de los hechos pueden salvar la novela que carece de *interés*. Esta es la palabra sacramental. Y así como un célebre general decía, que para que la guerra tuviese feliz término se necesitaban tres cosas: *dinero, dinero, dinero*; la sociedad moderna, que vive al día, que se distrae fácilmente y pasa con rapidez asombrosa de una á otra emoción, que no perdona al que defrauda su atención, que se fija apenas en las cosas más serias, pide al novelista también tres cosas: *interés, interés, interés*.

El gran mérito de los escritores franceses consiste en que se proponen ante todo *interesarse* al lector. Muchas, quizá el mayor número de las novelas que se dan á la estampa allende los Pirineos, son *de pacotilla*; pero tienen interés, y de ahí su abundante despacho en las librerías nacionales y extranjeras.

¿Lograrán llegar á la posteridad esos libros? Lo dudamos; pero no nos atrevemos á negarlo en absoluto. Todo dependerá de la manera como la posteridad aprecie estas diversas circunstancias.

Sin embargo de lo cual, nosotros, á quienes disuenan las frases anti-gramaticales y los períodos ilógicos, cual si se tratara de notas inarmónicas ó de

un instrumentista que tuviera los dedos torpes, creemos que es dote *sine qua non* para conquistar las palmas de la verdadera gloria, conocer á fondo, teórica y prácticamente, el idioma, ó sea el instrumento de que el autor haya de servirse.

La aspiración debe ser, reunir estas tres condiciones esenciales: *interés, lógica, estilo*.

Añádese á esto la copia de conocimientos morales y filosóficos, históricos y científicos que se necesitan para escribir obras recreativas á la altura de las exigencias modernas, y se comprenderá la inmensa dificultad de llegar siquiera á la primer grada del edificio.

Por eso nos acogemos á la benevolencia del lector en este ensayo y le rogamus que nos juzguen, no por lo que hemos hecho esta vez, sino por lo que podamos hacer en lo sucesivo.

La empresa está erizada de obstáculos, que obstruyen el paso y embargan la subida al templo de los privilegiados. Lo sabemos; lo cortés no quita lo valiente; ó, lo que es lo mismo, el temor á las espinas no nos impide alargar la mano para ver de coger las rosas.

¡Dichoso el que lo consigue, aún á riesgo de que salpiquen algun gotas de sangre sus atrevidas manos!

Madrid, Julio 15 de 1872.

HERIDA EN EL CORAZON

CAPÍTULO I

La madre.

En una modesta habitación de la calle del Espíritu Santo, por mal nombre, pues nada de espiritual ni de santa tiene la tal calle, una de las más sucias y bullangueras de la coronada villa de Madrid, vivían hacia el año 1837 dos angelicales criaturas, que vamos á presentar en breves palabras á los ojos del lector.

Eran madre é hija. Llamábase la primera doña Mencía Cruz de Barco y la segunda Adela.

Doña Mencía parecía contar unos cincuenta y tres años de edad, y se recomendaba al que la observase de cerca por el aire melancólico de su mirada y los surcos que el padecimiento había señalado en sus mejillas. Conociase que había sido hermosa, sobre todo en los graciosos hoyuelos de la boca que daban á su sonrisa una expresion de indecible bondad y hasta de candidez.

Adela, lindísima joven de diez y nueve años, dotada de lánguidos y rasgados ojos, simpática sin ser una belleza perfecta, dulce y generosa con los pequeños, altiva con los que ostentaban superioridad, en extremo susceptible, incapaz de faltar á nadie, pero no dispuesta á tolerar el agravio, de esquisita sensibilidad, tierna en el decir, algo novelesca en los raptos de su imaginación, suspicaz á veces, otras demasiado confiada, era el tipo que los pintores de la buena escuela desean y temen al mismo tiempo tener que trasladar al lienzo por lo vago é indefinible de sus especialísimos contornos.

Madre é hija estaban ocupadas en las labores propias del sexo. Adela bordaba una mantilla de tul negro, y de vez en cuando se humedecían sus ojos, como si un secreto pesar le embargase el alma. No se escapaban á doña Mencía aquellas lágrimas de la pudorosa joven, y al poco rato se entabló entre ambas el siguiente diálogo:

—¿Por qué estás siempre tan triste, Adela? ¿No ves, hija mía, que me matas con ese intenso dolor cuya causa ignoro? ¿Lloras?... Cuéntame tus penas y ese desahogo verás cómo te alivia.

—Mamá, si no lloro, si no estoy triste. ¿Por qué había de estarlo? ¿No me ha dado Dios en Vd. cuanto pudiera desear una joven que no ha conocido á su padre? Prefiero morir á afligir á mi buena mamá.

Y Adela se esforzó en ocultar la conmoción que, á su pesar, revelaban lo trémulo de la voz y la tersura de la vista.

—Tratas en vano de disimular y te venden esas lágrimas que se deslizan por tu rostro.

Doña Mencía cogió el pañuelo de batista que Adela tenía en la mano y secó las mejillas de ésta; después las tocó cariñosamente.

—¡Si están que queman!—exclamó.—¿De qué es este fuego, hija mía?

—Es...—contestó Adela balbuceando—que hace calor y...

Doña Mencía besó con ternura á la joven.

—No hay—dijo—como el beso de una madre para refrescar el rostro de su hija.

—Verdad, mamá: me siento mejor.

Madre é hija se abrazaron estrechamente y permanecieron así en silencio largo rato. Doña Mencía comenzó de nuevo á hablar; el tono de la voz descubría la profunda emoción del espíritu y el idealismo del maternal afecto, sosten de su atribulada existencia.

—¡Virgen santa, no me prives de esta hija, único lazo que me ata á un mundo, fuente para mí de tanto dolor, de tanta angustia! Nada más te pido, en medio de las miserias que me rodean, ¡nadá más!...

Otra pausa: oíanse los sollozos de Adela.

—¡Ahora—dijo casi ahogada por el llanto—ahora sí que lloro!

Y continuó doña Mencía, aumentándose gradualmente su exaltación:

—Recuerdo que eras muy niña, Adela, cuando enfermaste. ¡Oh! ¡qué terribles horas pasé á tu lado, ángel mío! Te pareces tanto á tu difunto padre, que creí perderte sólo porque eres fiel retrato suyo... Se me figuraba que el Cielo me quería privar de todo lo que endulzaba mi cruel pena! Siempre junto á la cuna, sin apartar de tí la vista, contando las palpitaciones de tu corazón, infiltrándote mi aliento, anhelante, calenturienta, medió loca, con las manos cruzadas y los ojos fijos en la imagen de nuestro Señor, le rogaba día y noche que te salvase ó que muriésemos las dos en el mismo minuto. Si, si; recuerdo haber

creído ver la muerte cerniéndose sobre tí... sobre tí, en quien se cifraba todo mi cariño, toda mi esperanza! Entonces abriste los párpados buscándome... y me miraste... ¡Qué mirada, Adela!... No he podido olvidarla jamás. Faltóme la respiración y caí exánime: en aquel momento me sentí arrebatado á las alturas, y allí estabas tú cercada de ángeles que te ceñían una corona de rosas blancas... Me abrias los brazos; pero yo no alcanzaba hasta tí. ¡Qué horrible pasadilla!... Cuando volví en mi acuerdo y toqué tu frente, la encontré bañada de sudor. La reacción había sido favorable. Estabas salvada.

Adela, sin articular una palabra, se arrojó en los brazos de su madre, y ocultó la cabeza en su seno. Doña Mencía prosiguió:

—¿Sería un presagio, hija de mi alma? ¡Ay! ¡No lo quiera Dios! Y sin embargo, cada vez que te veo triste y llorosa se me representa aquel coro de ángeles con coronas de rosas blancas y te miro entre ellos. Sabes que, desde que nos faltó tu padre, apenas contamos con lo indispensablemente necesario para poder vivir sin mendigar el pan. Yo, no obstante, nada le pido á Dios sino que te conserve buena y virtuosa. Así, tal vez algún hombre honrado te elija por su compañera.

Los sollozos de Adela eran ahora más fuertes. Doña Mencía lo notó, y exclamó alarmada:

—¿Será que ames ya, hija mía?

—No, no...

—Sé sincera con migo. Cuando el amor no es culpable, no tiene una joven por qué sonrojarse de amar. Segura estoy de tí, pues te conozco, y nadie como yo sabe apreciar la candidez é inocencia de tus sentimientos. Hija mía, hay que guardarse mucho del mundo; porque los hombres, en general, no nos respetan. Buscan en nosotras la satisfac-

ción de un capricho, y ¡ay de la que se deja alucinar por sus halagüeñas frases! Es la copa de hiel con el borde de almívar; es el abismo bajo las rosas; es...

Al llegar aquí doña Mencía, sonaron pasos afuera, y Adela se apresuró á interrumpir á su madre:

—Alguien viene—dijo.

Doña Mencía se enjugó los ojos.

—¿Eres tú, Antonia?—preguntó.

—Si señora—contestó una voz algo cascada.—Han llamado, y es el señorito D. Ernesto.

—Haz que pase.

La fisonomía de Adela se animó extraordinariamente.

A los pocos minutos entró Ernesto.

CAPÍTULO II

El amigo.

En la época á que nos referimos no habia descendido aún la sociedad moderna española hasta donde la vemos postrada actualmente. Hoy recogemos la herencia de gobiernos corruptores, y por desgracia esta mala yerba ha abundado, no sólo en los tiempos del absurdo absolutismo, sino tambien en los de la libertad, hija predilecta de Dios.

La guerra civil, haciendo afluir los espíritus á un fin comun, el de emanciparse para siempre de la feroz dominacion de los satélites del oscurantismo, les inspiraba cierta fortaleza, casi diríamos cierta sublime virtud que no les permitia mancharse con el cieno de las malas pasiones.

Habia demasiados héroes para que las almas viles abundasen. Los jóvenes ó peleaban en las filas del ejército, ó como milicianos nacionales eran la salvaguardia del hogar, de la familia, de los más caros intereses.

Cuando se defienden causas nobles, surgen del corazón sentimientos generosos. Porque en la vida todo es armónico: existe correlacion en lo grande como en lo pequeño.

Tal es la ley de la humanidad.

Entonces habia amistad verdadera, amor verdadero, entusiasmo por lo heroico, simpatía por la inocencia; y se

experimentaba irresistible horror á todo lo bajo, á todo lo vicioso, á todo lo abyecto.

Quien juzgue de la sociedad de aquellos tiempos por la sociedad de hoy, se expondrá á desnaturalizar los hombres y las cosas.

En cuanto terminó la guerra civil dió principio la degradacion moral; y esto, que parece á primera vista una paradoja, se convierte en verdad innegable á poco que se examine el aspecto que fué tomando la cuestion política en los años que siguieron al famoso convenio de Vergara.

No se crea que vamos á lamentar el hecho de abrazarse dos huestes de hermanos, en mal hora divididas por intestinas discordias: ¡librenos Dios de ello! Consignamos lo que fatalmente sucedió, y nada más.

Vanos han sido los esfuerzos de algunos varones insignes por restablecer el equilibrio moral: se han estrellado contra los perversos instintos del mayor número, contra la glacial indiferencia, el estúpido egoismo, la pasion del juego, del vino y de las mujeres.

Cada año que ha pasado ha sido una nueva etapa de la sociedad española en esa senda de perdicion.

¡1854... 1868!... Dos esperanzas desvanecidas: dos desengaños más.

¿Habremos por eso de desesperar? Nunca. Obreros del porvenir, con el alma sana y la aspiracion firme y constante marcharemos sin cobarde tibieza hácia la consumacion del trabajo de los siglos, legando á las generaciones futuras el fruto de nuestro sudor, de nuestras vigiliass. Ellas nos lo apreciarán.

Ernesto y Arturo eran dos amigos verdaderos: juntos habian combatido contra los carlistas, vistiendo el uni-

forme de nacionales; juntos habian estudiado en los mejores modelos la literatura y las bellas artes. Tenian ambos la pasion de lo honesto y de lo bello. Deleitábanse con la buena música, con los buenos versos, con los cuadros de los grandes pintores; y se les veia á menudo en la Opera, en el Museo, en el teatro del Príncipe, aplaudiendo las dulces melodías de Bellini y Donizzetti, los dramas de García Gutierrez y Hartzenbusch, ó extasiados ante un lienzo de Murillo, de Velazquez ó de Rafael.

Arturo pertenecía á una familia noble, pero á la que sólo restaban ya los pergaminos; pues, de resultas de un reñidísimo pleito, la masa principal de los bienes del mayorazgo habia pasado á otro pariente, y esa habia sido la causa de la temprana muerte de su padre, el marqués de Nules, que no tuvo valor bastante para sobrevivir á la pérdida de su fortuna.

Arturo profesaba un tierno cariño á la marquesa viuda, excelente señora, pero con todos los defectos de la clase. El orgullo de raza influia en todas sus acciones, y jamás abandonaba el acompasado ceremonial de las antiguas casas, que tan fastidioso nos parece hoy, y que á duras penas se conserva aún en algunos vetustos palacios señoriales.

La madre de Arturo correspondia al cariño de su hijo con el más entrañable afecto; pero sin *descender* en sus expansiones más íntimas de la *altura gerárquica* de los Nules. No podia persuadirse la pobre señora de que la pérdida de aquel fatal pleito la imposibilitaba de seguir ostentando tan gran lujo de pretensiones, y que así se ponía evidentemente en ridiculo. Arturo no se atrevia á sacarla de su error.

Muchas de sus visitas habian cesado de frecuentar los salones, un dia centro de la alta sociedad de Madrid, y la

marquesa viuda, si bien padecia al verse en aquel aislamiento, consolábase alimentando la esperanza de que, por cualquier incidente imprevisto, la hacienda de los Nules volveria á formar el patrimonio de sus *legítimos* dueños.

Esta ilusion era el puntal de su vida; porque equivalia para ella á la muerte, imaginar tan sólo que Arturo no tendria con qué sostener el brillo deslumbrador de su alta alcurnia.

La habitacion del joven estaba amueblada decentemente, pero sin lujo; notándose á cada paso que Arturo preferia los goces de la inteligencia á los caprichos de la vanidad, estéril siempre, sobre todo cuando no va acompañada de la riqueza.

Una libreria de palo santo y construccion antiquísima era el mueble predilecto de Arturo. Pasábase las horas enteras leyendo nuestros clásicos; y en cuanto veia entrar á Ernesto, le comunicaba sus observaciones acerca del mérito de Fray Luis de Leon, de Rioja, de Herrera, entusiasmándose ambos con tan amena lectura, y olvidando las miserias del mundo, tras de las cuales corren los más... sin escarmentar nunca.

Sentado delante de la vetusta librería hallábase Arturo triste y como pesaroso, cual si le embargase el ánimo una terrible angustia. Habia celebrado una larga conferencia con su aristocrática madre, y sentíase desde entónces sujeto á hondas cavilaciones que ahora se convertian en impacientes sobresaltos.

Al menor ruido acudia á la puerta de su habitacion, miraba solícito en todas direcciones y aplicaba atento oido por si percibia las palabras de alguno. Parecia asáltado de temores y zozobras.

Desvanecida la idea que le habia arrancado de su asiento, volvía á él con la cabeza inclinada y los brazos

caídos; diríase que al mismo tiempo deseaba y temía la llegada de una persona.

Traslademos al papel el monólogo interior de su atribulado espíritu:

—¡Imposible... imposible!... Madre mia, es un sacrificio para el cual me faltan fuerzas y resolución. ¡Y Ernesto que no viene!... Se me figura que oigo sus pisadas... Ahí está... No era él... Otras veces no se ha hecho desear tanto... El que espera desespera; cierto. Mi madre ha estado inexorable, y en parte le doy la razón. Si yo pudiera armonizar ambos deberes... ¿Y cómo? Mi madre es tan severa, que no me atrevo á contradecirla, y mucho menos á descubrirle lo que pasa en este pobre corazón... Conozco que me quiere hasta con fanatismo; y yo le correspondo con idolatría. ¿Qué pretexto he de buscar para no emprender el viaje? A la verdad, será por corto tiempo. Ella me lo ha dicho; y aunque así no fuese, una vez en París me será fácil arbitrar algo... una enfermedad, por ejemplo, y... Pero Ernesto no acaba de llegar... Tampoco era él quien subía ahora... Me falta la paciencia... No hay verdadera amistad en el mundo... El egoísmo predomina... No obraría yo de este modo con él... ¡Faltar á la cita que le tengo dada!... Es un ingrato... ¡Pobre Adela! ¡Cuánto siento el disgusto que te va á producir la fatal noticia! Pero... no hay remedio... Es el mandato de una madre... Preciso es partir, y partir en seguida... ¡Infeliz niña, tan inocente y candorosa! Juro no olvidarte jamás, pese á quien pese... Obedeceré y saldré de Madrid, dejándome atrás el corazón... ¡Sí, madre mia, dejándome atrás el corazón! Porque mi amor á Adela no es una de esas pasiones vulgares que se olvidan con la ausencia; posee y domina todo mi ser. ¡Adela me quiere de veras, y yo no puedo prescindir de su afecto sin cerrar los ojos á la luz!

En aquel momento se abrió la puerta y Ernesto entró sin anunciarse, como hacía siempre; tal era la confianza que reinaba entre ambos jóvenes.

—¿Qué hablabas entre dientes, mi querido amigo?— preguntó el recién llegado.

—¡Ay, Ernesto! Me marchó.

—¿A dónde?

—A París. Mi madre, enterada no sé por quien de las relaciones que me unen á Adela, lo ha decidido así; creyendo que la ausencia borraré de mi pecho la dulce imagen de esa graciosa niña. París le ha parecido á propósito...

—Y no ha pensado mal tu madre.

—Ha pensado mal, si señor, ha pensado mal. ¡Pues qué! ¿Se figura que Adela es una chica vulgar, y que mi amor es amor de pacotilla? No, mil veces no; bien lo sabes tú.

—Me place oírte expresar así. En efecto, Adela merece que se la ame como tú la amas.

—¿La has visto hoy, Ernesto?

—No, pero si te parece la veré esta noche.

—Sí; es preciso, amigo mío, que le anuncies mi partida.

—¡Cuánto va á afectarla, Arturo!

—Lo sé; y no obstante, como comprenderás, fuerza es obedecer por esta vez á mi madre, cuyo carácter no desconoces; á reserva de imponerle más adelante la ley de la necesidad, á que habrá de doblegarse.

—¿Lo crees, Arturo?

—¡Si lo creo! Como que me quiere mucho, y no podrá menos de rendirse á mis reiteradas súplicas. Dándole hoy gusto, seré mañana el árbitro.

—Haga Dios que no te engañes, amigo mío.

—Pero... ¿Imaginas que mi madre lleve la preocupacion de raza hasta el extremo de preferir mi eterna desventura

al sacrificio de su vanidad? La obediencia tiene límites, Ernesto, y esto no lo ignora mi madre.

—La marquesa, querido Arturo, es señora de relevantes cualidades y digna del respeto que generalmente se la profesa; pero por desgracia no transige en materia de alcurnia y de pergaminos. Adela carece de lo uno y de lo otro.

—Adela—exclamó Arturo con entusiasmo,—posee la alcurnia y los pergaminos de la gracia, de la distinción y de la virtud; los mejores cuarteles que pueden adornar un diploma de nobleza. Mi madre, estoy seguro, cederá al fin.

—Bien, bien, Arturo.

—¿Continúa doña Mencía ignorando mis relaciones con su hija?

—Sí. La tristeza de ésta la induce á veces á sospechar que ocurre algo, pero hasta ahora son vagas conjeturas y nada más.

—Ya llegará el tiempo de descubrirse todo. Pasado mañana me marcho á París, y mañana por la noche quiero despedirme de Adela. ¿Se lo dirás?

—Sí, amigo mío.

—Gracias.

Y los dos jóvenes se separaron.

Los amores de Arturo y Adela contaban apenas seis meses de existencia, y ya habían subido á la altura que el lector acaba de ver y se revelaba además en el diálogo anterior de la madre y la hija.

Su origen era el más natural y sencillo. Ernesto, que conocía á aquella honrada familia, elogió á Arturo las raras prendas de la joven. Arturo deseó apreciarlas por sí

mismo y acompañó á su amigo á la iglesia donde tenían costumbre de concurrir doña Mencía y Adela.

Arturo se prendó del aire distinguido y de las gracias que adornaban á la joven, y presentado por Ernesto á la salida de la iglesia, sus ojos y los de Adela se encontraron y se comprendieron.

Le pareció que no debía hacer partícipe de aquella impresión á la madre; pues calculaba, y no sin razón, que doña Mencía, sabedora de que era hijo único de la marquesa viuda de Nules, no aprobaría las relaciones de su hija con el heredero de aquella arruinada, pero orgullosa familia.

Ernesto fué el lazo de unión entre los dos entusiastas y novelescos amantes. En los sentimientos de estas tres criaturas todo era verdad, lealtad, elevación: aún no se hacía gala de la mentira, de la mala fé, de la bajeza.

Como Arturo resolvió no presentarse en casa de Adela, los jóvenes se entendían por medio de cartas, y una ó dos veces á la semana hablaban, durante tres cuartos de hora, aprovechando el primer sueño de doña Mencía, ella desde el balcón del piso principal de su modesta casa y él desde la calle, á la sazón completamente libre de importunos.

Ni Arturo ni Adela pensaban en los peligros del porvenir. Queríanse con entrañable afecto ¿qué les importaba lo demás?

Las nubes iban á oscurecer bien pronto aquel horizonte de color de rosa.

CAPÍTULO III

Continuacion del anterior.

Cuando Ernesto entró en la habitacion donde estaban Adela y su madre, fácil fué notar el grande aprecio que de él se hacia en aquella casa. Merecía ciertamente, pues era, digámoslo así, el paño de lágrimas de doña Mencía, á la que distraía contándole anécdotas, más ó menos chistosas, sobre determinados sugetos, y poniéndola al corriente de las novedades de la corte.

No debe extrañarse que doña Mencía se entretuviese oyendo las *historias* de Ernesto, porque la curiosidad es lo último que pierden las mujeres. Una mujer de edad avanzada que deja de ser curiosa, se acerca decididamente al otro barrio: es regla sin excepcion.

Por otra parte, la curiosidad es cosa laudable; más aún, es cosa necesaria al progreso de las sociedades. ¿Qué seria del globo terráqueo si nuestra común madre Eva no hubiera sido curiosa?

Por de pronto andariamos todos desnudos; esto, en el supuesto de que existiera la especie humana, lo cual no nos atrevemos á negar, ni mucho ménos á afirmar.

La curiosidad es madre de la ciencia. No pretendemos, al decir esto, que el lector tenga á doña Mencía por una

mujer científicá. Todo su saber se reducía al conocimiento de las labores femeniles; pero era muy aficionada á las hablillas, con tal que no pellizcasen la ajena honra.

Jamás se habia oído á doña Mencía murmurar del prójimo. Excelente carácter, corazon de oro y modelo de madres, como ántes lo habia sido de esposas.

Ernesto saludó y fué á sentarse en medio de ambas.

—No esperábamos á Vd. esta noche,—dijo doña Mencía.

Antonia encendió el quinqué, retirándose en seguida.

—¿Molesto acaso?—preguntó el jóven.

—Al contrario,—dijo Adela.—Siempre nos son gratas las visitas de Vd.

—Gracias.

—Viene Vd. muy ceremonioso, Ernesto.

—Y Vd. está muy expresiva, Adela.

—¿Qué novedades nos cuenta Vd?—dijo doña Mencía.

—No sé ninguna que valga la pena de contarse. La Puerta del Sol ha enmudecido hoy: Continúan los mismos ministros; la Bolsa baja y el precio de los comestibles sube: la guerra civil consume todos los recursos del Tesoro y las clases activas y pasivas ponen el grito en el cielo.

—La guerra civil me asusta—murmuró Adela.

—¡Ca! Cuando se ha visto de cerca á los carlistas, no se les teme.

—¡Ya! ¡Como Vd. los ha visto!...

—Y me envanezco de ello. Mi amigo Arturo y yo hemos salido en su persecucion diferentes veces.

Adela no pudo ménos de inmutarse al oír el nombre de Arturo.

—Parece que quiere Vd. mucho á ese amigo—dijo doña Mencía,

—Nuestra amistad data desde la niñez—contestó Ernes-

to;—hemos ido juntos á la escuela, y luego al colegio; tenemos los mismos gustos é inclinaciones análogas.

—Sin embargo, aseguran que ese Arturo, aunque hijo de una marquesa arruinada, es bastante orgulloso.

Adela hizo un movimiento, como si intentase salir á la defensa del jóven; pero se contuvo.

—¡Arturo orgulloso! Han engañado á Vd., señora. La amistad que le une á mí, prueba que no lo es. Ya sabe usted que no soy noble, y á pesar de eso Arturo no tiene amigo más íntimo que yo. Frecuenta poco los salones de la alta sociedad, cuya etiqueta le repugna. No se propasa jamás con los humildes y goza en humillar á los soberbios. Yo he visto á Arturo tender la mano á un pobre ciego que se habia extraviado y conducirle gran rato, hasta que le puso en camino. Crea Vd. señora, no es pasión de amigo la que me induce á hablar así; es justicia.

Adela parecía seguir con el corazón á Ernesto en su entusiasta arrebató.

—Vamos, no se acalore Vd., que no es para tanto—dijo doña Mencía.—Como Vd. se expresa tan elocuentemente, veo que Adela participa hasta cierto punto de su entusiasmo, y eso que apenas conocí á ese jóven. Desde el día en que Vd. nos le presentó al salir de la iglesia, creo que sólo unas dos ó tres veces le habremos visto.

Ernesto, que en efecto se habia exaltado más de lo que tenia de costumbre, recobró su aplomo y tartamudeó las siguientes palabras:

—Perdone Vd., señora; pero es achaque de la verdadera amistad defender al ausente que sacrifica en sus aras.

—Ernesto, me hace Vd. entrar en deseos de conocer á su amigo.

—De seguro le apreciaría Vd. si le tratase.

—Vd. no ha querido que le tratásemos.

—Se me figuró notar en Vd. cierta repugnancia...

—Aprehension.

—Entonces... Pero, aguardaré á presentarle en esta casa cuando vuelva de su viaje.

Adela tuvo que hacer un grande esfuerzo para contener un grito.

—¿Marcha de Madrid su amigo de Vd.?—preguntó con voz apenas perceptible la jóven.

—Negocios de familia le obligan á ausentarse por poco tiempo.

—¿Y á dónde va? ¿Puede saberse?

—A Paris. Sale pasado mañana y piensa estar de vuelta á principios del mes entrante.

Adela se puso extraordinariamente pálida. Doña Mencía advirtió la trasformación del rostro de su hija.

—¿Te sientes mala, Adela?

—Parece como si fuera á faltarme la respiración.

Doña Mencía se levantó y salió precipitadamente en busca de un pomito que tenia con alcanfor.

Ernesto aprovechó aquel instante.

—Adela—dijo,—mañana por la noche en el balcón á la hora de costumbre:

—Pero... ¿es cierto que se va Arturo?

—Se va... para volver dentro de poco. No sea Vd. niña... No...

Doña Mencía cortó la frase. Traía el pomito, que hizo respirar á la jóven. Adela consiguió reponerse.

—Me retiro—dijo Ernesto.

—¿Tan temprano?

—Son las diez y me aguardan unos amigos. Adela, es preciso cuidarse. Señoras, á los piés de ustedes.

Ernesto iba á salir; pero ántes se le aproximó doña Mencía y le dijo en voz baja:

—Necesito hablar con Vd. á solas.

—Pues mañana... por la noche.

—Le espero á Vd., Ernesto.

—No faltaré.

Apenas hubo salido el jóven, corrió doña Mencía adonde estaba Adela y la estrechó en sus brazos.

Permanecieron abrazadas, sin desplegar los labios, cerca de un cuarto de hora.

Doña Mencía empezaba á ver claro.

CAPÍTULO IV

Una escena de familia.

Arturo se había acostado de muy mal humor la noche del día en que dió á su amigo la comision de anunciar á Adela su marcha. Dotado de leal corazon, incapaz de una felonía y amando de veras á aquella interesante jóven, presentábasele el porvenir hartos oscuro, y como que temblaba de antemano ante la perspectiva de una cruel desventura.

Los sueños que tuvo no fueron nada tranquilizadores.

Uno sobre todo le alarmó extraordinariamente.

Apareciósele la figura severa de su padre, el difunto marqués de Nules, con la mano derecha extendida hácia un objeto que, al principio, no distinguia bien á causa de la blanca nube que medio lo ocultaba. Por último, la nube se disipó, y Arturo, no sin algun trabajo, pudo divisar el cadáver de una mujer:

¿Quién era? ¿Por qué su padre se la señalaba con tal ahinco? ¿Qué pretendia darle á entender?

Reuniendo todas sus fuerzas se aproximó... ¡Era el cadáver de una jóven!

Se aproximó más... ¡Era el cadáver de Adela!

Despertó, bañado en frio sudor y trémulo de asombro.

En aquel momento el reloj de pared daba las doce. Arturo no logró dormirse hasta las cuatro.

Después de almorzar en compañía de su madre, ésta le invitó á que pasase al gabinete; pues, debiendo marchar al siguiente día, deseaba tener con él una hora de espan-sion.

Arturo inclinó la cabeza y obedeció.

Ya en el gabinete, sentóse la marquesa viuda en una butaca, y Arturo lo hizo en una silla, á su lado.

Hubo unos instantes de silencio.

La marquesa miraba de hito en hito á su hijo, que permanecía sin levantar los ojos del suelo. Estaba quizá preocupado por la imágen, impresa en su mente, de aquel misterioso sueño.

—¿Qué pensamientos te asaltan, hijo mio?—preguntó al fin la marquesa viuda.

—Recordaba á mi padre—contestó el jóven..

—¡Ah! Haces bien, porque su recuerdo, en vísperas de marchar, no puede ménos de serte provechoso. ¡Dios castigue al que fué causa de su muerte, despojándole de los bienes que constituian el pingüe mayorazgo de los Nules!

—Madre mia, si ha habido despojo, cúlpese á los tribunales de justicia que...

—¡Justicia! ¡Tribunales!—exclamó la marquesa, interrumpiendo á Arturo.—No hay más tribunales de justicia que los de Dios, y ante ellos emplazo al que, sin ningun derecho, turbó en la quieta y pacífica posesion de su legítima hacienda á tu buen padre y mi esposo, el noble marqués de Nules.

La marquesa viuda pronunció estas palabras con tan solemne acento, con tal conviccion de la verdad de lo que decia, que Arturo no se atrevió á contrariarla. El jóven, acostumbrado á acatar los fallos de la ley, ni siquiera osa-

ba quejarse de los que le condenaron á perder la herencia de sus abuelos, y no comprendia la exaltacion de la altiva matrona, obligada por la sentencia de un tribunal á descender en la categoría del blasonado orgullo humano.

—Sí—prosiguió la marquesa, —recuerda las virtudes de tu padre y procura imitarlas: así no faltarás á tu deber... á tu deber ¿oyes, Arturo?

Las mejillas del jóven se enrojecieron.

—Jamás he olvidado lo que el deber me prescribe—dijo con voz serena.

—Ya lo sé, hijo mio; pero pueden ocurrir tales cosas en la vida... Mira, Arturo, vas á Paris, centro de corrupcion, donde los hombres de tu edad ven abierto el palenque á sus pasiones, y son raros los que no se arriesgan á batallar en él, siendo los más de ellos víctimas de su imprudencia ó de su locura. No ignoras el motivo de tu marcha, y sabes que sólo por evitar un mal mayor consiento en que te apartes de mi lado.

—¡Madre mia, tenga Vd. compasion de esa pobre y digna criatura!

—¡Pobre y digna criatura llamas á la que, conociendo tu clase, se ha atrevido á acoger tus galanteos, á corresponderte!

—¡Madre mia, por Dios!

—Si esa jóven comprendiese lo que es dignidad, se guardara bien de escuchar las palabras amorosas de una persona de tu categoría. ¿Qué pretension es la suya? ¿Aspira á tu mano? Imposible. ¿Aspira solo á tu corazon? Entonces, ¿cuál es su dignidad? Responde.

Arturo se mordía los lábios, contenido por el respeto.

—¡Pobre y digna criatura esa aventurera!...

Arturo se levantó de golpe.

—Sí, esa aventurera...

—No prosiga Vd., madre mía; que la injuria y la calumnia no sientan á venerables lábios, y está Vd. injuriando y calumniando á Adela.

La marquesa se puso en pié, como si la hubiese mordido una vibora.

—Con que injurio y calumnia á Adela... á tu ...

—A mi futura esposa, madre mía.

—¡Jamás!

—Adela es la misma virtud.

—¡Jamás!

—Adela me quiere y yo la adoro.

—¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás!

Y la marquesa cayó casi desmayada en la butaca.

Arturo, que era ante todo excelente hijo, se precipitó hácia ella y la estrechó en sus brazos, llenando de besos la frente y las mejillas de su madre.

—¡Perdon, madre mía, perdon! No volvamos á hablar de eso—dijo apresuradamente el jóven.—Yo me marcho mañana, y no parece bien que los instantes que debemos dedicar á las efusiones del alma los perdamos en disputas estériles y cuyas consecuencias son siempre fatales. Si he pronunciado alguna frase inconveniente, si he faltado á usted... á quien amo con todo mi corazón, á quien profeso el respeto más profundo... ¡perdóneme Vd.! De rodillas se lo suplico.

Arturo se arrodilló á los pies de su madre.

La marquesa, por toda respuesta, rodeó con sus brazos el cuello de Arturo y le besó en la frente.

Después le indicó por señas que podía retirarse.

Arturo obedeció.

Una vez sola, la altiva señora se levantó de la butaca, y con voz solemne, extendiendo ambos brazos, exclamó:

—¡Jamás! ¡Jamás!

CAPÍTULO V

¡Pobre Antonia!

Sólo dos veces hemos escrito el nombre de Antonia en las anteriores páginas, y esto de revuelo. Sin embargo, como la persona á quien lo hemos aplicado debe representar un importante papel en la presente novela, vamos á darla á conocer á nuestros lectores.

Antonia, según ya se ha visto, era la criada de doña Mencía. Llevaba en aquella casa algunos años y poseía la confianza de su señora y sobre todo de Adela.

Hay en el mundo criaturas *afortunadas*, de las cuales puede con verdad decirse *que nacen de pié*. Son simpáticas á todos: si cometen una falta, se las excusa en el acto; si por casualidad tropiezan, se alargan muchas manos á sostenerlas para que no midan el suelo; si hacen una *insignificante* limosna, hallan aduladores serviles que elevan á las nubes su *innata* caridad, su *bondadoso* corazón, sus *cristianas* virtudes; si lloran, aunque sea de placer, oyen exclamar en derredor suyo: ¡Pobre! Si es mujer y se casa con un opulento banquero, no faltará quien, á pesar de sus riquezas, la califique de *pobrecita*! Si es hombre y hereda una fortuna, ó le cae la lotería, encuentra siem-

pre tontos que, hablando de él, no omiten la consabida frase:—*¡El pobre!* Ha tenido suerte.

¡Venturosas criaturas que monopolizan la simpatía universal!

Si son feas, parecen hermosas.

Si son avaras, se decanta su prodigalidad.

Si adolecen de grosería, se las llama corteses y galantes.

Siempre son *pobres*, aunque vivan en medio de la abundancia.

¡Pobre Juan! ¡Pobre Dolores! ¡Pobre Pepe! ¡Pobre Rafaelito! (Y es un Rafaelazo) ¡Pobre Maria!...

Sucedíale á la criada de doña Mencia algo parecido á esto. En su humilde clase de sirviente, explotaba á las mil maravillas el *don de agradar*, de que era poseedora. Habiase ganado el afecto de sus amas, que, cuando hablaban de ella en el círculo de las amigas, jamás lo hacían sin añadir el indispensable calificativo: *¡Pobre Antonia!*

Y eso que la fisonomía de la tal criada más bien era repugnante que atractiva. Contaba de treinta y cinco á cuarenta años de edad, y tenía la frente estrecha, los ojos pequeños, la nariz algo chata y los labios casi imperceptibles de puro delgados. Tipo repulsivo; sólo que afectaba cierta cadencia *melosa* en la voz, cierta flexibilidad *dulzasa* en los modales, cierta hipocresía *de convención*, que engañaban y seducían á las personas poco observadoras.

Iba á la compra, y volvía con los mejores artículos, porque los vendedores servían todos bien á la *pobre Antonia*.

Si le faltaban cuartos en la cuenta, doña Mencia no regañaba jamás á la *pobre Antonia*.

Cuando se sentía cansada y se quejaba del mucho peso que traía encima, presentábase, como si brotase de la tier-

ra, algun *camarada* que ayudaba á la *pobre Antonia* á llevar su *pesada* carga.

Pues bien; aquella *pobre Antonia* era una mala mujer, en toda la extensión de la palabra. Aún no se le podía echar en cara ningún delito, y no obstante, era materia dispuesta para delinquir en grande escala.

Vése esto con frecuencia, á poco que se sondea el corazón humano. Es un estudio que conviene hacer, y que, por desgracia, se abandona. ¡Cuántos desastres se evitarían si no se descuidara á tal extremo el exámen de esas naturalezas engañosas, de esos instrumentos cuyas cuerdas, no pulsadas todavía, despedirán sonidos infernales apenas se las toque!

Doña Mencia y Adela habían sido bastante afortunadas para que nadie pensase utilizar, en daño suyo, aquel ruin reptil que prosperaba á su sombra. Ernesto y Arturo eran dos jóvenes de una honradez á toda prueba y ni siquiera sospechaban que Antonia ocultase dentro de sí tal tesoro de diabólica armonía. Creíanla una *pobre* mujer y nada más.

Luego veremos lo que la *pobre* mujer fué capaz de poner en ejecución, desde que hubo quien la comprendiera, quien *pulsara* las cuerdas del instrumento.

CAPÍTULO VI

Los dos amores.

Vivamente afectado había salido Arturo de la habitación de su madre, después de tan violenta lucha entre los dos amores que se disputaban su corazón. Presentábasele por un lado Adela con todas sus gracias, con su virginal inocencia, con su lealtad acrisolada, y por el otro la marquesa viuda que tan extremadamente le quería y á la que debía y profesaba tierno cariño y profundísimo respeto.

El joven, contrariado en su primera pasión por las preocupaciones del mundo, se revolvía contra éste, censurándolo, anatematizándolo todo. A nadie perdonaba, con tal de excusar á su madre, que, según él, era una víctima de las formalidades sociales, puesto que, si se estudiaba el corazón de la marquesa, encontrábasele lleno de bondad y dulzura.

Y era que la marquesa viuda de Nules no tenía más que un defecto: el orgullo de raza. Este defecto había subido de punto con la pérdida del mayorazgo; y en vez de abatirse aquella altivez, fundada en viejos pergaminos, al ver decrecer la riqueza, habíase irritado y aumentado hasta un grado apenas concebible.

¡Casarse su hijo único, su Arturo, con Adela, con una

mujer que no pertenecía á la antigua nobleza! Imposible. Era menester impedirlo á toda costa.

Arturo, que no había calado hasta el fondo este desenvolvimiento del habitual orgullo de su madre, se figuraba vencer aquella resistencia condescendiendo de pronto; y como la quería entrañablemente, si alguna vez percibía una leve nube en el cielo azul de sus esperanzas, apresurábase á cerrar los ojos para no continuar viéndola.

La escena, no obstante, que acababa de pasar había sido demasiado significativa, y sentíase pesadoso y como combatido de tristes presentimientos.

Iba á separarse de Adela.

Su madre desconocía las relevantes prendas de esta encantadora joven.

La marquesa había pronunciado un terrible ¡Jamás! que sonaba aún siniestramente á los oídos de Arturo.

Una vez él ausente, ¿quién sería el escudo, el amparo, el protector de la angelical criatura?

¿Quién?... Ernesto.

¡Ah!... Sí. Arturo podía marchar tranquilo; Ernesto, aquel amigo leal, sería el custodio de la inocente Adela. Así Arturo cumpliría á un tiempo con el deber de un buen hijo, marchando á París, y con el deber de un amante fiel y honrado, preparando los preliminares de su boda por el intermedio de Ernesto.

El espíritu de Arturo descansó en esta consoladora idea. Achaque de la juventud: asirse de un cabello con tal de alejar los temores de una catástrofe.

Dirigióse el joven hacia el Prado; pero el ruido de los carruajes le era insoportable, y apenas una que otra vez devolvía el saludo á los amigos. Había querido aturdirse y conseguía sólo abstraerse.

Los dos amores le acosaban sin cesar.

En aquel momento se sintió estremecer...

Volvió la cabeza... Era Ernesto. Tomóle Arturo de la mano y se le llevó al sitio más apartado del paseo.

—¿La viste anoche?

—Sí... Pero ¡qué agitado estás!

—¿Cómo recibió la noticia de mi marcha?

—Figúrate. Procuré, sin embargo, atenuar el efecto diciéndole que era un viaje de pocos días.

—Bien. ¿Y esta noche...?

—Te aguarda en el balcón á la hora de costumbre.

—¿Y doña Mencía?

—Se me antoja que recela algo; pues me pidió, al tiempo de retirarme y en voz baja, una entrevista á solas. Me pareció que debía aprovechar la coyuntura y le señalé la misma hora de la tuya con Adela.

—Perfectamente.

—Arturo... ¿y tu madre?

El joven refirió á su amigo la escena de familia que nuestros lectores ya conocen.

—Arturo, la cosa se me figura más grave de lo que piensas.

—Te confío, durante mi ausencia, la custodia de Adela. Mi madre se aplacará.

—Mucho lo dudo.

—Es preciso desorientar á doña Mencía, querido Ernesto; porque pudiera muy bien suceder que la madre influyese en el ánimo de la hija, considerándome poco menos que un seductor, por pertenecer á la antigua nobleza, y...

—No prosigas. Entendido.

—Hasta la vista.

—Hasta las diez de la noche.

CAPITULO VII

Las dos entrevistas.

Adela pasó la noche llorando, y al día siguiente, cuando la *pobre* Antonia dijo que estaba servido el almuerzo, tardó bastante en pasar al comedor, por temor á las preguntas de su madre.

Doña Mencía no le hizo, sin embargo, ninguna. Era la prueba más evidente de que comenzaba á leer en el corazón de su hija.

Almorzaron en silencio. Adela se puso despues á bordar, y aunque de tiempo en tiempo se desprendía una lágrima de sus ojos, doña Mencía, en vez de interrogarla como hacia ántes, fingía no advertir aquel desahogo de su alma atribulada.

Si triste fué el almuerzo, no lo fué ménos la comida.

La *pobre* Antonia no sabía qué pensar. Entreteníase mirando sucesivamente á la madre y á la hija, y decía para sí:

—Aquí ocurre algo.

La impaciencia de Adela iba en aumento, á medida que avanzaba la noche.

A las diez la criada avisó que el señorito D. Ernesto pedía permiso para pasar.

Excusado es decir que le fué concedido inmediatamente.

Saludó y murmuró tres ó cuatro frases vagas, que daban claro á entender la ocupacion de su espíritu en ideas de otro género.

Adela se quejó de que le dolía la cabeza, y dijo que no podía resistir la luz.

—Hija mía, si quieres irte á la cama, Ernesto no es de cumplimiento.

Estas palabras de doña Mencía fueron acogidas con placer por la enamorada jóven, que se apresuró á dar sus excusas á Ernesto, y desapareció en seguida.

Ernesto y doña Mencía quedaron solos.

Doña Mencía, después de un corto silencio, empezó de esta manera:

—¿Me promete Vd. ser franco conmigo?

—Sé lo prometo á Vd., señora. ¿Por qué no había de serlo?

—Le cojo á Vd. la palabra. Sabe Vd., Ernesto, cuánto se le aprecia en esta casa. A Vd. le consta que su presencia aquí se considera siempre como el anuncio de una buena nueva. ¡Vivimos tan aisladas de lo que se llama mundo! Pues bien... se me figura... casi he llegado á creer que...

No vaya Vd. á incomodarse, Ernesto. ¡Soy madre!

—Yo no me incomodo, amiga mía. Prosiga Vd.

—¡Soy madre!—repitió doña Mencía.—Quiero con extremo á esa hija, y Vd. conoce todo el valor de mi Adela.

—Pero, señora...

—Permítame Vd., Ernesto, explicar... ¡Ah! ¿Por qué he tenido tanto tiempo los ojos cerrados? ¡Y Vd. que ha contribuido á que no los abriese!... Por eso dije ántes que usted no había correspondido á la confianza que...

—Señora doña Mencía...

—Ernesto, todo se lo perdono á Vd. si me habla con entera franqueza. Yo sospechaba ya algo... pero anoche me convencí de que mi hija... la prenda de mi corazón... ama á su amigo de Vd., Arturo... ¡Un noble! ¡El heredero de un título!... ¡Pobre niña mía! Tan sencilla é inocente... Tan candorosa... ¿Le parece á Vd., Ernesto, que puede resultar nada bueno para Adela de esas relaciones?

—Señora, si Vd. está convencida de que Adela ama á Arturo, ¿qué es lo que pretende saber de mí?

—Mi pretension se reduce á que Vd. aclare por completo la oscuridad que me envuelve; á que me diga, puesto que es Vd. el mejor amigo de Arturo, cuáles son las intenciones de este jóven, cuya madre, segun cuentan, es altiva entre las altivas, y querrá sin duda casar á su hijo con una dama de elevada alcurnia. Ruego á Vd. que no me oculte nada de lo que pueda interesar á mi Adela. Estas relaciones deben terminar; bien lo comprende Vd. De lo contrario, mi hija va á ser la mujer más desgraciada del mundo, y la desesperacion amargará las últimas horas de su pobre madre.

—Señora, lo único que sé y puedo asegurar á Vd. es que mi amigo Arturo posee el corazón más grande que late en pecho humano, y que, si es verdad que Adela y él se aman, su hija de Vd. no corre ningun peligro, ni...

—¡Qué no corre ningun peligro, Ernesto! ¿Cree Vd. acaso posible el enlace de esos dos jóvenes? La marquesa de Nules no lo consentirá jamás. ¡Infeliz Adela! Ernesto, yo espero que Vd. se unirá á mí para conseguir que se corten esas relaciones, y pronto. Después será ya tarde. Conozco á mi hija; su sensibilidad extremada la matará, si, una vez arraigada esa pasión en su pecho, recibe un desengaño. Y lo recibirá, sí, Ernesto; porque la marquesa logrará disuadir á Arturo que, siendo todavía muy jóven, se convence-

rá al cabo de que no le conviene indisponerse con su madre por lo que ésta es probable califique de *calaverada de muchacho*. ¡Ay, Ernesto! Esa calaverada asesinará entonces á mi Adela. Yo preveo muchos males, si no se evitan con tiempo.

La posicion de Ernesto era difícil. Harto comprendia que doña Mencía tenia razon; pero el amor de aquellas dos criaturas le parecia indestructible, dadas las condiciones morales de sus almas. A él le cabia su parte de culpa; si bien nunca se figuró llegasen las cosas á tomar el carácter que á la sazón presentaban. Seguro de la honradez de su amigo, ningun temor le asaltaba con respecto á Adela, y en su entusiasta fantasía iban siempre los nombres de los dos amantes asociados á ideas de paz y felicidad.

¡Ilusiones de las almas generosas!

En suma, no atreviéndose á negar su cooperacion á doña Mencía, sobre todo cuando Arturo debia partir al dia siguiente y el porvenir no era muy tranquilizador, ofreció á la infeliz y desconsolada madre que la ayudaria en aquella empresa.

La verdad es que Ernesto estaba asustado de lo que, hasta cierto punto, era su obra. Despidióse al fin de doña Mencía, y ésta se dirigió á la alcoba de Adela.

La alcoba estaba oscura y la cama vacía.

Doña Mencía, trémula de espanto, tiró del cordon de la campanilla, y la pobre Antonia no tardó en presentarse.

—¿Dónde está Adela?

—La señorita estaba, hace poco, al balcon.

—¡Al balcon!

Doña Mencía, abriendo precipitadamente la puerta de la sala, entró y halló á Adela tendida en el suelo y sin sentido.

Mientras que conferenciaban doña Mencía y Ernesto, segun acabamos de ver, Adela que, como habrá adivinado el lector, no fué á echarse en la cama, sino á ponerse al balcon para esperar á Arturo, confiaba sus amorosas penas al aire, fiel mensajero encargado de trasmitirlas á los oídos del noble jóven.

Arturo, cuando llegó su amada, estaba ya aguardando, pues acompañó á Ernesto hasta la puerta, y allí se separaron los dos amigos.

El diálogo fué tierno. La conmocion de Arturo era fácil de advertir en lo trémulo de su voz, y el agudo dolor de Adela en sus entrecortadas frases.

Temores del porvenir, pesares de la ausencia, la incertidumbre, los mal encubiertos celos... ¿Quién no se ha despedido alguna vez del dueño de su corazon, de la señora de sus pensamientos?

Diálogo antiquísimo y siempre nuevo, que no cansa aunque se repita, á semejanza de ciertos trozos de música cuya novedad jamás concluye.

—Al fin, Adela mia...

—Perdona, Arturo; si te he hecho esperar. He tenido que buscar un pretexto... Allá quedan la mamá y tu amigo.

—Lo sé.

—Con que esta noche es la última que...

—La última, por ahora, amada Adela; pues no tardaré en volver, te lo juro.

—¡Ay, Arturo! ¡Cuántos han jurado lo mismo y después...! Pero no, no debo agraviarte, igualándote á esos seres indignos, que abundan por desgracia, y que...

—Me conoces bien, Adela, y te consta la sinceridad de mis sentimientos y la honradez de mis intenciones.

—Si no estuviera convencida de lo que eres, no habria correspondido á tu amor. Pero...

—¿Qué vas á decir, ángel mio?

—Te marchas... ¿Y adónde? A París, centro de las diversiones, de las locuras, de la galantería.

—¿Adela!

—Las parisienas gozan de universal fama por sus seductoras gracias, y me acosan tristes presentimientos.

—Ves qué injusta eres, Adela...

—En cuanto á mí, Arturo, créeme... Sin tí, la vida me parecerá odiosa; porque... siempre que no estás delante, se me figura que se eclipsa el sol. Cuando tú no respiras cerca de mí, me parece que escasea el aire... y se me oprime el pecho... como si fuese á ahogarme... ¡Ay, Arturo! No te vayas, no te vayas... ¡Te lo ruego!

—Te repito, Adela mia, que esta ausencia será muy breve. Asuntos de familia la hacen indispensable; pero, en parte, conviene á nuestras relaciones, que así se estrecharán más, aquilatándose con esa prueba... definitiva.

—No necesito probarte para confiar en la lealtad de tus juramentos.

—Adela, esa ausencia acelerará nuestro casamiento.

—¿Y cómo?

—Ya lo sabrás. Es una sorpresa que te reservo.

—No me engañes, Arturo; equivaldría á asesinarme. No sobreviviré á un desengaño de esa naturaleza.

—Nada temas, dulce amor mio. A mí me pasa lo que á tí: no acierto á concebir cómo he de soportar tu ausencia, porque no veo sino por tus ojos ni me halaga otro sonido que el de tu melodiosa voz... ¡Engañarte! ¡A tí, Adela mia! ¡Ah! Merecería mil muertes.

—¿Y si tu madre... tan orgullosa, según cuentan... te exigiese el sacrificio de esta pasión?... Entonces...

—Te juro que no la obedecería. ¡Moriría primero!... Mas ¿á qué anticipar sucesos que no existen sino en tu ardiente

fantasía? Tu susceptibilidad te pinta las cosas con colores demasiado opacos. Quiero mucho á mi madre; pero, como el amor no se impone, como el amor brota espontáneamente del alma, ni ella llevará sus pretensiones hasta mandar en mi corazón, ni yo seré tan débil, tan ingrato que olvide lo que vales, lo que mereces, lo que te debo.

—¡Arturo, te amo... te amo!...

—Sí, Adela mia, esta ausencia no se prolongará arriba de un par de meses...

—Un par de meses! ¿Y qué haré yo durante ese tiempo?

—Pensar en mí, adorarme, escribirme. Ernesto me dirigirá tus cartas y te entregará las mías.

—Por Dios, que no me falte ese consuelo.

—¡No te faltará, te lo juro!

Hubo una pausa: oíanse los sollozos de Adela.

—Te habia ofrecido un guardapelo y voy á cumplirte la promesa.

Arturo sacó del bolsillo un papelito.

—Aguarda. Ataló al extremo de esa cuerda. Bien.

Adela abrió el guardapelo. Dentro iba un rizo.

—Gracias, Arturo. Sobre mi corazón estará, te lo juro, hasta la muerte.

—Ahora es preciso que en cambio lleve yo un recuerdo tuyo.

—¿Quieres que corte un rizo de mi pelo?

—Sí.

—Pues espérame un momento.

Adela se retiró del balcón y volvió á poco, trayendo en la mano el rizo, que cubrió con un papel y arrojó á Arturo.

El joven desdobló el papel y besó repetidas veces aquel rizo de la cabellera de su amada.

Nueva pausa: nuevos sollozos.

—¡Dios mio! ¡Premia tanto amor, tanta fé!

- Arturo, Arturo... ¿No me olvidarás?
—¡Nunca!
—¿En medio de ese París... te acordarás de tu Adela?
—¡Siempre!
—¡Tu olvido... tu abandono será la puñalada que hiera de muerte mi corazón!
—¡Entonces vas á ser inmortal, Adela mía!
La voz de la joven iba apagándose por grados.
—¿Te sientes mala?
—Enfermedad de ausencia, Arturo.
—¡Por Dios! ¡Cobra valor; no me despedaces el alma!
—¿No ves, Arturo, que te llevas contigo los pedazos de la mía?
—¡Ah!
—Mañana, á estas horas...
—Adela, si sigues en ese terreno... voy á arrostrarlo todo, hasta el más sagrado deber, y me quedo.
—No, no, Arturo. Vete, vete.
—¡Adela! ¡Adela mía!
—Adios, Arturo, adios; que va á venir mi madre.
La infeliz joven sintió que iba á desmayarse y quiso evitar á su amado aquel disgusto.
—Nos volveremos á ver muy pronto.
—Sí... Arturo... dentro de dos meses...
—Antes...
—Adios... Adios...

Adela se retiró del balcon, y al oír á Arturo, que repetía con voz ahogada aquel triste *¡adios!* cayó desmayada.

Ya hemos dicho que así la encontró doña Mencía.

Entre ésta y la pobre Antonia la trasladaron á su lecho, donde recobró los sentidos, desatándose á llorar sin advertir en su madre, que lloraba también considerando dolorosamente el semblante demudado de su hija.

CAPÍTULO VIII

La partida.—Unos párrafos de reflexiones.

Arturo se levantó al día siguiente muy triste.

La despedida de la madre y el hijo fué cariñosa, pero en cierto modo grave.

La marquesa besó á Arturo en la frente.

Cuando le vió marchar, sacó el pañuelo, lo llevó á los ojos, y se dejó caer en un sillón, donde permaneció traspasada de dolor como un cuarto de hora.

Quería con extremo á aquel hijo, y tal vez fluctuaba en la elección de varios planes que se le ocurrían para labrar lo que creía su felicidad.

Luego veremos por el que se decidió.

Arturo fué á casa de Ernesto, el cual le refirió su conferencia con doña Mencía. Excusado es decir que Arturo, más preso ahora que nunca en la cárcel de sus aspiraciones amorosas, no hizo caso de los temores de la madre de Adela, y que cerró la boca á su amigo con estas palabras:

—Calla, cuanto me digas es ocioso. Estoy resuelto á todo. Dentro de dos meses, ó quizá antes volveré y me casaré con Adela.

Después añadió:

—La confío á tu leal amistad. Ya que doña Mencía ha

descubierta nuestras relaciones, trata de calmarla para que no atormente á aquel ángel. Doña Mencía adora á su hija, y no creo que se proponga mártirizarla empeñándose en lo imposible. Dile cuáles son mis ideas respecto á Adela. En fin, tu obrarás como las circunstancias te aconsejen, pero siempre en favor nuestro. ¿No es verdad?

—Sí, amigo mío.

—Ernesto, mucha vigilancia. Mi madre es excelente, y sin embargo, al despedirme noté en su semblante una expresión extraña que me hizo estremecer.

—Ilusión tuya, Arturo.

—¡Ojalá!

La separación de los dos amigos fué casi un acontecimiento para ellos. ¡Estaban tan acostumbrados á verse por la mañana, por la tarde, á todas horas! Arturo lo consultaba todo con Ernesto, que tenía algunos años más de edad, y de consiguiente más experiencia. En París iba á encontrarse solo; porque, aunque en ninguna parte faltan personas que se apresuran á entablar lo que llaman *amistad* con el primer advenedizo, la confianza íntima, el sincero afecto del verdadero amigo no se improvisan; es la obra de muchos años.

Arturo, no obstante, dejaba traslucir en sus frases la esperanza de un dichoso porvenir, mientras que Ernesto no podía disimular en las suyas el vago temor de próximos conflictos.

Aterrábale la idea de un contratiempo capaz de cortar en flor las ilusiones de aquellas dos tiernas almas.

¿Podría acallar los clamores de su conciencia, si llegara ese caso? ¿Y su complicidad? ¿Y su silencio?

Ernesto, después de despedir á Arturo, se volvió á su casa cabizbajo, pesaroso, sin saber qué partido tomar; pues tratábase de una materia, que, considerada por la ge-

neralidad de poca importancia, tenía en su concepto mucha.

¡Cuántas desgracias se originan en la vida de ese desen con que los problemas del sentimiento son mirados por el común de los hombres!

Una mujer ama.

Sea enhorabuena, dice el mundo.

Ama con todo su corazón.

¿Qué nos importa?

Un desengaño será el puñal que abrevie sus días.

¿Y qué?

Son relaciones que tienen que concluir mal.

Pues que lo hubiera pensado antes.

Hay una madre por medio.

Mejor que mejor; así no está sola.

En la sombra se trama algo en contra suya.

Déjenos Vd. de tonterías. ¿Tratase de algún negocio grave por ventura?

Pero... ¿y si, hiriendo en lo vivo el sentimiento de esa mujer, se la asesina?

Que la entierren. Espronceda dice con razón: *Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?*

¡Yase vé! Como no es asunto de política, ni de administración, ni de los que se estudian en los establecimientos del Estado, ni siquiera de los que son objeto de cotización en la Bolsa...

Y sin embargo, de ahí pende muchas veces la paz de las familias.

¡Cosa baladí!

CAPÍTULO IX

El memorialista Gargollo.

Dejemos á Arturo que viaje hácia Paris, á Ernesto que discuta consigo mismo cuál es la linea de conducta que seguir le conviene, á doña Mencía y Adela entregadas á ideas más ó menos tristes, á presentimientos más ó menos fatales; y permitásenos dar á conocer un personaje cuya importancia no debe medirse por su humilde oficio, sino por la manera de desempeñarlo.

Los memorialistas constituyen en la villa del oso y ej madroño toda una clase. Apenas hay calle donde no luzcan uno ó más carteles, para llamar la atención de los transeúntes, y que varían de forma según la mayor ó menor significación de sus autores.

Porque hay memorialistas que *significan* más y que *significan* menos. Por ejemplo, el que tiene *escritorio* no puede igualarse al que no cuenta sino con una mala mesa y una silla rota. ¿Ni quién ha de comparar al memorialista de levita ó de gaban, con el memorialista de chaqueta? ¿Al de la *aristocrática* Carrera de San Jerónimo con el de los *barrios bajos*?

Hay además memorialistas *ambulantes*, que son en su clase lo que los cómicos de la legua en la de los actores;

por lo regular, van mal vestidos y llevan un sombrero indefinible.

Algunos memorialistas aspiran á llamarse *agentes de negocios*. ¡Usurpación inaudita!

No se paran en barras cuando se les ocupa, y lo mismo escriben un *memorial* dirigido á la primera autoridad civil de la provincia ó á cualquiera de los ministros, que el que se les encargue para el último de los alcaldes de barrio.

El memorialista es de suyo atrevido, y se suele destemplan, sobre todo con las criadas, hablándoles fuerte y no sufriendoles *familiaridades*.

Responden á consultas, y muchos de ellos se calan las gafas para *imponer* á la gente de baja estofa.

El memorialista sabe pedir, y no comete la indiscreción de llevar lo mismo á la simple criada que á la doncella ó ama de cria. Carga principalmente la mano á los labriegos, ricos, y según es el precio así crece ó disminuye el número de frases campanudas y *de efecto*.

El último de los memorialistas es el de los mendigos; que también hay mendigos que pagan *dos cuartos* por un memorial de *pacotilla*, nombre que les dan los memorialistas de *escritorio*.

Sebastian... ¡cá! D. Sebastian Gargollo figuraba entre estos últimos. Tenía una numerosa parroquia, y habíase instalado en un bonito portal, á pocos pasos de la casa de la marquesa viuda de Nules.

Cuando acudían muchas personas de golpe, tomaba aires de autoridad, formando de ellas una hilera. Era preciso á veces *buscar empeños* para hablarle. Gargollo, Sr. Gargollo, Sr. D. Sebastian Gargollo... hé aquí la escala que había recorrido el afortunado memorialista en su laboriosa carrera.

Era un hombrecillo de pequeña estatura, con una cabe-

za-deprimida hácia la parte superior, ojos saltones, nariz en forma de pico de cernícalo, boca guarnecida de dientes puntiagudos, pescuezo extraordinariamente gordo, manos largas y piernas cortas. Su sonrisa tenia algo de diabólica, porque siempre que se reía separaba los labios de una manera extraña, dejando ver su amarilla y sucia dentadura.

Después de la pasión del dinero, dominábale la de las mujeres; pero ¡qué mujeres! harpías con traje de percal.

Gargollo no era hombre de gusto delicado en materia de faldas, y por lo mismo gozaba de gran reputación entre cocineras, doncellas y amas de cría: tres categorías que á menudo se confunden en una sola.

Este hábil memorialista habia sido el *cicerone* de la pobre Antonia, cuando hizo su triunfal entrada en Madrid, al cabo de unos catorce días de penosísima marcha. Viéronse casualmente y se comprendieron sin dificultad. Estaban formados el uno para el otro.

Gargollo buscó á Antonia casa. El le indicó la de doña Mencia, de quien era *amigo antiguo*: por lo ménos así se llamaba el memorialista.

La pobre Antonia solía entretenerse á la vuelta de la compra *conferenciando* con el Sr. D. Sebastian.

Trasladaremos al papel una de sus conferencias.

—Buenos días, D. Sebastian.

—Buenos se los depare Dios á Vd., Antonia.

—¿Se gana mucho?

—¡Cá! El oficio está en decadencia.

—Se queja Vd. de vicio. ¡Si tiene Vd. una parroquia numerosa, cual ninguno!

—Sí, señora; pero no es oro todo lo que reluce. Recibo diariamente más de una *ingratitud*, ó si Vd. quiere mejor, más de una *perfidia*.

—Vaya, D. Sebastian, que no es tan fiero el león como le pintan, y muy bien sabe Vd. vestir de gala los domingos y darse sus vueltecitas por el Prado, guiñando el ojo á las chicas guapas.

—¡Ay Antonia! ¡Qué mal me conoce Vd.!

—¡Si hablara yo, que no gano más que mi pequeña soldada... y eso con sus correspondientes murmullos de la vieja!

—¡La buena de doña Mencia!

—Por lo demás, me tratan bien y hacen entera confianza de mí.

—¿Y la señorita Adela?

—Sigue en relaciones con el hijo de la señora marquesa.

—La señora marquesa está disgustada de esos amores.

—Ya lo supongo.

—Si de ahí resultase algun negocio...

—Acuérdese Vd. de mí.

—¿Es Vd. materia dispuesta...?

—Para todo.

—Hace días que no veo á la señora marquesa. El último día que la vi, tuve el honor de oír de sus labios que el señorito Arturo marchaba á París. Es que le quiere alejar de Madrid.

—¡Cómo se va á poner mi señorita!

—La señora marquesa ha sido mi protectora y le debo la posición que hoy ocupo.

Estas palabras las pronunció el memorialista con cierto énfasis.

—Me voy, D. Sebastian, porque si me detengo más tiempo me van á reñir.

—Con que lo dicho, Antonia. Si se presenta algo de provecho... ¿eh?

—No olvide Vd. á esta pobre. Adios, D. Sebastian.

—Adios, Antonia.

Al separarse estas dos buenas piezas, cualquier transeunte hubiera podido divisar una mano que, asomando por el ventanillo de un carruaje, hacía señas al memoria-lista de que se aproximara.

Gargollo se acercó y conoció á la marquesa viuda de Nules.

—¿Qué me manda la señora marquesa?—dijo, quitándose el sombrero.

—Sebastian, le necesito á Vd. mañana, á eso de las diez.

—No faltaré, señora marquesa.

Estas breves palabras se cruzaron rápidamente, y sin que el carruaje se detuviera.

CAPÍTULO X

El primer día de ausencia.

No hay como quererse bien para estimar en lo que vale la presencia del objeto amado.

La ausencia es el mayor de los males, dice La Fontaine en su preciosa fábula *Las dos palomas*; y hasta cierto punto tiene razón el inimitable rival de los Esopos y los Fedros.

Hasta cierto punto solamente; porque, en nuestro concepto, no es un mal absoluto, sino relativo.

Muchas veces la ausencia es un bien.

Sirve frecuentemente de base de reconciliación, y no es raro ver algunas relaciones, proximas á romperse, reanudadas de nuevo por medio de la ausencia.

Ocasiones hay en que una ausencia *á tiempo* puede considerarse como el mayor de los bienes.

Acalla el resentimiento, calmando la destemplada ira.

Hace entrar en reflexión al más irreflexivo.

Es remedio seguro contra el amor perjudicial y ruinoso.

Lo es, casi infalible, contra la tibieza del cariño; pues aviva el deseo, cuya llama amenazaba extinguirse.

Hay ausencias de ausencias: la producida por la muer-

te es la más terrible de todas, y sin embargo, ¡á tanto llega la miseria humana! Personas se encuentran en el mundo que buscan, preparan y llevan á cabo esta clase de separacion.

Nosotros, de todos estas ausencias, sólo vamos á bosquejar los efectos de una: la que tan magistralmente describe el insigne fabulista en su ya citado apólogo.

La ausencia es el mayor de los males.

Tal debió considerarla Adela al dia siguiente de su última entrevista con Arturo.

Cuando volvió en sí y sintió el calor de los maternales ósculos, oprimióla una indefinible angustia, experimentando como un peso que la impedia respirar. Temia abrir los ojos, pues el silencio que habia guardado con su madre, tan buena y tan indulgente, le parecía ahora, una vez descubierta la verdad, casi un delito.

Los labios de doña Mencía no se desplegaron más que para preguntar á su hija cómo se encontraba y para decir á Antonia que tragese un poco de agua aromatizada con esencia de azahar.

Despues aconsejó á Adela que procurase conciliar el sueño, único reparador de sus abatidas fuerzas.

Adela, á poco, se durmió ó fingió dormirse.

Doña Mencía no se apartó del lecho de la interesante jóven, hasta convencerse de que ésta no corria peligro alguno.

Por la mañana determinó Adela guardar cama, so pretexto del mal estado de su cabeza: Esforzábse en aparentar calma, pero los mal reprimidos sollozos la vendian, y era difícil aplazar una explicacion entre ella y su madre; y Adela, que amaba por la primera vez, y cuyo corazon se habia entregado confiadamente á aquel amor, correspondido con acrisolada lealtad por el hijo de la orgullosa marquesa de Nules, temblaba sólo al imaginar que iba á

oir á doña Mencía echarle en rostro su reserva y reprobar la conducta de Arturo, para ella el ideal de un amante sumiso y tierno.

¡Ah! ¡Cuántas leguas se interponian y les estorbaban acercarse el uno al otro en mucho tiempo! Porque, en la ardiente fantasia de Adeia, dos meses equivalian á un siglo, y estar sin ver á Arturo toda una semana era como cegar; ¡era lo imposible!

Decíase la jóven, cerrando los ojos para no percibir la claridad: «¡Si yo pudiera idear un medio de no vivir hasta su vuelta! Entonces sería dichosa.»

Pensamiento absurdo, pero que expresa perfectamente lo que pasaba en el corazon de Adela.

La ausencia le parecía el caos: la vuelta de Arturo significaba para ella lo que el *Fiat lux* de la Biblia.

Entretanto, en el camino de Madrid á Paris se reproducían análogos sentimientos, se hacian iguales reflexiones. Si angustiosa era la separacion por parte de Adela, no le iba en zaga el hondo pesar que atormentaba á Arturo. Habíase encerrado en un silencio absoluto, que los compañeros de viaje respetaban, creyendo victima al afligido jóven de algun grave siniestro.

¿Qué más grave siniestro para él que alejarse del objeto amado?

¡Pobres jóvenes! Mientras que los impulsos del corazon tendian á reunir sus destinos, las rancias preocupaciones de clase preparaban en la sombra una infame intriga encaminada á romper aquel dulce consorcio de dos voluntades, modelos de lealtad y de virtud!

CAPÍTULO XI

La explicacion.—Nubarrones.

Adela tuvo al fin que decidirse. Como no era posible morir hasta la vuelta de Arturo, habia que dejar el lecho y tomar parte en las faenas ordinarias de la vida.

¡Triste condicion humana! Los sentimientos más elevados, las resoluciones más enérgicas se estrellan en el ineludible prosaismo de la existencia material, de esa serie vulgar de incidentes uniformes y monótonos.

Cuando Adela entró en el gabinete donde estaba su madre, ésta le dirigió una mirada dolorosísima. ¡Quería tanto á su hija!...

La jóven, que comprendió lo que aquella mirada significaba, se arrojó en brazos de doña Mencía y ocultó la cabeza en su seno, llorando y sin pronunciar más que estas palabras:

—¡Madre mia, perdón!

Doña Mencía cogió la cabeza de su hija entre las manos é imprimió en la frente de Adela un tierno beso.

—¡Era el perdón de la madre!

La explicacion fué breve. Redújose, por parte de Adela, á enaltecer las prendas de Arturo, las protestas de su cariño leal y ajeno á toda idea aviesa é impura; y para disculpar el silencio que habia guardado con su madre, dijo

que se proponia descubrirselo todo tan pronto como aquel jóven hubiese allanado los obstáculos opuestos hasta ahora al enlace de sus destinos; pues, verificándolo ántes, lograrían sólo disgustarla inútilmente.

Doña Mencía combatió, aunque en términos poco fuertes, las razones alegadas por su hija para disculpar aquella fatal reserva, sin la cual el amor de Arturo no hubiera echado tan hondas raíces en su corazón *inexperto*. La marquesa de Nules no consentiría jamás en el matrimonio de su noble hijo con una mujer de la clase *media*. Arturo cedería al fin á los ruegos y hasta á las amenazas de su madre. Arturo iba á Paris, no á negocios de familia, sino á *distraerse* y ver de olvidar *locuras* de la juventud. No era el ánimo de doña Mencía ofender la lealtad de Arturo, á quien creía sincero en sus promesas; pero estaba segura de que la marquesa, al enviarle á Paris, no llevaba otro objeto que el de alejarle de Adela y detenerle allí, hasta que el tiempo y la ausencia desempeñasen la *mission* de siempre en amorosos asuntos.

Aquellas relaciones, bajo tan felices auspicios contraidas, debían tener, segun todas las probabilidades, un desenlace funesto.

Inútil es decir que los sollozos de Adela se aumentaban oyendo á su madre; la misma dulzura en las reconvenciones de ésta le ponían un nudo en la garganta, y apenas acertaba á murmurar de tiempo en tiempo.

—¡Madre mia, perdón!... ¡Le amo!... ¡Le amo!...

La voz de Antonia, anunciando al señorito Ernesto, interrumpió esta triste escena.

Ernesto saludó con afecto á sus desconsoladas amigas. Parecía que hallándose entre ellas se acercaba á Arturo.

—Se me figura—dijo—que estaban Vds. hablando del ausente.

—¿Qué noticias trae Vd.? Mamá lo sabe todo.

La conversacion fué, como era natural, triste. Doña Mencía estaba demasiado convencida de que la pasión había echado hondas raíces en el corazón de su hija, y lo veía todo de color oscuro.

Ernesto se esforzaba en aparecer tranquilo; pero el empeño era inútil. Acosábanle también temores al pensar en el porvenir de aquellas relaciones, que él, llevado de su imaginación poética, había ayudado á formarse y fortalecerse.

Sólo Adela creía en la felicidad, porque amaba, porque tenía la certeza de que era amada, y porque, sin esta creencia, no hubiera podido vivir lejos de Arturo.

La madre presentía...

El amigo temblaba...

La amante se mecía en amorosas ilusiones...

Entretanto se encapotaba el cielo, amenazando estallar una tempestad.

En el mundo moral se forman densas nubes y ruge la tormenta con más furor que en el mundo físico.

¡Ay de las víctimas!

A menudo presenta nuestra sociedad, tan imperfecta bajo todos conceptos, el espectáculo de dos corazones leales divididos por la ruin intriga: la triste historia de Otelo y Desdémona se repite con frecuencia. Donde menos se cree hay oculto un Yago, que goza en romper los lazos al parecer más fuertes.

Las preocupaciones, los celos, la ambición, la venenosa envidia, el malévolo encono...

¡Poderosos estímulos de los Yagos!

Preciso es confesar que hay algo de milagroso en la paz que sonríe á algunas familias; porque, con tales enemigos, debe temerse que se alce, en medio de la más apa-

cible calma, el viento deletéreo de las pasiones y los vicios, y marchite las más queridas esperanzas.

El corazón del hombre es á manera del fuego que se abrasa en las entrañas de la tierra; fermenta de continuo y la explosión es á veces tardía, pero segura.

CAPÍTULO XII

La aristocracia sin dinero.

Este globo que habitamos es, bajo diferentes conceptos, materia que se presta al ridículo.

El observador no puede menos de reírse de los absurdos con que tropieza á cada paso.

Por ejemplo, ¿hay nada más joco-sério, que esos individuos (no queremos llamarlos hombres) afanosos siempre de ostentarse en las procesiones, ya llevando un estandarte, ya cargados con la manga de cruz, ya sirviendo de comparsa en torno de la peana del santo, y tan henchidos de orgullo como si hubieran hecho un gran bien á su país, más aún, á la humanidad entera?

En varias ocasiones hemos fijado la vista en esos *felices* seres, y no han dejado nunca de causarnos lástima.

Ellos creen que se les tiene envidia.

Por eso los calificamos de *felices*.

Otro de los absurdos que excitan la hilaridad es la manía de *disfrazarse*, de *distinguirse* por el traje entre la multitud. Y cuenta que esta manía es incurable. El *uniforme*: palabra sacramental. Si se trata de organizar algo, lo primero en que se piensa es en *uniformar* á los bipedos que han de constituir ese *algo*.

¡Y qué gusto por los colores chillones y por la *forma* más en contradicción con el *fondo* de la cosa!

Se quiere parecer sério, y no se consigue sino parecer estrambótico.

Las razas latinas son las que más se pagan de estas sandeces, que cuestan hartó caras.

Un día de besamanos es lo más chistoso que puede verse bajo el cielo. ¡Cuántos uniformes, distintos unos de otros! ¡Qué variedad de formas á cual más extraña y ridícula! ¡Qué lujo de encajes! ¡Qué profusión de placas!

Llámanse esto por algunos *brillo*, y es *relumbron*. Pero, como los colores y los dorados y las cintas ejercen tan grande influencia y lisonjean tanto la vanidad de la pobre especie humana...

Por un cintajo se vende la conciencia.

¡Magnífico!

Empero, el absurdo de los absurdos, el ridículo de los ridículos es la aristocracia sin dinero; esa aristocracia que, ostentando sus viejos pergaminos, se cree una raza predilecta de Dios, y mira sobre hombro á las demás criaturas.

La aristocracia sin dinero se parece á los monarcas sin trono.

Absurdo por absurdo, ridículo por ridículo, preferimos el de éstos: el de los aristócratas *pelados* no tiene desperdicio... en la parte risible.

Es la aristocracia más vana de todas. Sus pergaminos constituyen su patrimonio.

Pudiera compararse á los avaros, con la diferencia de que el *patrimonio* de estos miserables lo utilizan sus herederos; pero ¿quién utiliza los pergaminos de la nobleza... pobre?

La marquesa viuda de Nules pertenecía en cuerpo y

alma á la aristocracia... de sangre azul y sin dinero. Cuando pasaba junto á ella, el pariente que habia ganado el pleito á su difunto esposo, le media de arriba abajo con mirada altanera y se levantaba sobre los piés, como queriendo dominarle.

El pariente, por toda contestacion á esta especie de reto, soltaba la carcajada y proseguia su camino.

Arturo, dotado de sano juicio, se habia esforzado inútilmente en suprimir estos alardes de nécia vanidad de su madre. Era ya una mania que carecia de remedio.

El prudente jóven indicó la necesidad de renunciar al carruaje; la marquesa lo tomó á mal, diciéndole que era un hijo degenerado, y otras cosas de este jaez. Continuó el coche... y la lista de los *empeños* fué gradualmente aumentándose.

Observábase en el servicio de la casa el antiguo ritual, tan ceremonioso como estúpido.

La señora marquesa estaba siempre de *rigurosa* etiqueta, y exigia de sus *doncellas* y de sus *lacayos* el tratamiento correspondiente á su *elevada* alcurnia.

Colgaban del techo de la sala tres arañas *sin bugias*. Sobre la consola habia un reloj *que no andaba*, y enfrente un piano con casi todas *las cuerdas rotas*.

Pues bien, en medio de éstas y otras venerandas ruínas, paseábase la señora marquesa viuda con la cabeza erguida, el paso majestuoso y los brazos aristocráticamente colocados.

Acabábase de sentar en un sillón de fecha antiquísima y bastante raído, cuando un *ayuda de cámara* entró, é inclinándose hasta el suelo, sin pasar del umbral, dijo:

—Si la señora marquesa me lo permite...

—Habla. ¿Qué se te ofrece?

—D. Sebastian Gargollo, el memorialista, me ruega ha-

ga presente á V. E. que está ahí... obedeciendo la orden de V. E.

—Que pase el Sr. Gargollo.

—La conversacion entre la marquesa de Nules y el memorialista *señor* Gargollo merece capítulo aparte.

CAPÍTULO XIII

A buena hambre no hay pan duro.

Gargollo, conocedor del terreno, se detuvo á la puerta de la sala, hizo el saludo de etiqueta, y esperó.

La marquesa alzó lentamente el brazo derecho; era la señal de que podía acercarse.

El memorialista inclinó dos ó tres veces más la cabeza durante su acompasada marcha.

—Señora marquesa—dijo timidamente,—V. E. ordene á su humilde criado.

La marquesa no mandó sentar á Gargollo.

—Se trata de un gran servicio á la *antigua* casa de los Nules.

La marquesa acentuó la palabra *antigua* de una manera especial.

Gargollo tocó, ó le faltó poco para tocar el suelo con la frente.

—Es un servicio—continuó la orgullosa señora—que sabré recompensar como se merece.

Otro saludo, no tan expresivo, del memorialista.

—Supongo á Vd. informado de la marcha de mi noble hijo.

—Sí, señora marquesa. Los periódicos han dado la noticia.

No era verdad; pero Gargollo, lisonjeando así la vanidad de la marquesa de Nules, estaba seguro de ser el conducto para algun nuevo empeño de alhajas, negocio asaz reproductivo.

—¿Qué han dicho los periódicos?—preguntó la marquesa.

—Que el heredero del título de los Nules había salido con direccion á Paris para visitar la capital de Francia—contestó Gargollo sin titubear.

—Ese es el objeto aparente—dijo la marquesa;—el verdadero va Vd. á saberlo ahora.

Aquí el memorialista volvió á ponerse en arco; la marquesa viuda prosiguió:

—Arturo está encaprichado por una jóven que no le iguala ni se le aproxima siquiera. Se llama Adela y vive en la calle del Espíritu Santo.

—¡Ah!—dijo el memorialista.—La conozco.

—¿La conoce Vd.?—preguntó la marquesa.

—Conozco á su criada, que viene á ser lo mismo.

Esta respuesta debió complacer mucho á la marquesa, porque enseguida dijo:

—Perfectamente. Es Vd. un hombre de provecho.

Gargollo se alzó sobre las puntas de los pies y entreabrió los labios como si fuera su intencion hablar; pero no pudo articular una sola palabra.

—¿Y qué clase de persona es esa criada?—preguntó de nuevo la marquesa.

—Es... una mujer... de provecho.

—¿Tambien ella?

—Tambien, señora marquesa.

Gargollo estaba sublime.

—¿Su nombre?

—Antonia, señora marquesa.

—¿Es jóven?

- No, señora marquesa.
- ¿Ambiciona algo?
- Dinero, señora marquesa.
- ¿Mucho?
- Es mujer que se contenta con poco.
- ¿Con que conoce Vd. á la criada de esa... chica que tiene encaprichado á mi noble hijo?

Jamás omitía la marquesa el calificativo *noble* ante la palabra *hijo*, cuando hacía alusión á Arturo.

—Sí, señora marquesa. La trato íntimamente—respondió el memorialista dándose tono.

- Necesitamos de sus servicios.
- No se negará á lo que se le ordene.
- ¿Es mujer... de confianza?
- Sí, señora marquesa. Yo respondo de ella.
- ¿Es mujer... de arrojo?
- Sí, señora marquesa. Se atreve con cualquiera.

- Hay que... ganarla.
- Lo está ya, señora marquesa.
- ¿Lleva mucho ó poco tiempo en casa de esa Adela?
- Bastante. Yo le proporcioné acomodo, y de ahí ha resultado nuestra intimidad.

- ¿En la casa la quieren?
- Mucho, señora marquesa.
- ¿Depositán en ella su confianza?
- Toda, señora marquesa.
- Está bien.

Hubo un momento de silencio. La marquesa parecía recapacitar; Gargollo la miraba de hito en hito.

- Es preciso que nos ayude en *nuestra* empresa.
- La señora marquesa no se ha dignado aún...—Gargollo vaciló un instante, pero al fin se atrevió á terminar el concepto:—hacerme partícipe de ninguna empresa.

—Las relaciones de mi noble hijo con esa... mujer, son una mancha para el glorioso escudo de los Nules. Es menester que concluyan.

- Concluirán, señora marquesa.
- Arturo no volverá de París hasta que hayan terminado—dijo la marquesa con acento firme.

En aquel momento la vanidad la sacaba de quicio y se sentía capaz de todo... hasta de un crimen; que tales son los extravíos á que conducen las malas pasiones, no enfrenándolas con tiempo.

—Puesto que Vd., Sebastian, conoce tan íntimamente á la criada, procure enterarse de cuanto á las amas, y en particular á... esa chica atañe. Si se pudieran interceptar las cartas... Si fuera fácil imitar la letra...

- Respecto á lo primero, lo consultaré con Antonia.
- ¿Y respecto á lo segundo?

—Mi habilidad no raya tan alto, señora marquesa. Pero vive cerca de mi casa un pobre diablo que es calígrafo, y por lo mismo persona entendida. Tiene familia y no gana para el pan. Imita toda clase de letras con tal perfección, que ni el observador más minucioso lo advierte. Si V. E., me lo ordena, le sondearé.

- ¿Será hombre... callado?
- De eso respondo, señora marquesa.
- Pues, Sebastian, manos á la obra.
- Señora marquesa, no descansaré hasta dejar á V. E. complacida.

Gargollo retrocedió haciendo saludos y siempre de frente hasta la puerta. Allí se detuvo un instante, dirigió la vista al antiguo reloj que estaba sobre la consola, y murmuró entre dientes.

—Aún queda algo que empeñar en esta casa.

CAPÍTULO XIV

Arturo en París.

Cuando el heredero del título de Nules llegó á París era de noche, y, absorto en sus tristes pensamientos, bastante fatigado de tan larga marcha, no se cuidó de la *gran ciudad, cerebro del mundo*, como la llama Víctor Hugo.

Entonces París estaba en su apogeo. ¡Quién, por aquella época, hubiera imaginado que iba á descender al abismo en que hoy se encuentra, perdido el prestigio, humillada la vanidad tradicional, sin poder siquiera exclamar, como Francisco I: *Tout est perdu, hors l'honneur!*

París es la Francia: axioma terrible que tan crueles catástrofes ha hecho pasar á la nación del *can-can* y de la *Marsellesa*.

¡Qué de trastornos, cuántas veleidades, qué cúmulo de vice-versas en la patria de los Ravillac y los Robespierre, de los San Luis y los Carlos IX, de los Voltaire y los Allan Kardec!

París ha dado la ley á Europa durante mucho tiempo: los dos grandes siglos XVII y XVIII han extendido la influencia francesa, así literaria como moral y política, por todo el mundo.

Esta influencia, sin embargo, ha recibido rudos golpes,

y actualmente va cediendo la primacía á la influencia alemana, ménos petulante, pero más segura. El imperio, al desmoronarse, se llevó tras sí el fantasma de la preponderancia militar de las huestes napoleónicas. La guerra con Prusia dejó ver claramente á los más miopes, que en Francia el oropel se había tomado por oro, y puso además en evidencia la podredumbre de la administracion, calificada de modelo.

Los dos Napoleones, el I y el III ¡extraños caprichos de la suerte! han ido á ocultar en Inglaterra la vergüenza ó el despecho de la derrota; pero al Napoleón gigante el gobierno inglés le enjauló en Santa Elena, y al Napoleón enano le ha dejado en completa libertad. Aquel, libre y dueño de sus acciones, era una perpétua amenaza contra la paz y el sosiego de los pueblos y contra la soberanía de los reyes; éste, cubierto de ridículo desde la rendición de Sedan, no es amenaza para nadie.

¡Cómo no había de sucumbir en la lucha con Prusia una nación que sufrió, *hasta que él quiso*, la coyunda de ese pigmeo!

¡Justicia del cielo!... Waterlóo y Sedan: una gran república, asesinada por un gran capitán que, á su vez, cae derribado por una gran derrota; una república de *pega*, muerta por un capitán de *pega*, y que se hunde también á su vez en medio de las carcajadas de los vencedores y de la Europa.

Por supuesto que, á pesar de tan tremenda lección, ni los tiranos ni los pueblos escarmientan.

—¡París, hermoso París, embriagador París!—exclaman los aficionados á la bella música, á las bellas exposiciones de artes, á los goces sensuales de todo género.

—¡París, odioso París, aborrecible París!—dicen los que no ven en la capital de Francia sino el abismo de la cor-

rupcion y el pozo donde van á sumirse las más legítimas esperanzas.

Paris no es ni lo uno ni lo otro. A lo ménos, ni tan bello ni tan degradado pareció á nuestro héroe Arturo de Nules, de quien nos habíamos casi olvidado, cuando, al día siguiente de su llegada á la gran capital, se decidió á dar un paseo por sus calles y plazas.

Arturo fué á entregar ante todo las cartas de recomendacion con que le habian favorecido los *amigos* de la marquesa. Proporcionóle esto la facilidad de visitar y admirar lo que era digno de admiracion en la ciudad, reina de la moda.

Como nuestro objeto no es describir á Paris, no seguiremos al jóven viajero en su visita; contentándonos con hacer constar que, á pesar de los sorprendentes espectáculos que se ofrecian á sus ojos, no olvidó un solo momento á Adela.

Su pensamiento estaba fijo en Madrid, donde tenia á la angelical criatura que habia elegido para esposa, no obstante la viva oposicion de su madre. Entre las diversiones que Paris proporciona, merecian su preferencia el paseo del bosque de Boulogne y la Ópera italiana. La dulce imágen de Adela le acompañaba en medio de los coposos árboles y mecíase en los sueños del porvenir, que imaginaba para ambos henchido de felicidad. Cuando oia las gratas melodías de los maestros italianos, brotaban de sus ojos lágrimas que eran otros tantos recuerdos de la virtuosa jóven.

Arturo tenia el espíritu recto, y en vano se esforzaban los *nuevos* amigos, sobre todo sus compatriotas, en apartarle de aquella *monomanía*, como ellos la llamaban.

No hacia del amor un *negocio*, ni le consideraba tam-

poco un simple pasatiempo. Juzgábale lo que verdaderamente es: la primera, la más santa pasion.

«Si fuese posible una sociedad de ateos, dice Destutt Tracy, bastaria el *amor* para convencerlos de la existencia de la Divinidad.»

Expresion sublime, que presenta al amor en toda su importancia y trascendencia.

Arturo, que conocia las excelentes prendas características de su amada, estaba convencido de que, uniéndose á ella, cumplia un sagrado deber y labraba al mismo tiempo la ventura de su vida. La marquesa, al oponerse, lo hacia meramente por obedecer la voz, ya cascada, de sus preocupaciones, y no era justo que él sacrificara su dicha ante viejos pergaminos, que no tenian más valor que el que se queria darles.

La determinacion del jóven era irrevocable.

Los *amigos* no desesperaban sin embargo. ¿Estaban de acuerdo con la marquesa viuda? No parecia verosímil, puesto que eran amigos improvisados los más de ellos; y con todo, el empeño que mostraban en *distraer* á Arturo de su *melancolía* era tan marcado, que casi lo daba á entender.

Coincidian, y nada más, en la lógica de su rebajamiento moral, la marquesa de Nules y los *nuevos* amigos de Arturo.

Degradacion moral: degradacion física.

La una se completa por la otra.

La marquesa y los amigos del jóven, aquella con tal de satisfacer su ridícula vanidad, y éstos por odio á los buenos propósitos de un corazon recto, de una conciencia limpia, hacian hincapié en *corromper* el alma de Arturo, la parte moral; luego vendria la *corrupcion* del cuerpo, la parte física.

Dejemos al heredero del título de Nules en la moderna Babilonia, y volvamos á Madrid, donde la marquesa viuda, con el auxilio del memorialista Gargollo (don Sebastian) urde la odiosa trama encaminada á desbaratar los planes amorosos de su noble hijo.

CAPÍTULO XV.

Gasparito.

Cerca del *escritorio* del memorialista Don Sebastian, en un sotabanco súcio y amueblado con tres ó cuatro desven-
cijadas sillas y una mesa que se caía de puro vieja, vivía el individuo á quien Gargollo tituló *caligrafo* y del cual, segun dijo á la marquesa de Nules, iba á valerse para falsificar la correspondencia epistolar de Adela y Arturo.

Era conocido en el barrio por el nombre de *Gasparito*.

El tal Gasparito merecia el afecto que generalmente se le profesaba. De carácter dulce, jamás se le habia visto enojado. Su voz era á modo de un suave murmullo, y cuando hablaba iba llevando el compás con el pié. Tenia orgullo en lucir éste, y no usaba más calzado que el zapato bajo, ó mejor, escarpin.

Se dejaba crecer el pelo, y en cambio afeitábase toda la cara; aunque, á decir verdad, este trabajo era casi inútil, por su cualidad de barbilampiño. Murmurábase que si se hacia rasurar, más bien era con objeto de que le saliese la barba que con el de quitársela. Ni lo afirmamos ni lo ponemos en duda.

Gasparito tenia, en suma, cabeza *académica*, y entre las modistas *elegantes* gozaba de gran reputacion; siendo

comun el oírles decir: «nariz á lo Gasparito, cabellera á lo Gasparito, pié á lo Gasparito.»

Este *nene* era casado. Había quien aseguraba que sus dos hijos, hembra y varón, se parecían más al memorialista que á Gasparito. Hablillas de vecindad.

La esposa del calígrafo se llamaba Petra: mujer bastota, verdadero tipo de verdulera, sucia, siempre despeinada, á menudo en jarras, con vello bastante crecido sobre el labio superior, llevando constantemente los zapatos en chancleta y mezclando en la conversación palabras mal sonantes y juramentos de taberna.

No podían darse tipos más opuestos que el de Gasparito y su cara mitad.

Los dos niños que, según malas lenguas, revelaban por su parecido con Gargollo (D. Sebastian) dos infidelidades de Petra, recibían una educación esmeradísima. Periquito, que contaba á la sazón doce años de edad, seguía la carrera coreográfica: su padre, entusiasta por el baile, que permite lucir los pies, y pesaroso de no haberse dedicado á ostentar en el teatro la belleza de los suyos, quería que aquel precioso vástago fuese la gloria de la familia, inmortalizándose á fuerza de hacer piruetas. Desgraciadamente los pies de Periquito carecían de la gracia que *realzaba* los del calígrafo; pero la paciencia y el asiduo trabajo podrían vencer tan *capital* defecto. *Labor omnia vincit*, decía á este propósito Gargollo, que tenía sus ribetes de dómíne.

Gasparita era el nombre de la niña, que ya había cumplido diez años y mostraba precoces disposiciones para las labores de su sexo. Petra quería que fuese modista y su padre peinadora. El calígrafo tenía singular afición á la *ciencia* del cabello. Sobre si Gasparita había de ser modista ó peinadora, se sustentaban grandes disputas entre los dos cónyuges.

Eran las cinco de la tarde. Nuestro calígrafo se ocupaba en escribir algunas cartas, mientras que Periquito ensayaba sus piruetas y Gasparita marcaba un pañuelo.

—Es mucha habilidad la mía—decía entre dientes el *protegido* de Gargollo;—he escrito cinco cartas, cada una con letra distinta, y esto en un santiamén. El arte de imitar la letra de los demás, es difícil; pero, cuando se llega á dominarlo, sucede como con todas las cosas; parece lo más fácil del mundo. ¡Dios se lo pague al que se tomó la molestia de enseñármelo!

La voz de Gasparito adquirió cierto énfasis, extraño en él, al emitir estos últimos sonidos.

—Papá, estoy ya cansado—dijo Periquito, y tengo hambre.

—Yo también, papá Gaspar—añadió la presunta modista ó peinadora.

Estas palabras cayeron, como un vaso de agua fría, sobre el entusiasmo *épico* de Gasparito.

—¡Con que os aqueja el hambre, criaturitas mías!—dijo bajando la voz más que de costumbre. Temía que le oyese Petra. A las siete cenareis... y bien, yo os lo prometo.

Los dos niños se cogieron de las manos y empezaron á dar saltos, para expresar su júbilo.

Y era que, en efecto, tenían hambre.

El trabajo del calígrafo redituaba muy poco.

—Vuestra madre—prosiguió con tono melifluido y llevando el compás,—vuestra excelente madre está preparándoos una suculenta cena. Hoy comereis el guiso de patatas que tanto os gusta.

—¡Guiso de patatas! ¡Guiso de patatas!—exclamaron los chicos palmoteando.

—¿Qué bulla es esta?—gritó la *sensible* Petra, apareciendo de improviso con el pelo suelto, las manos en jar-

ras y la boca llena de grasa: acababa de probar el guiso. — ¡Voto al demonio! Yo os haré estar quietos. Y tú, Gaspar, ¿cómo toleras este desorden? Ea, silencio, ú os acogoto. Lléveos el diablo, y á vuestro padre, y á mí, y á toda la casa. ¿Entendeis, voto á...?

Los niños se acurrucaron junto á Gasparito.

—Pero Petrita...

—Petra me llamo, que no Petrita. Quédense para entes como tú esos diminutivos. ¡Voto á...!

El calígrafo bajó humildemente la cabeza.

—Más te valiera—continuó diciendo Petra— emplear mejor el tiempo; pues con esas *escribanías* estoy desengañada que no haremos fortuna. ¡Maldita sea la hora en que...!

Petra fué interrumpida por la aparición de un personaje... de talla.

Gargollo, que éste era el tal personaje, entró sin anunciarse, como hombre que podía hacerlo.

—Vámos, calma, doña Petra, calma.

La escena varió por completo, cual si se hubiese extendido sobre los interlocutores la varita de un mágico.

Petra llevó las manos al descompuesto cabello:

Gasparito se puso á batir el compás con el pié.

Los chicos corrieron á abrazar á Gargollo, que los sentó en sus rodillas y les dió caramelos.

—Gaspar, ha llegado la hora de utilizar tu habilidad en el arte caligráfico.

Otro cambio de decoracion.

Gasparito irguió la frente, sacudió su melena, quiso ahuecar la voz, no pudo, y dirigiendo á Petra una significativa mirada, exclamó:

—¡Ah!

A pique estuvo de desmayarse.

Petra salió precipitadamente y volvió con un vaso de agua.

—Toma, Gaspar, esto te aliviará.

La *sensible* esposa no se satisfizo hasta que el pobre diablo hubo apurado todo el vaso.

Los niños, perdiendo el miedo, tornaron á correr y á gritar:

—¡Guiso de patatas! ¡Guiso de patatas!

Gargollo aplaudía con las manos, Gasparito aplaudía con los piés, Petra con los piés y las manos; y el ruido era tan atronador, que los vecinos del cuarto tercero hubieron de asustarse, creyendo que el sotabanco se iba á hundir y que estaban en peligro sus vidas.

CAPÍTULO XVI

Donde se verá que Gasparito era hombre de conciencia.

Gargollo, cuando lo consideró oportuno, levantó el brazo, y nuevo Nepluno, pronunció el terrible *Quos ego!*...

Y las olas de aquel alborotado mar se calmaron.

Y Gasparito dejó de sacudir sus bonitísimos pies.

Y Petra acarició la hermosa cabellera de su hábil marido.

Petra fué la primera que habló:

—Ea, niños, callarse, que va á hablar don Sebastian. Os prometo un abundante guiso si os estais mudos.

Gasparita y Periquito sellaron los labios.

—Idos á la cocina y tened cuidado con el gato, no sea que vaya á comerse la cena.

A esta amonestacion de Petra, contestaron los chicos desapareciendo inmediatamente.

Quedaron solos los tres: el marido, la mujer y el amante.

—Gaspar—principió á decir Gargollo,—ya sabes que siempre te he apreciado.

—Lo sé—respondió el caligrafo.

—Yo tambien lo sé—añadió la sensible Petra.

—Tengo un gran negocio entre manos, y necesito de tu

singular habilidad caligráfica, exclamó el memorialista.

Gasparito mostró al memorialista los ensayos de letras que habia estado haciendo poco ántes.

—¡Magnifico! ¡Qué soberbio pulso!

—Al granó, Sebastian, al grano—dijo el caligrafo.

—Pues debes saber que la señora marquesa de Nules...

—Tu protectora, Gargollo.

—Mi protegida, Gaspar.

Y el memorialista se irguió, hasta casi tocar el techo... del sotabanco.

Gasparito le miró atónito.

Petra le hubiera abrazado de buena gana; pero la presencia de su amado esposo la contuvo.

—Sí, mi protegida—dijo recalcando en esta palabra el bueno de D. Sebastian.—La señora marquesa desea que, estudiando tu un carácter de letra que se te presentará, lo imites de tal suerte que ambos se parezcan, el tuyo y el otro, como dos gotas de agua.

—¿Y pudiera saberse con qué objeto...?

—¿A ti qué te importa?

—Será algun capricho de la señora marquesa, se atrevió á decir Petra.

—Sí, sí; un mero capricho. Yo te traeré la carta.

—¡Ola! Se trata de una carta.

Y Gasparito se puso á batir el compás con el pié.

—¡Pues no, zopenco! Se trataría de ir á comer pasteles á casa de Lhardy...

—Perdona, Gargollo; no te enojés.

—Tienes una manera de interrumpir...

—Lo que yo tengo es conciencia.

—¿Dices que tienes... conciencia?

—Sí, Gargollo.

—Entonces... dá de comer conciencia á tus hijos.

—Pero...

—Nosotros... los hombres de negocios... guardamos la conciencia en el bolsillo; sobre todo, cuando se quiere complacer á gentes de elevada alcurnia. Nos toca callar y obrar. Ellos que se las compongan allá con Dios ó con el diablo. La responsabilidad no es nuestra: es suya, nada más que suya.

—Claro está—dijo Petra;—eres un estúpido.

Y apretó los puños, amenazando á Gasparito.

—¿Me marchó?—preguntó, ya en ademán de salir, el memorialista.

—No, hombre—contestó el caligrafo.—¡Qué ímpetus te asaltan de repente! Vamos, habla. ¿Y qué voy yo ganando?

—Eso queda de mi cuenta.

—Pero, si se asegura que la marquesa está arruinada...

—Aún le restan muebles y alhajas que empeñar. Pagará bien.

—¿Y no puede sobrevenir algún peligro... dé esa imitación de letra que me propones?

—Ninguno. Respondo.

—Porque no me agradaría ir á mezclarme con bribones. Gargollo, no me gustan más cadenas que las de oro.

—Calla. ¿Acaso llevan á presidio por eso?

—Se me figura que...

—No se te figure nada. Estoy aquí yo, que te quiero como las niñas de mis ojos, que quiero á tu mujer, que quiero á los chicos, y no había de ir á perderte así, sin más ni más.

—Entonces... Pero, dime ¿le has hablado de mí á la señora marquesa?

—Le he encarecido tu habilidad... y tu reserva.

—¡Oh! por ese lado...

—Se necesita un gran secreto.

—Petra y yo somos dos mudos. Ya te consta á tí.

—Por lo mismo que me consta, me ha extrañado ese escrúpulo... de conciencia que acabas de ostentar.

—Gargollo, cuando tiene uno que habérselas con títulos arruinados, es preciso...

—Te comprendó. No te cuides de la cuestión metálica. Yo alcanzo muy largo. ¿Te he engañado alguna vez?

—Jamás.

—Con que... ¿estamos corrientes?

Gasparito dirigió la vista á su cara mitad, que apretaba ahora con más fuerza que ántes los puños.

—Sí, con tal que aquello de las cadenas...

—¡Voto al demonio!—exclamó Petra.

—Estamos corrientes—se apresuró á decir Gasparito.

Un gran ruido en la cocina hizo saltar de su asiento á Petra, que tembló por el guiso de patatas.

La melena de Gasparito se erizó de espanto.

Mantúvose Gargollo impassible.

Los chicos se desgañitaban gritando:

—¡El gato! ¡El gato!!!

Horrible espectáculo se presentó en la cocina á los ojos de la sensible Petra.

La tapa del caldero en el suelo; las patatas esparcidas por el fogon y cubiertas de ceniza, y el gato ¡fatídico animal! regalándose con la-suculenta salsa, que tan á la perfección había sazonado la fiel esposa del caligrafo.

Los votos y las maldiciones de Petra, los chillidos de los nenes y los desconsoladores ayes de Gasparito formaban un admirable concierto.

El gato, asustado con la bulla, saltó sobre el vasar y derribó tazas y platos, que rodaron por tierra, no logrando la atribulada madre salvarlos de su total ruina.

Gargollo se cruzó de brazos.

— Calma, calma—dijo tranquilamente.—Ya empenáremos alhajas de la señora marquesa para comprarte una media bajilla, querido Gaspar.

Gasparito sacó el pañuelo y se enjugó las lágrimas, mientras que su *fiel* esposa se entretenía en recoger los restos de aquel naufragio.

CAPÍTULO XVII

La primera carta.

Después de la explicación que había tenido con su madre, mostrábase Adela más tranquila, cual si sintiese un peso ménos sobre su corazón. Triste y resignada, parecía que los días se volvían siglos, pues deseaba ardientemente recibir cartas de Arturo, y, á serle posible, hubiera acelerado el curso del tiempo con tal de ver letra suya.

Nada hay tan ideal como el amor de una mujer, cuando es verdadero. Para la mujer que quiere de veras, el universo no existe sino en la persona amada, de la cual forma su idolo, que coloca en el altar de su pecho y á quien rinde una especie de culto.

Adela había idealizado á Arturo, y vivía en su vida, digámoslo así; porque estaba segura de que, faltándole aquel puntal de su existencia, ésta se desplomaría en el acto. ¿Cómo había de latir su corazón, no respondiéndole los latidos del corazón de Arturo?

Por eso, durante la ausencia de éste, anhelaba aspirar el grato aroma de su pensamiento escrito, embriagarse con el elixir de sus apasionados recuerdos. Así creería verle, oírle, estar junto á él, amándole, adorándole con todas las potencias de su alma.

¡Cómo gozaba en abrir el guardapelo y contemplar el rizo de Arturo!

El verdadero amor tiene la sencillez del niño. Carece de artificio, y los corazones pervertidos apenas comprenden ese candor sublime, que califican de tontería. ¡Es la tontería de las almas elevadas!

El sol acababa de ocultarse y un ligero tinte de rosa se mecía en el horizonte, como señal de su despedida. La naturaleza invitaba á amar. Sentíase el influjo de la estación primaveral, si bien dentro de Madrid la atmósfera no suele estar impregnada de esos balsámicos olores que embriagan el espíritu y despiertan el amoroso pensamiento.

Adela se había puesto al balcón y su vista, fija en la rosada cabellera del poniente sol, tenía una expresión singular. ¿Era el temor? ¿Era la esperanza?

No lo sabemos; pero de pronto, como si hubiera oído el eco de una voz amiga, Adela volvió el rostro y se encontró con Ernesto, que venía hacia su casa.

Ernesto la saludó y sacó del bolsillo una carta.

Era de Arturo.

Adela dió un grito. ¡Iba á ver letra suya! ¡Iba á saber lo que hacía Arturo en París, lejos de ella! ¡Iba á ser feliz algunos momentos!

Excusamos decir que salió al encuentro de Ernesto. Doña Mencía adivinó la causa del júbilo que se pintaba en los ojos de la joven; pero se hizo la desentendida.

Comb madre, los más tristes presentimientos la ase-
diaban sin cesar, y lloraba á solas por no afligir á su hija.
¡Harto sufría la infeliz Adela!

Doña Mencía, convencida de que aquel era un mal sin remedio, lo fiaba todo á la Providencia.

Ernesto entró y Adela casi le arrebató la carta de las manos.

—¿Qué le dice á Vd.?—preguntó al joven.

—Que está bueno.

—Vaya, adios.

Y se retiró á su alcoba. Ernesto fué á dar las buenas tardes á doña Mencía.

Adela, trémula de placer, abrió la carta de Arturo y leyó ó más bien aspiró el suave aroma de un purísimo amor en las siguientes líneas:

«Dulce Adela mía, encanto de mi vida, luz de mis ojos, esperanza de mi porvenir, desde que llegué á esta gran capital ando como el que busca lo que ha perdido y no lo encuentra en parte alguna. París me parece un desierto.

»¿Dónde está el ángel á quien adoro? Ni oigo su voz ni veo su simpático rostro. ¿Qué me importan esas mujeres, cargadas de lujosos adornos, que se hacen llevar en muelles carruajes por los paseos de esta ciudad tan ruidosa y para mí tan vacía? No valen todas juntas lo que vale la amada de mi corazón.

»Quisiera recoger todos mis suspiros y enviártelos dentro de esta carta. Suspiro por tí constantemente, y cuando me condujeron al bosque, más bien, al paseo de Boulogne, te me aparecias al través de la enramada y creía escuchar tu acento en el gorgceo de los pájaros y se me figuraba oírte respirar en las suaves ondulaciones de la brisa!

»No puedo fijar la vista en dos esposos, sin que se humedezcan mis párpados, y en aquel momento me pongo á orar mentalmente, pidiéndole á Dios que allane pronto los obstáculos que impiden nuestro enlace; ¡felicidad suprema!

»Ayer me comprometieron á ir á los *Italianos*. Se cantaba la *Sonambula*, idilio divino, sublime duo del más tierno é inocente amor. Volví con el corazón lleno de dulces emociones; y, una vez en casa, me trasladé á Madrid.

á la calle del Espíritu Santo; y me parecía que te estaba mirando, que hablábamos de nuestros proyectos, de nuestro casamiento, de nuestra futura vida de esposos, siempre cogidos del brazo en el paseo, siempre complacientes el uno para el otro, enamorados siempre como el primer día.

»Cuando un pobre me pide limosna, apresúrome á darsela encargándole mucho que ruegue á Dios por ti.

»Tu dulce imagen es mi guía, mi estrella polar en el borrascoso piélago de una existencia tan llena de peligros.

»Despierto, estás á mi lado: dormido, sueño contigo.

»¿A qué hablarte de esta gran capital, de sus monumentos, de sus vicios, de todo lo extraordinario y de todo lo vulgar que encierra dentro de sus murallas? ¿Qué te importan á ti estas maravillas del lujo?... ¿A ti, sencilla y modesta, amorosa y casta, dechado de virtud angelical?

»Por un ¡*Te adoro!* de mis labios... ¿no es verdad, Adela mía?... das tú las magnificencias, los grandiosos espectáculos de este emporio del mundo... tan vacío de corazón.

»A mi me pasa lo mismo. Deseo que corra aprisa el tiempo, pues así me acerco ántes á mi bien amada. A veces me sorprenden con los ojos clavados en el reloj que cuelga de la pared de mi cuarto..... ¡y no adivinan la causa de mi arrobamiento! ¿Acaso no han vivido nunca ausentes de la prenda de su alma?

»¡Cuánto anhelo ver letra tuya! ¿Sabe algo tu madre? Refiéremelo todo; nada me calles. A Ernesto le escribo, recomendándole, aunque no lo necesita, que sea tu ángel custodio. Tiene tan noble corazón, que eso no le costará el menor esfuerzo.

»Concluyo, por hoy, resumiendo todas mis emociones en estas dos frases: *Vivo en tu vida, muero en tu muerte.*— Tuyo siempre, *Arturo de Nules.*»

Adela, terminada la lectura de la carta de su amante, se sintió como absorta en los pensamientos del porvenir. Volvió á leerla, y fué tal su conmoción que no pudo contener las lágrimas...

¿Por qué lloraba? ¿Era de placer aquel llanto? ¿Era de pena?

Era de lo uno y de lo otro. El porvenir le inspiraba cierto pavor y á la par la mecía en halagüeñas esperanzas.

Doña Mencía la llamó.

Adela secó sus ardientes párpados, procuró serenarse, y pasó á la habitación donde la esperaban su madre y Ernesto.

CAPÍTULO XVIII

El escritorio del memorialista.

Sebastian, mejor dicho, D. Sebastian Gargollo era hombre que se levantaba muy temprano. Sabia aprovechar el tiempo.

Decia como los ingleses:—El tiempo es oro.

Veíasele en su portátil escritorio, alargando el pescuezo al menor ruido, que anunciaba tal vez la llegada de algun pobre diablo. Porque, eso si; Gargollo sabia atraerse la voluntad de los labriegos que venian á la corte á *echar un memorial al señor jefe político*. Llevábales barato; y como poseia un mismo patron para todos, su clientela era numerosísima.

Daba risa el contemplar lo animado que se ponía cuando empuñaba su pluma de ganso (no podia acostumbrarse á las de acero) y la emprendía con veinte ó treinta memoriales á la vez.

En esos momentos se creia nuestro memorialista superior al gran Napoleon, del que se cuenta que dictaba á un tiempo á varios amanuenses.

¡Quién habia de atreverse á interrumpirle cuando dominaba á su público desde la elevacion de aquel *ya famoso* escritorio!

—D. Sebastian—decia uno.

—Sr. D. Sebastian—exclamaba otro.

—Mi Sr. D. Sebastian—se ponía á gritar un tercero.

—Señores, calma, calma.

Estas palabrás, que Gargollo pronunciaba con solemne tono, producian siempre un efecto mágico en los clientes del memorialista. Formábase la hilera, y se regularizaba el despacho del género.

¡Y qué género!

Vamos á trascribir uno de los memoriales de Gargollo, para que el curioso lector, si es aficionado á la bella literatura, conozca y admire la ortografía y el estilo de esta clase de documentos.

«Sr. Jefe político.

»D. N. N., natural y vecino de... ante V. E. con el
»más *vibo respecto* y consideraciones más *referentes*, se
»*hace* presente y dice: Que, *respectando* las *hatrativas* *qualidades* y *eséntricas*, dotes que *hornan* á V. E., tiene necesidad, y le es preciso y *hurgente hamonestar* y pedir
»á V. E. que, en *conceto* de que el susodicho *que suscrive*
»no es el autor del hecho *urtorio* que se le quiere *hinculcar*, tan solo porque es un pobre infeliz, sin *exhaustos*
»recursos; V. E., en vista de estas razones y de otras, le
»perdone y condone la multa *que le hirrogó* y le mande
»*traspasar* la consabida potra; pues de lo contrario le
»*hincurre* mucho perjuicio; porque siendo cojo del pié
»derecho, no puede *handar* ni *caminar* tantas leguas de
»camino á pié y demás que *en derecho corresponda*. Es
»gracia que el susodicho suplicante *se hafirma* y *corrovera*
»*otener* del *manánimo* corazon de V. E., cuya vida *prorro-*
»ge Dios muchos años.—Madrid, etc.»

Gargollo sobresalia en esta clase de memoriales, y los infelices labriegos se los oían leer con la boca abierta.

A los cuatro días de su visita á casa de Gasparito, hallándose el memorialista en el pleno ejercicio de su útil ministerio, alcanzó á ver una cabeza de mujer que le era muy conocida y que asomaba por entre dos hileras de clientes.

Gargollo se puso en pié y dijo con gráve acento:

—Antonia, acérquese Vd. Permitan Vds. á esa señora que se acerque.

El público empezó á murmurar:

—¡Señora! vaya una señora...

—Más trazas tiene de otra cosa...

—¿Por qué estos privilegios?

—Pues no señor, aquí todos somos iguales.

—Que no pase, que no pase.

Y las dos hileras se estrechaban, en lugar de abrirse.

Gargollo palideció. ¿Era de miedo ó de cólera?

—Abrirse para que entre la señora.

Y recalcó en esta última palabra.

Armóse entonces un tumulto infernal y fué necesario acudir á la policía.

—Nos iremos á otra parte.

—Que viva con el dinero de esa señora.

La risa fué general.

—Vámonos. Lo más que sobran en Madrid son memorialistas.

—Adios, y buen provecho.

El *escritorio* de D. Sebastián quedó desalojado.

Gargollo y la *pobre* Antonia estaban solos.

No se cuidó el memorialista de aquella desercion, pues asuntos de mayor importancia le ocupaban.

—¿Qué noticias me trae Vd.?—preguntó á la criada de doña Mencía.

—Mi señorita ha recibido carta de Paris.

—Perfectamente.

—Pero no ha sido el cartero quien la ha llevado.

—¡Ola, ola! ¿Pues quién?...

—El señorito Ernesto.

—Entonces...

—La señorita se encerró en su alcoba para leerla, y cuando subió tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y no sabe Vd...?

—Supongo que seria por el sentimiento de la ausencia.

—¿Con que es D. Ernesto quien...?

—El mismo. Se conoce que vienen dentro de las que le escribe D. Arturo.

—Esa circunstancia nos es adversa.

—¿Por qué, D. Sebastian?

—Vá Vd. á saberlo, Antonia.

Aquí el memorialista bajó la voz, convirtiéndola en una especie de susurro.

—La señora marquesa viuda de Nulos desea á todo trance que terminen las relaciones de su hijo con la señorita Adela. ¿Entiende Vd.?

—Pues no he de entender!

—Es preciso que dos cartas, una de D. Arturo y otra de la señorita Adela, vengán á mis manos, sin perjuicio de darles luego curso si nos parece.

—Imposible.

—Esa palabra no existe en mi vocabulario.

—La señorita Adela no suelta un solo instante las cartas de D. Arturo, y en cuanto á las suyas... vaya Vd. á buscarlas á Paris.

—¡Tonta! ¿No es Vd. quien lleva al correo las cartas de la señorita?

—Esa es precisamente la dificultad. Mi señorita se las entrega á D. Ernesto.

—¡Diablo de D. Ernesto!

—¿Y son tan indispensables esas cartas?

—Como que sin ellas no podemos hacer nada de provecho. La señora marquesa las necesita.

—D. Sebastian...

—¿Vacila Vd., Antonia?

—Yo no; pero...

—El beneficio será grande.

—¿Pues no dicen que esa señora está arruinada?

—Aún le sobran alhajas y muebles que empeñar... ó que vender. Soy el que dispone en la casa.

Gargollo tomó el aire de un mayordomo.

—Como suceden tantos chascos, D. Sebastian...

—Yo respondo, y cuando yo respondo...

—Bueno, D. Sebastian. Me pondré en acecho; observaré, espiaré; seré toda ojos y oídos.

—Así, así.

—Lo más difícil es lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—La carta de mi señorita.

—Si escribiera en varias veces... se podría, siendo diestra... ¿eh?

—Comprendo, D. Sebastian.

—Pues separémonos; y cuando Vd. haya encontrado el medio de conseguir, sin que nos comprometa, lo que desea la señora marquesa, esto es, las dos cartas, ya sabe usted dónde estoy.

—Adios, D. Sebastian.

—Que él acompañe á Vd., Antonia.

Cualquiera, al oírlos expresarse así, los hubiera tomado por dos buenas personas; sólo que los ojillos del memorialista revelaban cierta malignidad y los labios de la pobre Antonia se entreabrían, al traspasar el umbral, diciendo:

—Yo buscaré el modo de apoderarme de las dos cartas.

CAPÍTULO XIX

Historia de Ernesto.

Adela entró en la habitación donde se hallaba su madre y Ernesto, habiendo procurado antes, según dejamos dicho, serenar su rostro.

Doña Mencia la miró con ese interés propio del amor materno, que es el amor de los amores. Su corazón no le presagiaba nada bueno para el porvenir; pero no se atrevía á hacer ya reflexiones á la enamorada joven, considerándolas inútiles.

—¿No sabes lo que estaba proponiendo á nuestro querido Ernesto?—dijo.

—No, mamá, no adivino...

—Pues oye. Le proponía... Vamos, ayúdeme Vd.

—Su madre de Vd., Adela, desea que le refiera lo que llama *mi historia*. Figúrese Vd. qué sucesos podré yo referir, capaces de distraer á nadie.

—Es modestia, Ernesto.

—Es la verdad, señora.

Hacia tiempo que doña Mencia y Adela deseaban, en efecto, conocer ciertas circunstancias de la vida de su amigo, de quien se decía que abrigaba en lo más hondo del alma un doloroso y querido recuerdo.

Ernesto tenía imaginación poética; era entusiasta de lo bello, y sin embargo no se sabía que *amase* á ninguna mujer.

¿Había amado en algún tiempo?...

¿De dónde provenía su actual manera de ser, tan impropia de un hombre de su edad y de sus prendas?

Complaciase en el casto amor de Adela y Arturo, lo cual probaba que comprendía lo que esta pasión vale, cuando es verdadera, y no obstante huía de la sociedad... sobre todo de la femenina.

¿Temía que su corazón le arrastrase más allá del límite que le había fijado?

Y ese límite... ¿por qué, á propósito de qué existía, dado caso de que existiese?

Todas estas suposiciones y preguntas se las habían hecho mutuamente más de una vez doña Mencía y Adela, y era natural que, viendo á Ernesto con frecuencia, y apreciándole mucho, desearan sondear aquel corazón de oro.

Ernesto, siempre que se aludía á su pasado, hacia oídos de mercader y hablaba de otra cosa. Entonces no pudo evitar el ataque directo de sus dos amigas, no desistiendo la madre, por escocerle ahora más que nunca el aguijón de la curiosidad, ni tampoco la hija, que encontró así un pretexto para desviar la atención de la carta que acababa de recibir y de leer.

—Ea, comience Vd., Ernesto.

—No se haga Vd. de rogar, amigo mío.

—Se cuentan cosas de Vd. que...

—¿Qué se cuenta de mi pobre individuo, señora?

—Dícese que tiene Vd. una herida en el corazón, la cual no se ha cicatrizado todavía.

—¡Por Dios, señora!

—¡Ah! ¿Con qué es cierto el rumor...?

—¿Quién ha dicho...?

—Usted mismo lo ha confesado. No hay más que mirarle á Vd. en este momento para convencerse de que es verdad.

—Vamos, Adela, no se burle Vd. de mí. ¡Ya sé vé! ¡Cómo está Vd. tan satisfecha y tan...!

—Ernesto, no le vale á Vd. hoy el empeño de llevar la atención á los demás y distraerla de su persona. Déjeme usted á mí y refiéranos...

—Arturo...

—Deje Vd. á Arturo en París. Las habilidades de Vd...

—Pero...

—Somos inflexibles.

Ernesto conoció que era ya descortesía el resistirse por más tiempo. Tratábase de excelentes amigas, de almas inocentes y puras que simpatizaban con la suya, tan entusiasta y tan leal. Por otra parte, no le vendría mal desahogar el oprimido pecho, ahora que le faltaba aquel amigo de sus primeros años, aquel compañero de su juventud; y, exhalando un hondo suspiro, dijo con intencionada pausa:

—Puesto que se empeñan Vds., les confiaré mi secreto. Quizá no les produzca más que fatiga, y ruego á ustedes que, en cuanto se cansen, me lo digan francamente.

—No nos cansaremos; esté Vd. seguro que nos tendrá sin pestañear hasta que concluya.

Ernesto, con voz tranquila, comenzó de esta manera:

—No hay en toda mi vida más que un suceso, y es el que voy á referir. Mi pasado se encierra todo en ese suceso; mi porvenir... ¡ah! mi porvenir es un inmenso vacío.

Ya sabe Vd., Adela, mi afición á los versos. La poesía es un arte divino que avasalla las almas de cierto temple, y cuando llega este caso influye en las acciones, en las cos-

tumbres, en las ideas. De ahí que contribuya tanto á la felicidad ó á la desgracia.

Cuando conocí á Marta...

La voz de Arturo pareció estremecerse. Doña Mencía y Adela redoblaron su atención.

—Cuando conocí á Marta, me dominaba por entero la pasión de los versos. Marta era la poesía. No exagero al expresarme así. Me enamoré locamente de ella, porque amaba el arte de Apolo con idolatría. Perdonenme ustedes la cita de este dios mitológico.

Marta tenía para mí un atractivo irresistible: el de sus azules ojos, dotados de inefable dulzura. La frente académica de aquella linda criatura los hacía resaltar más. y era imposible estar junto á ella sin sentirse como preso en el asiento. A lo ménos, este era el efecto que yo experimentaba.

No podía darse fisonomía más simpática. Las palabras que salían de sus húmedos labios eran notas de música. Formas de una regularidad perfecta, sonrisa graciosa, andar distinguido...

Ernesto no pudo continuar; pues la emoción le ahogaba. Adela acudió en su auxilio, diciéndole con algo de ironía:

—Vamos, vamos; que no peca Vd. hoy de galante conmigo, Ernesto.

—Perdon, Adela; me había olvidado... ante ese recuerdo... de... de...

—De mí, acabe Vd. ¿No es verdad?

—Adela...

—¿Qué tiene eso de extraño? ¡Valgo tan poco!

—Usted vale muchísimo, pero...

—Pero al lado de Marta...

—Adela, no sea Vd. tan susceptible.

—Ni Vd., Ernesto tan... tan loco.

—¡Ay, Adela! Calderon, el gran Calderon lo ha dicho en *El mayor monstruo los celos*:

...Cuando amor no es locura,
no es amor.

—Calderon dirá lo que guste; pero Vd. no debe ponerse en pugna con su razón.

Doña Mencía, conociendo que la intención de Adela era distraer á Ernesto de la honda pena que le embargaba, no la quiso interrumpir. El objeto estaba logrado.

—Continuaré—dijo Ernesto.—Habiame forjado un ideal poético, y lo encontré en Marta. La amé con toda mi alma. Adela, juzgue Vd. de mi amor á Marta, por el amor que le profesa Arturo.

Los padres de Marta se oponían á nuestras relaciones, sin duda por considerarme poco *acaudalado* para hacer la felicidad de su hija. ¡Qué así comprenden la *felicidad* ciertas gentes!

Yo, no obstante, contaba con lo necesario para vivir independiente y dichoso, unido á Marta, y ésta no pensó nunca en *adquirir* posición, sino en amar y ser amada.

Lo cual significa que nuestras relaciones siguieron á despecho de los autores de sus días. Antes de entrar más en materia, puesto que sé cómo va á sangrar mi corazón con tan triste relato, me permitirán Vds. que les recite algunos de los versos dedicados por mí á Marta. Achaque de poetas, dirán Vds.: prendarse de lo que llaman sus inspiraciones, como Narciso (otra cita mitológica) de su figura. Pero la culpa no es mía, es de Vds.

—Me gustan mucho los versos, dijo Adela.

—Los compuse para el canto (1).

(1) La música de esta *Melodía* ha sido compuesta por el distinguido profesor Sr. Espin y Guillen.

MARTA

MELODÍA

I.

El aura te acaricia,
la rosa te perfuma;
cual Venus, de la espuma
naciste de la mar.

En tu virgíneo seno
se posan los amores,
y juegan con las flores
que allí brotando están.

En tus azules ojos
se pinta tu alma bella,
que blanda luz destella
é infunde al hombre amor.

Graciosa es tu sonrisa,
conmover tu llanto,
¡oh, Marta! ¡Oh dulce encanto
de un triste corazón!

II.

Las tinieblas en mi alma
su tristeza difundían,
para mí no sonreían
ni crepúsculos ni sol;

Mas, en cielo tan oscuro
tú brillaste de repente,
y á los rayos de tu oriente
mi horizonte se aclaró.

De tu frente brota el alba,
en tus ojos nace el día;
eres, Marta, la armonía
de la sombra y de la luz.

Te apareces en mis sueños
de placer y de ventura,
eco fiel, imagen pura
del amor y la virtud.

III.

Entre las flores que el aura besa
con casto amor,
hay una rosa que gime presa
de una pasión.

Es blanca, y baña de puro aroma
todo el vergel,
cuando el amado riendo asoma,
lleno de fe.

Misterio esparcen estos amores
por el pensil,
y están ansiosas todas las flores
por ver el fin.

Marta, tú eres la blanca rosa,
la linda flor
que gime presa de misteriosa,
tierna pasión.

IV.

En la aurora te busco, y tus labios
sonrientes de amor allí miro;
de la tarde en el triste suspiro
gimes dulce y se anubla tu faz.

Con el sol se engalanan tus ojos,
con la noche llorosa te inclinas,
y pronuncias palabras divinas
que á perderse en la atmósfera van.

Hay un alma que á tu alma responde,
hay un sér que en el tuyo se funde,
y dos vidas que en una confunde
ideal, misteriosa pasión.

Eres, Marta, el simpático lazo
que en la tierra unifica dos almas;
en el cielo, iris bello, tú calmas
de su triste destino el rigor.

—¡Qué feliz debió sentirse—dijo Adela—la mujer que tan tiernos sentimientos supo inspirar á Vd., Ernesto!

—Marta era dichosa, porque yo la adoraba; ¡pero aquella dicha iba á desaparecer tan pronto...!

—¡Marta... la blanca rosa!...—murmuró la jóven, como recordando la poesia que acababa de recitar Ernesto.

—Se marchitó, amiga mía, dejándome no obstante su suavisimo perfume, que nunca se disipa, que embalsama mi existencia!

Ernesto hizo una pausa, suspiró hondamente y alzó los ojos, como si buscase algun objeto querido, alguna sombra vaporosa... el peri-espíritu de Marta, segun la doctrina de Allan Kardec; la vision de una fantasia acalorada, segun los idólatras de la materia.

Nosotros haremos tambien una pausa, dejando para otro capítulo la continuacion de la historia de Ernesto.

CAPÍTULO XX

Concluye la historia de Ernesto.

Doña Maria y Adela respetaron el dolor de su amigo y la primera llevó por dos ó tres veces el pañuelo á los ojos.

Ernesto continuó de esta manera:

—Los padres de Marta no se contentaron con oponerse á nuestras relaciones, sino que maltrataban á su hija. Marta se guardaba bien de decírmelo; pero viendo yo en su rostro señales inequívocas del abuso de la autoridad paterna, mi indignacion subió de punto y traté de poner remedio al mal, ántes de que fuese incurable.

»Me presenté impávidamente al padre de Marta, pidiéndole la mano de su hija.

»Me la negó, sin vacilar un solo momento.

»Entonces le anuncié que me ampararía en la ley contra su inconsiderada negativa. El se rió y me dijo que hiciese lo que se me antojara; que le daba lo mismo; que Marta se casaría con la persona que sus padres eligieran; que no obtendría otro resultado sino el de arruinarme, que me aconsejaba desistiese de mi loco empeño y los dejase en paz. Fué una escena violentísima que no olvidaré en mi vida.

»Marta lo escuchaba todo desde afuera.

»Extrañé que aquella noche no se asomara al balcon, y me retiré á casa en un estado de agonía indescriptible.

»Al dia siguiente fui á pasearme, como tenia de costumbre, por delante de la casa de Marta.

»Los balcones permanecieron desiertos.

»Tuve valor para aguardar hasta la noche. Nada; no logré verla; no se presentó.

»Ya era imposible resistir. ¿Qué pasaria en aquella casa? ¿Habrian encerrado á Marta?...

»Este pensamiento me volvia loco. No conseguí plegar los ojos en toda la noche. ¡Qué tormento tan insoportable es la incertidumbre en casos de este género!

»En cuanto empezó á clarear el dia me lancé á la calle. Sentia que me ahogaba.

»Clavado frente á la casa de la pobre jóven, expiaba el momento de que se abriese la puerta, decidido á arros-trarlo todo, con tal de saber qué era de Marta.

»La puerta se abrió al fin; mas el portero, hombre bastante brusco, no me sacó de la duda.

»Al cabo de un instante oí pasos en la escalera, y conocí á la criada de la casa de Marta.

»Al verme, quiso retroceder; pero no se lo permití.

—¿Qué tiene Marta? ¿Está enferma?

»Al mismo tiempo de hacerle estas preguntas, dejé deslizar un duro en la mano de la criada, que se mostró desde entonces más complaciente conmigo.

—La señorita Marta...

—Sigue.

—La pobre señorita...

»Para abreviar, Marta, que queria mucho á sus padres, en cuanto oyó la conversacion de que hice ántes mérito, formó su plan. Parece que se la amonestó fuertemente,

amenazándola con tenerla encerrada si persistia en sus *locos amóros*.

»La infeliz, colocada entre sus padres y su amado, no atreviéndose á faltar á los primeros ni al segundo, se tomó de una vez todo el láudano que habia en un vaso, y que en pequeñas porciones, servia para conciliar el sueño á su madre, corriendo gran peligro por haberse acudido algo tarde á suministrarle los oportunos remedios.

»Esto fué lo que me refirió la criada.

»Sin reflexionar lo que hacia, en el paroxismo del más agudo dolor, me precipité dentro del portal, subí al piso segundo, donde vivia Marta, y tiré con fuerza del cordón de la campanilla.

»Como aún reinaba cierta oscuridad en los pasillos, creyeron que era el médico y me llevaron á la habitacion de la pobre Marta.

»¡Qué horrible espectáculo! Estaba completamente desfigurada. Aún vivia, pero se aproximaba al fatal término con visible rapidez. Menudeaban las convulsiones; el delirio era espantoso.

»No me conoció; pero si su desdichada madre, que corrió hácia mí y me apretó la mano, deshecha en lágrimas. Sus lábios no tuvieron una palabra de queja contra mí.

»Me arrodillé junto al lecho, cogi una mano de Marta (la otra la tenia entre las suyas la afligida madre), y alzando los ojos al cielo, me puse á orar.

»Todo inútil. Al abrirse la puerta para dar paso al médico de cabecera, á quien acompañaba el padre de la víctima, acometió á ésta una horrible convulsion, desencajáronse sus hermosísimos ojos, y los cerró... para no volverlos á abrir en la tierra.»

Ernesto rompió á llorar como un chiquillo. Doña Mencía y Adela prorrumpieron tambien en sollozos.

Después de desahogarse con aquel copioso llanto, prosiguió así Ernesto:

—Omito describir á Vds. la escena que sucedió á la que dejo relatada. El padre de Marta quiso lanzarse sobre mí, pero su esposa le detuvo.

—No es hora de irritarse, sino de sentir—le dijo.

»Yo me mantuve inmóvil junto al lecho.

»Cuando empecé á experimentar el frío glacial de la muerte de aquella desventurada, me levanté de golpe, prorrumpí en una tremenda exclamación; y sin despedirme, ni siquiera de la madre, salí como un loco de la alcoba bajé precipitadamente la escalera, corrí á casa de Arturo, le desperté, se lo conté todo y... á él debo haber conservado la razón. El alma de Arturo es un riquísimo venero de sentimiento; me lo demostró en ocasión tan solemne, y jamás podré pagarle lo que por mí hizo.

»La fiebre me devoraba. Me condujo á mi casa y mandó á buscar un médico. Se declaró el ataque cerebral...

»En fin, ¿por qué extenderme en narrar lo que no tiene ya interés ni objeto? Estoy aquí vivo; lo que prueba que sané de aquella enfermedad. La enfermedad moral vino luego. Arturo fué mi médico; y médico afortunado, puesto que salió airoso de la cura emprendida.

—No he vuelto á ver á los padres de Marta. Lástima los tengo, porque la conciencia debe haberles atormentado mucho con su agudísimo dardo.

»Tal es el único suceso de mi vida. Y ahora celebro la curiosidad de ustedes; pues, desde la marcha de Arturo no había vaciado en ningún humano pecho la amarga pena que del mío rebosa».

—Es Vd un mal amigo, Ernesto;—dijo Adela.—¿Por qué no había Vd. hecho ántes lo que acaba de hacer, condescendiendo á nuestros ruegos?

—Perdóneme Vd. Adela. La creía á Vd. tan exclusivamente ocupada con su pasión, que...

—Vamos, calle Vd., ingrato amigo.

—Adela, los desgraciados son naturalmente tímidos y recelosos.

Bajando entonces la voz añadió:

—¿Está Vd. contenta con la carta de Arturo?

—Mucho, gracias.

Ernesto permaneció unos instantes más con aquellos excelentes amigos, anunciándoles, ántes de marchar, que tal vez se vería obligado á dejar á Madrid por dos ó tres semanas.

La pobre Antonia cogió al vuelo esta última indicación. Era un gran descubrimiento.

imposible acostumbrarse á vivir como un particular cualquiera. Aspiraba á casar á Arturo con una señorita de la aristocracia y á trueque de conseguir su objeto le importaba poco despedazar el corazón de Adela. Figurábase que el amor de su hijo era un capricho de la juventud, y que se desvanecería en cuanto pasara dos meses alejado de Madrid.

¡Ilusiones de madre, que debían dar por resultado un crimen!

Arturo le había escrito, y con toda intención le ponderaba las diversiones de París, no escaseando frases en elogio de las damas parisienses, de los paseos, de los teatros, de los monumentos públicos, etc., etc. El joven creía desorientarla; pero el efecto era otro. Animábase á seguir urdiendo la trama, de cuyo buen éxito *pendía* la felicidad de Arturo.

¡La felicidad de Arturo!... En estas cuatro palabras se compendian el presente y el porvenir de la marquesa.

Sumida estaba en el abismo de sus pensamientos, cuando el ayuda de cámara apareció en el umbral de la puerta y, después de inclinarse dos veces hasta casi tocar el suelo, anunció que D. Sebastian Gargollo pedía la venia de S. E. para exhibirse.

—Hazle pasar—dijo la marquesa.

Gargollo se presentó con aire satisfecho: los ojillos más saltones que nunca, la frente erguida, el paso majestuoso.

—Señora marquesa—dijo,—si V. E. me concede su permiso, dejaremos para otro día las ceremonias y...

—¿Ocurre algo nuevo?—preguntó la marquesa, extrñando el exabrupto del memorialista, tan respetuoso de ordinario.

—Grande, muy grande ha sido el trabajo que he tenido

necesidad de emplear para descubrir cómo y de qué manera el enemigo...

—Pero... ¿está Vd. loco, D. Sebastian?

—¿Loco?... Sí, de alegría; porque hemos alcanzado una completa victoria. Podemos exclamar: *Victoria en toda la línea*, señora marquesa.

—Vamos, hable Vd. claro.

—En fin...

—En fin...

—El triunfo es más glorioso de lo que parece, señora marquesa.

—¿Qué triunfo?... ¿Acabará Vd., por Dios?

—Pues...

—¿Qué le detiene á Vd., D. Sebastian?

—Es que...

—¿No repara que me está atormentando?

—Ha sido la obra de un trabajo constante y *prelérilo* para conseguir un bien *futuro*.

—No hay duda; se ha vuelto Vd. loco.

—Las cartas...

—¡Ah!...

—Aquellas cartas...

—Me va Vd. á quemar la sangre, D. Sebastian.

—Las poseemos ya.

Y Gargollo dió tres palmadas y se pasó la mano por la corva nariz, como quien no reconoce rival en el mundo.

—Veámoslas—dijo la marquesa.

—Digo, las poseeremos muy pronto.

—Entonces...

—Debido todo á mis gestiones, á mi activa cooperacion, á mi talento...

Gargollo se detuvo, para ver el efecto que producían sus palabras. La marquesa no desplegó los labios.

—He podido lograr que ese Ernesto, cuya mediación nos perjudicaba tanto, salga de Madrid por dos ó tres semanas, y que durante su ausencia, quede encargada de la correspondencia entre los dos novios mi protegida Antonia. Con que... ya V. E. adivinará el curso que va á llevar este negocio. He hablado á mi amigo, el calígrafo, y está corriente. Es muy hábil en el precioso arte de imitar la letra del prójimo. Sólo que, así él, como Antonia, ruedas de que me valgo para hacer funcionar la máquina, necesitan que se les pague bien, y...

—Ya sabe Vd., D. Sebastian, cómo recompensó yo á los que me sirven.

—Sí, señora marquesa. En cuanto á mí... nada pido. Me basta la honra de que V. E. me ocupe.

—Gracias, D. Sebastian. Estoy convencida de que es usted un hombre de corazón generoso; un leal servidor de la antigua casa de los Nules.

Gargollo, que para mentir descaradamente se pintaba solo, hizo tres reverencias y miró luego de reojo los candelabros, el reloj y la araña.

—Si á la señora marquesa le parece, *untaremos* un poco las ruedas de la máquina, que es el mejor medio de que corran sin entorpecimiento.

—No comprendo...

—Mi amigo Gaspar, el calígrafo, es padre de familia, y Antonia, la criada de esas señoras, necesita comprarse un traje decente para representar con acierto su papel.

—Ya he dicho á Vd. que...

—Con perdón de la señora marquesa, convendría anticiparles alguna cosa. Así ganaríamos mejor su confianza.

—D. Sebastian, en estos momentos me es imposible disponer de ninguna cantidad... á menos que...

—Señora marquesa—se apresuró á decir el memoria-

lista,—ya sabe V. E. qué puede contar conmigo. *Soy de la casa.*

Gargollo pronunció estas últimas palabras con un tono especial. La marquesa conoció que peligraban sus candelabros.

—A menos que—continuó—se decida Vd. á llevar al Monte esos dos candelabros.

Gargollo estiró los ojillos y dejó entrever la punta de la lengua.

—Estoy á las órdenes de V. E.

—¿Conque tendremos esas cartas?

—Seguro, señora marquesa. Yo respondo.

—¿Cuándo?

—Tal vez mañana. Lo más tarde pasado.

—Entonces no se detenga Vd. y manos al negocio, don Sebastian.

—De manera que... me llevaré los candelabros?...

—Sí; y despues me comprará Vd. unos iguales de metal plátado.

—Hacen el mismo efecto, señora marquesa.

—Eso por una parte; y por la otra, como los he de sacar pronto...

—¿Tiene V. E. esperanza de vencer en el pleito á su pariente?

—Tengo la seguridad, D. Sebastian.

—A los piés de V. E., señora marquesa.

—Adios, y ande Vd. listo.

Salió el memorialista, apoderándose ántes de los dos candelabros, que cubrió con el pañuelo, y la marquesa de Nules quedó sola, entregada á sus meditaciones.

Creía, en efecto, que vencería al pariente que se había *alzado* con la mejor parte de sus bienes. Los procuradores y los abogados la traían medio loca, asegurándola que iba

á recobrar lo perdido. Mientras veían la probabilidad de cobrar sus honorarios, no soltaban la presa.

¡Ah! Esa probabilidad era cada vez más decreciente.

Los muebles de aquella casa desaparecían.

Las alhajas se convertían en monedas de plata.

Entre Gorgollo y la gente de la curia iban comiéndose el resto de la fortuna de los Nules.

En breve no quedaria á la marquesa más que sus pergaminos.

¡Pobre marquesa!!!

CAPÍTULO XXII

Reflexiones tristes.—Verdades amargas.

Parece increíble, pero es cierto. Ya el célebre poeta Lucrecio lo habia dicho en aquel inmortal verso:

Tantum religio potuit suadere malorum!

Lo que equivale á dejar asentado que de una cosa buena puede brotar el mal; ó lo que viene á ser lo mismo, que en una alma virtuosa cabe engendrarse el delito.

¡Tristísima reflexion! ¡Amarga verdad!

La marquesa, excelente y cariñosa madre, sin una mancha hasta allí en su conciencia, compasiva para los necesitados, haciendo de continuo obras de caridad, capaz de sacrificarlo todo por su hijo, temerosa de Dios, nada ménos intentaba que la falsificacion de una correspondencia, esto es, uno de los actos más repugnantes é indignos; un crimen castigado severamente por el código.

Pero, como era con el fin de que su hijo prosperase, renunciando á un capricho de la juventud y uniéndose, mediante una ventajosa boda, á lo más selecto de la aristocracia madrileña, ni el acto le parecia indigno ni la conciencia le punzaba, por más que desde luego se descubriese en el resultado de aquella intriga el despedazamiento

de dos corazones y tal vez la muerte prematura de una interesante joven.

¿Qué le importaba esto á la marquesa viuda de Nules?

Logrado el objeto que á ella se le figuraba *noble*, lo demás era materia de poca monta.

Doña Mencía.. ¡pobre madre!

Cantidad negativa.

Adela..... ¡infeliz niña!

Cantidad negativa.

¡Oh! Si el corazon humano sintiera, cuando se extraviaba, el agudísimo dolor que experimenta la víctima de ese extravío, entonces la justicia seria completa y el escarmiento seguro.

Pero no sucede así; porque la razon se extravía tambien en esos casos, y el juicio erróneo embota el aguijón de la conciencia.

Aquí viene de molde aquel verso de Argensola:

Ciego, ¿es la tierra el templo de las almas?

Porque los entendimientos rectos, para armonizar la justicia de Dios con lo que pasa en nuestro imperfectísimo planeta, necesitan salir de la órbita terrestre.....

¿Qué compensacion, si no, á tan inmerecidos padecimientos?

La marquesa... ¡absurdo terrible! iba á tener por instrumentos de sus egoistas planes, ella, la aristócrata, la idólatra de los pergaminos, á una criada, á un memorialista y á un falsificador de la letra ajena.

¡La marquesa viuda de Nules!

¡La virtuosa madre de Arturo!...

¿Quién osaría dudar de las relevantes prendas, de la caridad... de tan digna señora, sólo porque se desbaratasen

las relaciones del heredero de un título con una joven modesta, casta, distinguida... pero no de *sangre azul*?

La marquesa podia contar con que nadie se atrevería á echarla en rostro semejante conducta... que la llevaba derecha al precipicio.

¿Acaso iba á delinquir?

¿No se trataba de la *felicidad* de Arturo?

Tales son los efectos del egoismo, vicio generador.

Sin el egoismo, se verían quizá ménos rasgos sublimes de virtud; pero, en cambio, habria mayor suma de moralidad y de justicia.

El egoismo ponía una venda en los ojos á la *noble* marquesa, para que no percibiese el fango con que la salpicaba un bribon como Gargollo.

El egoismo la arastraba por la senda de la perdicion, hasta el punto de deshacerse de cuanto habia aún de algun valor en su casa, sin conocer que el memorialista engordaba á su costa.

¡La marquesa viuda de Nules descendiendo rápidamente la escala de la degradacion y colocada al nivel... por debajo del nivel de Gargollo!

¡Que las madres se miren en el espejo de la *ilustre* posesora de los pergaminos... no del dinero de los Nules!

CAPÍTULO XXIII

Inocentes desahogos del memorialista.

Los sucesos marchaban con asombrosa rapidez.

Gargollo salió de casa de la marquesa ébrio de placer, pues la fortuna le sonreía, é iba á recoger nuevas sonrisas y favores.

Fuese derecho á su escritorio y colocó en un rincón los dos candelabros.

Aguardábanle dos ó tres parroquianos, que se quedaron sorprendidos de la extraordinaria alegría del memorialista.

Despachó á aquellos individuos y en seguida, tomando papel y un lápiz, se puso á escribir cifras y á formar cálculos.

Oigámosle hablar consigo mismo:

—Los candelabros son de plata maciza y pesan *como un demonio*. Si los llevo al Monte, me darán solo veinte duros. Es poco. Los venderé y *paz Christi*. La señora marquesa no se pára en pequeñeces de este género; quiere casar á su hijo aristocráticamente, y con tal de conseguirlo le importará un ardite no volver á ver en los cortos años que le restan de vida, estos dos candelabros... Luego haremos lo propio con la araña, que debe valer mucho. La tengo bien

examinada. Los candelabros producirán unos treinta y dos duros, ó sea dos onzas de oro. Para Gasparito... ochenta reales. ¡Oh! es bastante pagar. ¡Cuándo hubiera pensado ese mentecato ganarse cuatro durazos de un golpe, y por hacer un primer ensayo!... Para Antonia... Esta mujer tiene un olfato... No se contentará con ménos de cien reales. Cuatro y cinco, nueve. Hasta treinta y dos... Vamos, vamos, Gargollo. Te guardas veintitres duros y siga la broma.

Levantóse, hizo una pirueta, cogió los candelabros y marchó á convertirlos en dinero contante.

¡Pobre marquesa viuda de Nules!

Era un ciudadano de provecho D. Sebastian Gargollo. En dos por tres *derritió* (como él decía) los candelabros y se dirigió á casa del calígrafo.

Gasparito estaba ocupado en el trabajo mecánico de imitar letras; pues deseaba salir airoso de la comisión que le iba á encargar su amigo y protector Gargollo.

—¿Qué tal?—preguntó el memorialista.

—Ejercitándome en el oficio—contestó Gasparito.

Gargollo echó una ojeada á los *estudios caligráficos* de su con-cónyuge.

—¡Admirable! ¡Admirable!—dijo.

Y estrechó entre sus brazos á Gasparito.

Este, estupefacto, se dejó abrazar, cuidando de que no se le descompusiese la cabellera, que él, en su pelomanía, llamaba *melena de león*.

Gargollo, entusiasmado, estampó un beso en la frente épica de Gasparito. Era demasiado.

El calígrafo, creyendo que el memorialista se había vuelto loco, rompió á gritar como un desesperado. Gargollo trató de taparle la boca para que no alborotase; pero el terror del calígrafo subió de punto:

—¡Favor! ¡Que me matan! ¡Favor!

Estos clamores, repetidos con lastimoso acento, produjeron el efecto que era de esperar. Petra, Periquito y Gasparita acudieron en auxilio del pobre calígrafo que se agitaba y retorcia entre los brazos del memorialista.

Petra empezó á jurar horriblemente cuando conoció á Gargollo.

—Con mil demonios—dijo,—zopenca de mí al unirme á semejante mastuerzo. ¿Pues no grita como si le fuera á matar realmente? Anda, bruto... (Aquí se desató en epítetos mal sonantes, que el decoro no nos permite trasladar al papel) que de esa manera no ganarás pan para tus hijos. ¿Con qué á nuestro amigo y protector D. Sebastian le llamas asesino? ¡El infierno te confunda!

Y en un abrir y cerrar de ojos, arrancó á Gasparito de manos del memorialista, y le aplicó el remedio eficaz de tres ó cuatro bofetadas.

Gasparito prorrumpió en llanto; pero, como historiadores exactos, debemos decir, en honor suyo, que no lloraba por las bofetadas, aunque fueron de padre y muy señor mío, sino porque Petra le habia cogido de la cabellera, de la *melena de león*, su orgullo.

Los niños hicieron el trío á su papá; sobre todo Gasparita, porque Periquito se ponía siempre del lado de la madre.

La voz de D. Sebastian no tardó en apaciguar aquel tumulto.

—Gaspar, has creído que me habia vuelto loco, porque en medio del júbilo que me embarga, te he abrazado y besado. ¡Eres un ingrato!

Petra quiso lanzarse de nuevo contra Gasparito. El memorialista la detuvo.

—Quieta. No le pegue Vd. He tenido yo la culpa, por

haberle dado un apretón demasiado pronto. Ea, Gaspar, esto acabó. La señora marquesa te anticipa estos cuatro duros, á cuenta del importante trabajo que vas á emprender.

Y los sacó del bolsillo, uno á uno colocándolos sobre la mesa.

Gasparito fué á cogerlos, pero su *virtuosa* mitad, empujándole con violencia, les echó la garra y dijo al calígrafo:

—Vete á escribir, zopenco.

¡Edificante ejemplo de armonía conyugal!

Gasparito, ocupado en arreglarse la cabellera, no desplegó los lábios.

Gargollo, con aire de triunfo, dió un golpecito en el hombro al calígrafo, que batía el compás con el pié, y le dijo:

—Gaspar, esos cuatro duros que te he entregado...

El pobre diablo miró á Gargollo, como si quisiera preguntarle dónde estaban los tales duros. El memorialista continuó impertérrito:

—Esos cuatro duros que acabo de entregarte son un anticipo. Así te desengañarás de que se juega limpio, y no volverás nunca á vacilar un momento cuando te haga cualquier encargo. Disponte á trabajar, pues la cosa está inmediata. El anticipo de la señora marquesa lo he distribuido entre ti y Antonia. No me he quedado con un solo real. Ya me desquitaré luego. Lo primero es lo primero.

Y estrechando la mano de Petra, se marchó D. Sebastian Gargollo, no sin besar ántes cariñosamente á Periquito y Gasparita.

Una vez solos los dos esposos, Petra dijo á su marido:

—¿Ves, alma de cántaro, cómo te sonríe la fortuna? Si no te hubieras casado conmigo, serías siempre un pobre diablo y te morirías de hambre.

—Se me figura, mi buena Petra—dijo á su vez Gasparito, que no me irás á dejar *per istam*.

—¿Qué significa eso?

—Significa, mi queridísima esposa, que espero me des, aunque no sea más que un duro de los cuatro que me ha traído D. Sebastian, pues...

Gasparito no pudo concluir la frase.

La virtuosa Petra hizo un movimiento semicircular con el volúmen de su colosal cuerpo, levantó la pierna al nivel del *coxis* (vulgo rabadilla) de su *amado* esposo, y le descargó tan fuerte puntapié, que Gasparito dió consigo en el suelo, rompiéndose en la caída dos dientes.

—Ahí tienes el duro que te regalo, mastuerzo.

Renunciamos á describir el resto de la escena.

CAPÍTULO XXIV

La pobre Antonia entra en accion.

Desde la marcha de Ernesto, Antonia habia empezado á funcionar.

La criada era un Argos para el mal. Nada se le escapaba. Naturaleza pervertida, gozábase en ver el deterioro de la salud de su señorita; pues con la perspectiva de las ganancias que le ofrecia Gargollo, hasta la muerte prematura de Adela podría serle muy ventajosa.

Antonia, como todas las mujeres solteronas de su edad, sentia los estímulos de la ruin envidia hácia lo bello, lo honesto, lo casto. Hubiera querido rebajar á las demás mujeres, de suerte que ninguna le excediese una línea en dignidad, en virtudes, en merecimientos.

Aborrecia de todo corazon á Adela.

Esta interesante jóven, cuya salud habia sido siempre en extremo delicada, iba decayendo ahora con tal rapidez, que hizo entrar en cuidado á doña Mencía.

Quejábase de dolor en el pecho, y séase que comia muy poco ó que el mal latente ejercia esta influencia, el adelgazamiento de Adela era visible.

Con la marcha de Ernesto se aumentó su tristeza.

Por aquella época la acometió un fuerte catarro, que

los médicos calificaron de pulmonar. Curóse al fin; pero quedó tan débil, que apenas podía dar un paso. Gradualmente adquirió alientos, y los paseos matinales por el Retiro y la leche de vacas, contribuyeron á que se repusiese un tanto.

Sin embargo, el adelgazamiento continuaba, y lo que más alarmada tenía á su madre, era la tos seca que se le habia declarado, y que algunas veces la molestaba mucho.

Pasó una semana sin recibir cartas de Arturo.

Al principio de la semana siguiente, le trajo el cartero una, no muy larga, pero extremadamente afectuosa.

Vamos á transcribir un párrafo de aquella carta, que causó bastante impresion á la jóven.

«Noto en tu última, dulce amor mio, cierto dejo de amargura que no tenían las anteriores. Parece como que desconfías del porvenir, ó lo que viene á ser lo mismo, de tu Arturo. Haces mal. Mi cariño no es de los que disminuyen con la ausencia. ¡Te veo á todas horas con los ojos del espíritu! ¡Ah, mi tierna y casta Adela! ¡Si te tuviera aquí, con qué placer te tomaria del brazo y nos iriamos á pasear bajo las espesas arboledas de los Campos Eliseos y del bosque de Boulogne! Pero sin tí, esos amenísimos sitios me angustian, me fastidian; y cuando voy á ellos, busco los puntos más apartados y solitarios.»

Véase otro párrafo de la misma carta:

«Tambien he extrañado algo el carácter de letra. ¿Estarás enferma, futura esposa mia? Se advierte cierta inseguridad, como si te temblase la mano. ¡Nada me ocultes, por Dios! Mi vida pende de la tuya.»

Nuestros lectores habrán adivinado la verdadera causa de estas observaciones de Arturo.

La pobre Antonia habia entrado en accion, *funcionaba*.

Gasparito *se lucia*.

Las cartas debian ir escaseando *poco á poco*. Esta era la consigna dada por la marquesa.

El memorialista, como ejecutor de las órdenes que se le comunicaban, recibia las cartas de manos de Antonia y marcaba al calígrafo la pauta á que tenia que ajustarse. Era el alma de la infernal intriga.

Para él no existia otro blanco que enriquecerse á costa de la debilidad de la marquesa viuda de Nules. Servíase del calígrafo y de la criada, suministrándoles el dinero en dosis homeopáticas; mientras que *derretia* aprisa la plata de la noble señora.

Ya la araña habia desaparecido tambien.

Adela estuvo otra semana sin ver letra de su amante.

Habiale escrito la inocente niña, quejándose de su silencio, y participándole la noticia de su enfermedad, á la par que la de su mejoría *ya completa*. Bien conocia ella que esto último no era verdad. Però ¿á qué afligirle con temores *infundados* tal vez?

Esta carta fué sustituida por otra, que Gasparito, el hábil calígrafo falsificó.

La cosa marchaba.

Ernesto no volvía. Escribió que los asuntos á que habia ido se enredaban, y que se detendria más tiempo del que pensó en un principio.

La pobre Antonia saltaba de gozo.

Copiemos unos cuantos párrafos de otra carta de Arturo:

«Decididamente, mi queridísima Adela, te pasa algo. El tono de tus cartas ha variado. ¿Desconfías? ¡Ah! Se conocen los efectos de la ausencia de mi amigo. Hoy escribo á Ernesto, porque deseo con mortal ánsia saber la verdad de lo que ocurre. Yo continúo lo mismo: siempre pensando

en mi adorada Adela. ¡Siempre buscando el retiro y la soledad, donde pueda mejor reconcentrar todo mi pensamiento en tí! Me estremezco al imaginar que te sientas mala. Los caracteres que traza tu pluma revelan cierta agitación, por no decir miedo. ¡Dios aparte de mi ángel, de mi Adela, los golpes que el destino asesta á sus víctimas! Escribeme la verdad, y que sea pronto.»

Así trascurrieron tres semanas más. Adela contestaba; Gasparito se interponía con sus falsificaciones; Antonia ejercía su *oficio de leal* criada, mostrando habilidad suma; Gargollo dirigía y perfeccionaba la *obra*, y la marquesa pagaba á los operarios.

Entretanto Adela se confundía, sin saber qué pensar de las preguntas que Arturo le hacía en sus cartas. Sorprendíase al ver que á pesar de sus contestaciones, las dudas subsistían; y como no recelaba de nadie, atribuía á otras causas la insistencia de Arturo.

Basta una leve sospecha en almas delicadas, sobre todo cuando no hay quien la desvanezca, para emponzoñar las fuentes de la felicidad. La mujer de naturaleza privilegiada es más fácil de engañar; porque, siendo tan exquisita su sensibilidad, le sucede lo que á las cuerdas de algunos instrumentos que el soplo del aire los mueve y saca de ellos sonidos. Adela experimentó los efectos de una intriga hábilmente urdida y atribuyó ¡desventurada! á tibieza de su amante, lo que era el resultado de la más negra perfidia.

Su espíritu padecía horriblemente y su pecho se despedazaba.

Doña Mencía ¡pobre madre! pasaba los días llorando y dirigiendo plegarias al cielo por su inocente hija. Cuando ésta se hallaba presente, el cariño maternal influía para hacerla sonreír. ¡Sonreírse, mientras que el tormento ahondaba en su corazón!

A veces, durante el intranquilo sueño de Adela, se acercaba al lecho con trémulos pasos y le tocaba la frente de modo que aquella no pudiese advertirlo. Si la encontraba demasiado ardorosa, caía de rodillas y en esta actitud permanecía horas enteras. Si, por el contrario, la piel estaba fresca, entregábase á dulces esperanzas de un dichoso porvenir y se retiraba á descansar de tanta fatiga.

¡Espectáculo tristísimo!

¡Terribles pruebas que la Providencia envía á las almas de fino temple!

CAPÍTULO XXV

Las desgracias son pruebas.

¿Por qué no son felices todas las criaturas?

¿De dónde proviene el mal?

Quién es el autor de las desgracias que aquejan á la pobre humanidad?

¿Cómo compaginar esas desgracias con la armonía del mundo, con la bondad omnipotente de Dios?

La madre que pierde al hijo de sus entrañas; la esposa que se ve privada del amado compañero, del dulce apoyo de su vida; el hombre virtuoso que encuentra siempre obstáculos; el vicio que se ríe de la honestidad; el puñal del asesino clavándose en el seno de la víctima; la mano del ladrón que se apodera de las ganancias del ciudadano honrado; los vampiros de la sociedad alimentándose de inocente sangre; el incendio acabando con la fortuna de las familias; el bandolerismo, la guerra, los terremotos, los volcanes, las epidemias, las pestes, etc. etc... ¿Qué insondable abismo, que diluvio de espantosos males en la historia de la humanidad!

En cambio, el bien es de breve duración y escaso. Falta la armonía; falta la compensación. La balanza se in-

clina extraordinariamente del lado del mal, de las desgracias, del llanto.

Son más, muchos más los que lloran, que los que ríen.

El problema sería insoluble sin la sublime doctrina que enseña y sostiene que las desgracias son pruebas para aquilatar los merecimientos de las almas, y que las purifican como el fuego los metales preciosos.

Claro está que los ateos no piensan así, y por lo mismo debe considerárseles los más infelices de los hombres.

Los ateos no tienen conciencia.

Los ateos carecen de sentido común. Su lógica niega que para existir *efectos* sean menester *causas*.

Y todo por odio al sublime origen de todas las cosas: Dios.

Parece increíble que haya aún ateos en el mundo. ¿Qué son para esas gentes los males, las desgracias? ¿Cómo tienen fuerzas para soportar tan pesadísima carga? ¿Qué esperanza les sonríe en el porvenir? ¿Qué luz ven brillar á lo lejos, tras oscuridad tan sombría?...

¡Ah! sí: las desgracias son pruebas; de otra suerte, hay que calificarlas de contrasentido, de monstruosidad, de absurdo horrible.

Así como así, se necesita siempre acudir á algo; si este algo no es Dios, será la fatalidad: *Fatum*. Elegid.

Por nuestra parte, preferimos el orden *providencial*, en que los hombres *quieren* y *ejecutan*, al orden *fatal*, en que no son más que máquinas, instrumentos de un ciego motor que los impulsa.

¡Miseros navegantes en el océano de la vida! ¡Valor!... Es la manera de llegar ántes al anhelado término.

No juzgando sino por las apariencias, el espectáculo es dolorosísimo.

En el estrecho círculo de esta novela, encontrais una

marquesa, mujer *honrada*, que se asocia con un redomado bribon para destruir la felicidad de una jóven tan interesante como virtuosa: una pobre madre, idólatra de su inocente hija, que ve á esta desmejorarse rápidamente y caminar... ¿á dónde? Pronto lo sabremos. Implora la bondad divina, llena de fé y esperanza; pero el ángel continúa perdiendo carne y colores, mientras que los verdugos engordan con el precio de su sangre... *negociada* gota á gota.

¡Qué injusticia! exclamarán algunos.

¡Qué terrible prueba! decimos nosotros.

En nuestra doctrina, doña Mencía, blanco de la desgracia, está más cerca de Dios que la marquesa viuda de Nules, malgastando los pocos bienes que le restan y que pertenecen á su hijo, en costear la infame obra llevada á cabo por Gargollo, Antonia y Gasparito.

¡Ay de los que no consideran las desgracias como pruebas!

CAPÍTULO XXVI

Un corazon despedazado.

Las cartas de Arturo iban siendo cada vez más escasas y más cortas.

Don Sebastian Gargollo era un consumado artista; sus instrumentos, Antonia y el calígrafo, no se quedaban á la zaga.

Ernesto seguía ausente.

La desconsolada Adela no sabía qué pensar, y el corazon se le despedazaba viendo que Arturo no era ya ni tan tierno ni tan constante en escribir, como al principio.

—Me olvida—decía la infeliz niña.—Es igual á todos. Promesas falsas, amor mentido, propósitos de un alma vulgar... ¡Ah! Me moriré, sí, me moriré... Y á él ¿qué le importará? Nada, absolutamente nada.

Doña Mencía habia ido á misa, Adela que se sentia nerviosa y calenturienta, no se decidió á acompañarla.

Encerróse en su alcoba, y abriendo el cofrecito donde guardaba las cartas de Arturo, se puso á leerlas. Era su ocupación cotidiana.

La primera carta, que conocen nuestros lectores, exaltó su imaginacion, y en este estado permaneció hasta que les tocó el turno á las últimas, una de las cuales sólo tenia

diez renglones. Entonces empezó á llorar amargamente, porque no podia caberle la menor duda del olvido de Arturo, que era para ella la muerte.

Decia así esta carta:

«Mi amada Adela:

«Perdóname que no te escriba más á menudo, considerando que cada dia recibo nuevas esquelas de convite, y entre banquetes y *soirées* se me pasa el tiempo. No creas por esto que me olvido de tí; la prueba de que me acuerdo es que, á pesar de mis ocupaciones, recibes cartas mías.»

Seguian despues dos ó tres frases *obligadas*, y esto era todo.

Adela; que adoraba á Arturo, que vivia pendiente de sus palabras, cuando estaba en Madrid, y de sus cartas desde que se habia marchado, no alcanzaba á comprender cómo su amante conociéndola, se complacia en martirizarla; á ménos que se propusiera, cansado de ella, romper sus relaciones que no merecian la aprobacion de la aristocrática madre del jóven.

Habiase fijado esta desgarradora idea en su mente, y no podia contener el raudal de lágrimas que brotaba de sus hermosos ojos.

—¡Quién lo hubiera creido!—decia—¡Tanto amor, y olvidado en tan corto tiempo!... ¡Unas cuantas líneas y qué falta de sentimiento, qué dureza, qué frialdad! ¡Ah! ¡Y yo que no pienso más que en él, que vivo de su vida, que aliento de su alma!... ¿Es este el pago á mi lealtad?... Mis temores se han realizado... Paris y los parisenses me han robado su cariño... ¡Dios mio! ¡La muerte, la muerte ántes que verme olvidada, despreciada, sacrificada!... ¡Apenas hace dos meses que se fué, y ya se ha cansado de escribirme... y de quererme!... ¿Es posible, Arturo? Tú, tan elevado en las ideas, tan sincero en las palabras, ¡tú do-

tado de un corazon tan entusiasta por el bien, incapaz de una mala accion, sensible, cariñoso, noble... me clavabas el puñal, envenenando con deliberada intencion la punta!

Sentíase Adela como arrebatada de un frenesí y cogiendo temblorosa aquella fatal carta, volvió á leerla, sin poder apartar los ojos del papel.

De repente se levantó del asiento.

Estaba sublime de amor y desesperacion.

—¡Ah! Si; si... me ha olvidado... Ya no me ama; ya ama á otra... á otra, ¡Dios mio! ¡Ingrato! ¡Ingrato! Moriré, si, moriré; pero mi nombre irá siempre contigo y me tendrás á todas horas á tu lado. ¡Infeliz de mí!... ¡Mientras me muero por él, tal vez se dispone á ofrecer su mano á otra... á alguna de esas que obran, movidas de la vanidad y no del cariño!... A alguna de esas que le llevarán cuarteles de nobleza, pero no el leal, el ardiente amor que por él siento!... ¡La muerte Dios mio, la muerte! El pecho se me despedaza... La respiracion me falta... ¿Dónde estoy?... Parece que va á oscurecer la luz del dia... que va á empezar la noche... que mi vista se nubla... ¡Si, si, no me ama, no me ama! ¿Qué sombra es esa?... ¡Es una sombra, no me cabe duda; la sombra de... de Arturo!... ¡Ah! de Arturo... Me hace señas con la mano... ¿Habrá muerto?... ¡Dios, Dios mio!... ¡Madre mia! ¡Ah! ¡ah!

Y cayó desplomada.

En el umbral de la puerta apareció Antonia.

La cosa marchaba. En sus lábios hubiera notado el observador cierta contraccion diabólica. No era que se sonriese; pero advertíase cierta tension al sarcasmo.

Hizo un esfuerzo y se acercó á la interesante víctima de una nefanda intriga.

Adela permanecia insensible.

En aquel momento se oyó ruido de pasos, como si al-

guien subiese aprisa. Sonó la campanilla; Antonia corrió á abrir la puerta, creyendo que era su ama.

En cuanto miró por el ventanillo, se la oyó gritar:

—¡El señorito Ernesto! ¡Qué fortuna!

Por lo bajo decia otra cosa.

—¿Están las señoras?—preguntó Ernesto.

Antonia abrió la puerta.

—La señora salió y no ha vuelto. La señorita está... pero, muy mala, muy mala.

—¡Mala! ¡Adela!

—Venga Vd. Acabo de dejarla. La encontré en el suelo sin sentido.

—Corramos. Lléveme Vd. á donde esté. ¡Dios mio!

Adela empezaba á volver en sí. Entre Ernesto y la criada la levantaron y la sentaron en un sillón.

—Adela, ¿qué tiene Vd.?

Al oír la voz de Ernesto, la jóven pareció que revivía. Ya no se encontraba sola en el mundo. Era el amigo de Arturo; era el confidente de sus amores; era el hombre que habia amado tambien, y comprendia por lo tanto la delicadeza del sentimiento, la energía de su pasión.

—¡Ah, qué felicidad! ¿Es Vd., Ernesto? ¿Con que al fin ha vuelto Vd.?

—Pero...

—¡Qué falta me ha hecho Vd., amigo mio!

—Adela...

—Desde que Vd. se marchó, el amor de Arturo se ha ido extinguiendo, y mi salud... Mire Vd., Ernesto, qué variada me encuentro.

Ernesto se fijó entonces en el rostro de la jóven, y no pudo contener un grito.

—Pero... ¿qué ha pasado aquí?

—Ya se lo he dicho á Vd.

—Usted me ha dicho...

—Que Arturo no me ama, que me ha olvidado, que...

—Imposible. Vd. delira, Adela. Arturo es incapáz de esa felonía.

—Lea Vd. esta carta.

Antonia se habia retirado; pero no necesitamos añadir que lo espiaba todo desde afuera.

Ernesto recorrió con la vista las pocas líneas de aquella carta.

—Vamos, Adela, cálmese Vd. Conozco á Arturo y sé que la quiere á Vd. con extremo. Esta carta no significa lo que Vd. cree. Es la expresion de un momento de mal humor, y nada más. Lo que me extraña es que se nota en la letra cierta vacilacion, como si Arturo estuviera convaleciendo de una enfermedad. Ahora estoy yo aquí, y pronto sabremos lo que pasa. Por de pronto, debo decir á Vd., que hace dos días recibí carta de Arturo, y que no me habla de ningun nuevo incidente. Lo de siempre.

—¡Lo de siempre!—exclamó Adela llorando.

—No llore Vd. Hoy mismo voy á escribirle, avisándole mi llegada, y estoy seguro de que contestará incluyéndome una carta para Vd. tan afectuosa como las primeras.

—No alimento esa esperanza, Ernesto.

—Adela, ¿por qué tanto desconfiar de un hombre que ningunas pruebas ha dado de veleidoso ni de vil? Si, ni de vil; pues Arturo, al olvidarla á Vd. cometeria una vileza.

—¡Ay, Ernesto! Vd. juzga por su corazon el de los demás.

—No el de los demás; pero si el corazon de Arturo. ¿No vé Vd. que nuestra amistad data desde la niñez? Lo que usted consigue es ir perdiendo la salud y afligir á su pobre madre, que la quiere con delirio, que morirá de dolor si usted le falta, y que llora sin consuelo.

—¡Madre mía!—exclamó Adela entre sollozos.

—¡La muerte!...

—No la temo, Ernesto.

—¿Sabe Vd., lo que es la tisis?

—¡Ah!

—Debo decir á Vd. toda la verdad, Adela.

La voz de Ernesto tenia en aquel momento cierta gravedad solemne, unida á la ternura del afecto paternal. Profesaba á Adela uno de esos cariños especiales, que ocupa en el mundo moral el término divisorio entre el amor de padre y el de amante.

—Si Vd. continúa—dijo—por el camino que ha emprendido, la tisis, la espantosa tisis, devorará su existencia. Sentirá Vd. faltarle la vida poco á poco; un dolor constante desgarrará su pecho; y pálida y exánime, su voz, ya ininteligible, no le permitirá siquiera contestar cuando la mamá grite: ¡*Hija mía!* Y espirará Vd. en medio de horribles tormentos, queriendo hablar y sin poder, queriendo respirar y sin poder, queriendo vivir y sin poder!...

La agonía de Adela habia subido de punto.

Ernesto prosiguió:

—¿Y la causa? Una desconfianza pueril. Vuelva Vd. en sí, amiga mía; reflexione, y ese edificio de quimeras desaparecerá como el humo.

—¿Qué bueno es Vd., Ernesto.

—No soy bueno: soy justo, y tengo experiencia de las cosas que pasan todos los dias á las miserables criaturas. En la tierra, Adela, hay muchas victimas de un *quid-pro-quo*. ¿Vá Vd. á ser una de ellas? No, mientras yo aliente. Dentro de cuatro ó cinco dias sabremos á qué atenernos en el particular; aunque desde luego me atrevo á asegurar, que Arturo es el mismo que era y sin la más pequeña variación.

La entrada de doña Mencia interrumpió este diálogo.

CAPÍTULO XXVII

Otro corazón despedazado.

Trasladémonos á París, y una vez en la gran capital, hagamos una visita á Arturo de Nules.

Dos meses habian pasado desde que dejó á Madrid, y en este corto tiempo ¡qué cambio en su fisonomía!

Notábase en su frente como una vaga oscuridad, y en las mejillas, ántes tan frescas, se advertian las huellas del padecimiento.

¿Qué habia sucedido?

¿Era que los nuevos amigos le hubiesen arrastrado por fin á esos cubiles del vicio, donde el cuerpo se impurifica y el alma se corrompe?

No: Arturo se conservaba fiel á sus severos principios de moral, y todos los esfuerzos de aquellos jóvenes *roués* se habian estrellado en la energía de sus convicciones.

Arturo amaba á Adela más que nunca. Las damas parisienses no podían distraerle de su tierno afecto hacia la interesante joven de la calle del Espíritu Santo, tan sencilla y candorosa. ¿Qué valia el artificio de las mujeres del gran mundo, comparado con la gracia natural de aquella hermosa criatura?

La hora de la desgracia habia sonado para Arturo.

La madre sacrificaba á sus preocupaciones el porvenir del hijo.

De repente empezó á recibir cartas que le parecieron en un principio, hijas del sentimiento causado por la ausencia; pero que luego excitaron en su mente la fatal idea de que Adela habia perdido la confianza en su cariño, séase por los obstáculos que oponia la marquesa al enlace de los dos jóvenes, séase por otros motivos que él ignoraba.

Esta idea fué arraigándose en su corazon con las cartas que tendian á hacerle comprender la falsa situacion en que estaba Adela y la necesidad imperiosa de romper por todo y casarse en seguida, ó renunciar á ella para siempre. Véanse algunos párrafos:

«Los días pasan y no vuelven. Tu madre, mi querido Arturo, continúa, segun mis noticias, cada vez más opuesta á nuestro enlace, que tú me pintabas como próximo. ¡Próximo! ¡Ah!... ¡Qué ilusiones te has forjado, amado mio, y has hecho forjar á mi ardiente fantasía! Entre tanto, yo soy la que pierdo...»

El siguiente era más explicito:

«Esto no puede ser. Tú, divirtiéndote en París y yo en Madrid, victima de las asechanzas de tu madre, que me aborrece... Preveo desgracias, si no adoptamos una resolución triste, tristísima, pero inevitable á la altura á que han llegado las cosas. ¡Quién habia de pensarlo hace dos meses! Bien te decia yo que tu ausencia nos seria fatal. ¡Ay, Arturo! Desde que te marchaste, mi reputacion padece; pues tu madre se ha propuesto desacreditarme, para que desistas de unirme á mí. No es preciso tanto. Yo te quiero mucho, pero por encima del cariño está la honra. Un esfuerzo, un sacrificio, cueste lo que cueste, y todo quedará remediado...»

Figúrense nuestros lectores la situacion de Arturo al

leer estas cartas. Lo primero que le ocurrió fué ponerse en marcha. Detúvole, no obstante, el temor de irritar á su madre, á quien profesaba un tierno afecto. No habiendo cedido á aquel impulso, comenzó á surgir en su espíritu la idea que ántes apuntamos y que le dominó, al fin, por completo.

—Es indudable—decia paseándose en su habitacion.—Adela se ha vuelto egoista. Todas las mujeres lo son; pero yo la creia excepcion de la regla. No tiene el valor de esperar. Su amor... ¿me habrá amado alguna vez?

Arturo no lo habia dudado jamás, hasta aquel momento.

—Quizá... ¡Oh, Dios mio! ¿No seria Adela más que una mujer interesada, como todas?... ¡Y Ernesto que no vuelve á su lado! Pero... de este modo conoceré mejor la verdad, y ciertamente vale la pena conocerla. ¡Nótase tal egoismo en estas calculadas frases!... Importa mucho á mi porvenir aclarar el misterio de una conducta tan diferente de la que imaginaba. Permaneceré en París... ¡Si mi madre tuviese razon!...

Arturo padecia horriblemente. Escribia, y las respuestas de Adela dejaban en pié su incertidumbre.

Recibió una carta de Ernesto anunciándole su vuelta á Madrid. Entonces respiró. ¡Cuál seria, no obstante, su angustia, su desesperacion, al recibir la carta que vamos á copiar íntegra! Decia así:

«Mi querido Arturo: la lectura de tus dos últimas, la reflexión, la seguridad de que estás arrepentido de haber llevado demasiado adelante el compromiso de nuestras relaciones; agregado todo esto á la resolución que parece adoptada por tu orgullosa madre de no consentir jamás en tu enlace con una plebeya, con una *modistilla* (nombre que acostumbra aplicarme), me han decidido, aunque el

»corazon se me haga pedazos, á escribirte, diciéndote que,
»por tu bien, que tanto deseo, por la tranquilidad de tu
»espíritu, que compraria á costa de mi sangre, te devuelvo
»tus promesas, tus juramentos; dejándote desde hoy en
»libertad para seguir los consejos de la señora marquesa,
»y unírte á la mujer que te tiene destinada.

»¡Quiera Dios que esa mujer labre tu felicidad, ya que
»no le ha sido dado hacerlo á la infeliz—*Adela.*»

Arturo leyó muchas veces las precedentes líneas, sin poder dar crédito á sus ojos. Zumbábale algo en la cabeza; sus pensamientos iban tomando un giro extraño y fatal; la explosion debía venir, terrible como el huracan, dolorosa como el extorcer del moribundo.

Dió dos pasos y se detuvo. Dió otros dos pasos y se llevó las manos á la frente, para sujetar sin duda el pensamiento que se le escapaba. Arrancó luego de lo más hondo del pecho una especie de ruido sordo, y sus dientes chocando entre sí, formaban un ruido singular, semejante al de las castañuelas.

Temblábanle las piernas y la convulsion parecia próxima á ahogarle.

De repente rompió á llorar como un niño, y este llanto fué su salvacion. En toda la noche logró cerrar los ojos. Se puso á escribir; pero no le fué posible trazar dos líneas razonables. La incoherencia de sus ideas se reflejaba en las frases, resultando un concepto disparatado é ininteligible.

Arrojó la pluma y comenzó de nuevo á pasearse, prorumpiendo en gemidos.

—¡Ingrata! ¡Ingrata!—exclamaba, y se retorcia las manos.

Cuando por la mañana le entraron el vaso de leche, que era su habitual desayuno, estaba tendido boca abajo

en el suelo. Al principio le creyeron muerto. ¡Infeliz! Vivía aún, pues tenia que sobrellevar pruebas mucho más terribles.

Le levantaron, y despues de hacerle respirar algunas sales, enviaron por el médico:

Cuando éste llegó, ya habia vuelto en sí. El médico recetó un anti-espasmódico, y dispuso que el paciente guardase cama un par de dias.

Sin el llanto, Arturo habria perdido la vida ó la razon.

Por eso ha dicho Martinez de la Rosa con admirable verdad:

..... «¿Qué fuera

Si no llorara el hombre? Yo mil veces
He bendecido á Dios que nos dió el llanto
Para aliviar el corazón; cual vemos
Calmar la lluvia al mar tempestuoso.»

CAPÍTULO XXVIII

Un banquete de familia.

Trasladémonos á casa del memorialista.

Madrid 23 de Junio, vispera de San Juan.

Célebre verbena en el Prado: comida en casa de Gargollo (D. Sebastian). Convidados: Gasparito, Petra y los dos niños, Periquito y Gasparita.

¡Qué alegría! ¡Qué palmoteo! ¡Qué juramentos de beodos! ¡Qué algazara de gente satisfecha!

Era un banquete de familia, en celebridad del buen éxito de la infame intriga que tenia por blanco dar al traste con las relaciones de Arturo y Adela.

Hasta entonces todo habia salido á pedir de boca.

La pobre Antonia sabia desempeñar su papel admirablemente: ya el lector está al cabo de la clase de papel confiado á la criada de doña Mencía.

Gargollo era una especie de Mazarino, y además tenia el órgano de la avaricia demasiado saliente. Se le llamaba *el avaro*, por antonomasia. *Derregaba* la plata de la marquesa con una facilidad asombrosa, y al repartir el producto se ajustaba estrictamente al método establecido por el león en la célebre fábula de Fedro, alegando aquello de *Quia nominor leo*, ó sea *Quia nominor Gargollo*.

Antonia gruñía; pero, reservando su venganza para mejor ocasión, callábase al fin y recibía lo que al memorialista placía darle.

Gasparito no osaba exhalar la menor queja, por miedo á las puntas de los piés de su amabilísima esposa. ¡Y cómo en último caso, todo quedaba en la familia! El calígrafo solía batir el compás.... pero, no pasaba de esto; y aún...

La Petra era una mujer formidable. Le tenía declarada la guerra á la *melena* de Gasparito, y éste, que se miraba en ella, lo sufría todo con tal de no dejar su hermosa cabeza en las crueles manos de la *amada* consorte.

Estaban sentados á la mesa, que presidía el Mazarino de los memorialistas con magistral aplomo. El *valdepeñas* producía su acostumbrado efecto, y los semblantes iban alegrándose. Las mejillas de Petra arrojaban chispas. Gargollo comía como un Heliogábalo y hablaba con la boca llena, para no perder tiempo.

El pobre calígrafo cuidaba de los niños.

Se sirvió primero una suculenta sopa de macarrones.

Vino luego una pierna de carnero. (Por esta vez se había acordado suprimir el cocido.)

Le tocó después su vez á los pimientos con tomates. Era el plato favorito de Don Sebastian.

Tras de los pepinillos la consabida merluza en salsa.

Los pimientos en vinagre y las aceitunas sazonaban este copioso banquete. Gasparito se volvía loco por sus pepinillos.

Cuando apareció la descomunal tortilla de escabeche, empezaron los niños á palmotear.

—¡Silencio!—gritó Gargollo.

—¡Silencio!—repitió Petra.

—¡Silencio!—murmuró apenas el calígrafo.



—Y á tí, ¿quién te manda decir á los niños que callen?
—dijo cerrando los puños la harpía.

—Mujer, como...

—No me contestes. Devora tu ración y punto en boca.
¡Si no juro á...

—No te enojés, mujercita mía. Mira, ya te obedezco.

Y Gasparito empezó á menear las mandíbulas, haciendo los honores á un enorme pedazo de tortilla que le había servido Gargollo.

—¡Los buñuelos! ¡Qué traigan los buñuelos!—gritaron los niños.

—Pero, chicos... ¡Voto á...

—Sí, sí, mamá los buñuelos.

—¡Belen!—gritó el memorialista.

Acudió presurosa, al oírse llamar, la más ridícula de las criaturas: una vieja, tan súcia y raquítica, que era capaz de ahuyentar el apetito del hombre más hambriento. Las manos parecían disciplinas; el pañuelo que llevaba á la garganta no cubría ésta, á causa de su pequeñez; de suerte que los *naturales encantos* de la criada de Gargollo estaban á la vista de todo el mundo. Conociase que el peine no la había entrado en la cabeza ni el agua por las grietas de su asqueroso rostro. Acariciábanse la nariz y la barba de esta digna *servidora* del *avaro*. El ruido de las chancas anunció su aproximación.

—¿Qué me manda mi señor amo?—preguntó Belen con voz gangosa.

Los niños soltaron la carcajada.

Petra se mordió los labios para no reírse.

Gasparito bajó los ojos y se puso á batir el compás más á prisa que de ordinario.

—Belen—dijo el memorialista,—vas á recibir un voto de gracias por tu habilidad culinaria.

Y levantándose, cogió el vaso lleno hasta la boca, y con tono solemne apostrofó así á la *concurrencia*:

—Amigos míos, ahí teneis á la sin par Belen, á la reina de las cocineras, que ha sido, en otro tiempo, la favorita de los condes y marqueses, cuyas cocinas ha honrado *per secula seculorum*...

—Amen, gritaron los niños, imitando la voz gangosa de la criada.

—Vamos, callar ú os descogoto—dijo Petra.

—Amigos míos—continuó Gargollo,—no hay más que una Belen en Madrid, como no hay más que un Gargollo; testigo de ello son los bien sazonados platos que habeis saboreado *plucenteros*, especialmente los pimientos con tomates, el rey de los manjares, y la gran tortilla, la soberana tortilla, obra perfecta del arte. Pues bien: ¡brindo por la simpática Belen, la más famosa de las cocineras de la corte!

Dijo, y apuró el vaso.

Petra y Gasparito le imitaron.

—¡Belen, Belen!—gritaban los niños, aplaudiendo.

—Muchas gracias—ganguéo la cocinera.

—¡Los buñuelos!—volvieron á decir Periquito y Gasparita.

—Anda, Belen, simpática Belen, gran Belen; tráe la fuente con los buñuelos y la botella de Chinchon. Esta noche te doy permiso para que vayas á la verbena.

Belen fué por los buñuelos, alegre como una chica de quince años, al oír que la permitían ir á la verbena de San Juan.

La entrada de los buñuelos fué saludada con una salva de aplausos general. Gasparito aplaudió con los pies: temía estropearse las manos, que constituían todo su patrimonio.

En un abrir y cerrar de ojos quedó vacía la fuente y desocupada la botella.

—Señoras—dijo Gargollo,—brindemos por Antonia, la criada de doña Mencía.

Iba á llevar la copa á los labios, cuando su oyó un campanillazo. La sorpresa fué general.

Belen corrió á ver por el ventanillo quién llamaba.

Era Antonia.

No podía llegar más á tiempo.

—¡Adelante!—gritó el memorialista.

Entró Antonia, y su rostro indicaba que tenía algo nuevo que comunicar.

Después de los saludos de costumbre, Gargollo volvió á coger la copa y dijo:

—Repito, señores, que brindo por Antonia, la criada de doña Mencía.

Bebióse de un sorbo la copa de Chinchon y los demás siguieron su ejemplo.

Petra apenas podía ya mantenerse derecha.

Gasparito metía con los tacones un ruido horrible y se tiraba de los labios, sin saber por qué ni para qué.

Gargollo, al ir á ofrecer una silla á la *pobre* Antonia, estuvo á pique de medir el suelo.

Los niños, conducidos de la mano por la *simpática* Belen, se acostaron y durmieron á pierna suelta.

Antonia permaneció en pié.

—¿Qué ocurre?—preguntó Gargollo.

—El señorito Ernesto ha llegado á Madrid.

—¡Infierno!—exclamó el memorialista.

La noticia pareció devolver el juicio á aquellos miserables.

—Todo se ha perdido—dijo Petra.

—Perdido—repitió como un eco Gasparito.

—¡Ca!—repuso el memorialista.—La intriga ha avanzado lo necesario, para que la llegada de ese caballero logre frustrarla. Antonia ¿cuándo salió la última carta?

—El día antes de la vuelta del señorito Ernesto.

—Entonces no hay nada perdido. El efecto de esa carta será seguro. La señora marquesa cree que su hijo después de leerla, no se obstinará en amar á Adela. Yo creo lo mismo. Al tiempo.

—Perfectamente—dijo Antonia;—pero, por lo que pudiera suceder, desearía que ajustásemos cuentas y...

—Ea, pruebe Vd. este magnífico chinchon. Belen, unos buñuelos para la señora Antonia.

Belen acudió con los buñuelos. Antonia se los comió y apuró luego la copa de aguardiente, sin pestañear.

—Ahora, si Vd. lo cree oportuno, ajustaremos esas cuentas, pues yo, en cuanto conozca que se sospecha de mí, tomo las de Villadiego.

—Señora Antonia, es mal día para ajuste de cuentas; porque se ha comido y bebido más de lo regular y no se encuentran las cabezas en estado de sumar ni restar. Con que...

—Cuidado, D. Sebastian; que donde ménos se piensa le arman á una la zancadilla y...

—No tema Vd. nada. Respondo. Al tiempo.

Gargollo había recobrado su energía de director de escena.

La noticia de la vuelta de Ernesto era grave.

Sin embargo, con el disimulo propio de los políticos, *de talla*, dispuso que aquella noche iría tarde á la vervena de San Juan. Antonia se excusó.

Los *asociados* pasaron la noche deliciosamente. El Prado estaba animadísimo. El *aroma* del aceite trascendía. Las borracheras menudeaban.

La verbena de San Juan, como todas, se reduce á pasearse la gente arriba y abajo, en medio de una atmósfera de humo sofocante y nauseabunda. El que tiene alientos para tanto, se comé una docena de buñuelos, se bebe una copa de aguardiente *impuro*, y se marcha, fatigado de la bulla soez y monótona, á su casa, jurando (juramento que de ordinario se quebranta) no volver á aquellos asfixiantes sitios.

Un municipal, ya cerca del amanecer, tropezó, á la salida del Prado por la parte de Atocha, en un bulto. Bajóse á examinarlo.

Era una mujer que dormía la mona.

Era Belen, la criada de Gargollo.

CAPÍTULO XXIX

Los pergaminos de la marquesa.

La señora marquesa viuda de Nules estaba sentada en su histórico sillón y tenía delante los pergaminos, ó sean los títulos de nobleza que tanto la enorgullecían y cegaban.

—No me queda más que esto—decía;—pero mi *noble* hijo sabrá conquistarse el puesto que le pertenece, y la antigua estirpe de los Nules tornará á adquirir los bienes y el esplendor de que un infame la ha despojado.

La *noble* señora dejó caer la cabeza y se sumergió en honda meditacion.

Echemos una ojeada á la casa.

En la sala no había ya ni candelabros, ni arañas de plata maciza. Gargollo se había encargado de *derretir* estos muebles... de lujo.

El aparador de palo santò que había en el comedor, y que era una obra de arte bellísima y única, había desaparecido.

El collar de ámbar con cruz de diamantes, regalo de boda de la marquesa, las sortijas, los pendientes de algun valor que aún le quedaban, estaban ó vendidos ó empeñados.

Gargollo era el más tragon de todos los mortales, y la

marquesa, á trueque de disuadir á su hijo de la idea de casarse con Adela, hubiera entregado su alma á Belcebú, lo cual no necesitó hacer, gracias á la activa gestión del memorialista.

Era el 24 de Junio, y el ayuda de cámara anunció á D. Sebastian Gargollo. La marquesa hizo una señal y á poco entró el memorialista, con los saludos de ordenanza.

—Señora marquesa, si V. E. me permite...

—Buenos días, D. Sebastian. ¿Ocurre algo de nuevo?

—Ocurre que el amigo del noble hijo de V. E. acaba de llegar á Madrid.

—¿Ernesto?

—El mismo, señora marquesa.

—Entonces...

—Las dificultades crecen, señora marquesa.

—¿Se desanima Vd., D. Sebastian?

—No, señora marquesa.

—Me parece que está Vd. alterado.

—La cosa no es para ménos, señora marquesa.

—¿Por qué?

—Por que habrá que hacer nuevos sacrificios.

—¡Pero, Gargollo!...

—¡Pero, señora marquesa!...

Como se advertirá, ya el memorialista trataba casi de igual á igual con la marquesa de Nules. La complicidad en el delito tiene siempre estas consecuencias.

—Quiere decir que necesita Vd. más dinero.

—O más plata, señora marquesa.

—No me queda ninguna plata.

—Le quedará á Vd. oro, señora marquesa.

—¿Oro? D. Sebastian Vd. se burla.

—Jamás.

—¿No sabe Vd. que se han empeñado todas mis joyas?

—Pues, señora marquesa, si no hay dinero, es imposible que esté continúe. D. Ernesto escribirá; el noble hijo de V. E. y la modistilla volverán á entenderse; se reconciliarán y abur.

—Me va Vd. á asesinar, Gargollo.

—Yo debo ser franco con la señora marquesa.

—Lo único que me queda son estos pergaminos.

—¿Y que valen esos pergaminos?

—Son mis títulos de nobleza.

—¿Darán algo por ellos?

—Una sola vez los he empeñado. Me dieron dos mil reales.

—¿Es posible!

—Como se lo digo á Vd.

—Me los llevaré, con permiso de V. E.

—¡Ay, D. Sebastian! Se lleva Vd. mi vida.

—¿En tanta estima tiene V. E. estos pergaminos?

—Como que en ellos se refleja toda mi existencia.

—No comprendo á la señora marquesa.

—Si no dejo á mi noble hijo estos pergaminos, ¿cuál será su herencia, cuál?

—¿No cree V. E. que ganará el pleito á su pariente?

—¡Ay, Gargollo! La justicia de la tierra no es la justicia de Dios.

—¿Quiere V. E. mucho á ese noble hijo?

—Con delirio.

—¿Y estos pergaminos?...

—Le abrirán el paso á los salones de la aristocracia.

—¿Nada más, señora marquesa?

—¿Y le parece á Vd. poco?

—¡Si le abrieran el paso á las riquezas!

—Tal vez.

—Por último, señora marquesa, ¿me los llevo?

CAPÍTULO XXX

Un acontecimiento.

La salud de Adela decrecía notablemente.

Se llamó á un médico, que, despues de pulsarla, movió la cabeza con marcada desconfianza.

La palidez de su rostro era extraordinaria.

Algunas veces tosia tanto, que parecia desgarrársele el pecho.

¡Pobre niña! ¡Tan buena, tan candorosa y tan desgraciada!

Ernesto estaba desconsoladísimo. ¡Veía que aquel ángel se iba evaporando y no sabía qué hacer para impedirlo!

Adela y su madre aguardaban al jóven todos los dias, como el iris de esperanza en medio de la tormenta.

El dia que pasó la escena que vamos á relatar, eran las siete de la tarde y no habia venido Ernesto. A las ocho entraron visitas.

Adela padecía mucho, tanto por su enfermedad, cuanto por la alarma que le excitaba la tardanza de Ernesto.

En vano las amigas trataron de distraerla. Con el pretexto de que le dolía la garganta, no desplegó los labios.

—Pero ¿qué tiene Adela?—preguntó una señora anciana, que vivía en el piso segundo.

—Está hace dias algo indispueta, — contestó doña Mencía.

—¡Qué delgada te encuentro! Niña, es preciso cuidarse. Vulgaridades.

—Adela ¿por qué estás triste? Ven y hablemos. Tengo que contarte mis conquistas.

Era esta una jóven bien parecida, pero bastante coqueta. Adela se sonrió con amargura.

—¡Qué dichosa te considero, Elisa!—dijo.

—¿Dichosa? Si que lo soy. ¿Por qué no me imitas, querida amiga?

—Porque no soy Elisa; porque soy Adela.

—¡Ah! Es verdad. Te has enamorado, y de ahí te vienen tus desgracias. Yo no entrego á nadie mi corazón. Lo aprecio demasiado para desprenderme de él así, de buenas á primeras. Mira, Adela, aquel jóven rubio... ¿te acuerdas?... Felipe de Santaluces, me hizo la corte, declarándose prendado de mí, como un tortolillo. ¡Pobre Felipe! Fue cosa de reirme, á más no poder. Echándolo á risa, me libré de caer en la trampa. El amor es una trampa, amiga mía. Y sino, ya ves lo que le sucedió á Anita, la hija del tío Pedro. Entregó su corazón y se lo destrozaron. No, señor... Basta de víctimas. Si nosotras nos hiciéramos de rogar, los hombres se arrastrarían á nuestros pies. Pero... ¡ya se vé! abusan de la pobre mujer, porque la encuentran débil y crédula... En cuanto á mí, los escucho como quien oye llover, y cuando me creen persuadida, avasallada... ¡zás!... los dejo con un palmo de narices y se van á otra parte con la música. Paso por mujer sin corazón; más vale no tener corazón que tenerlo y entregarlo para que juegue con él á la pelota uno de esos pisaverdes que se pasean tan ufanos por el Prado. Amiga mía, imítame y te pondrás gorda y tornarán los colores á tus me-

jillas. A mí no me gustan las mujeres pálidas. Me apistan, querida, aquellos versos:

«Pálida está de amores
Mi dulce niña;
Nunca vuelven las rosas
A sus mejillas.»

Es un disparate morirse por los hombres; que ellos se mueran por nosotras; eso, eso.

La volubilidad de Elisa distrajo á la infeliz Adela; pero una vez agotado el tema, ya no tuvo aquella más que decir y volvió á apoderarse de esta la tristeza, propia de su situación.

Un nuevo personaje vino á amenizar la tertulia.

Antonia anunció á D. Teodoro, tío de Elisa.

D. Teodoro era un viejo regañón, descontentadizo, amigo de censurarle todo, capaz de cambiar su fortuna por un chisme, siempre á caza de secretos de familia; en suma, un viejo que hacia reír á costa de las flaquezas del prójimo.

Después de saludar á doña Mencía y á Adela, soltó la sin hueso, luciendo como el lector va á ver.

—Hola, Adelita, ¿qué tiene Vd.? ¿No se siente Vd. buena?

—Me siento algo indispueta.

—Vaya, siempre será un amor mal correspondido, ó cosa semejante.

—Vd. se chancea, D. Teodoro.

—Dios me libre, Adelita.

Cambiando de tono y dirigiéndose á doña Mencía, añadió:

—He pescado una noticia interesantísima.

—Pues díganosla Vd.

—¡Es Vd. tan condescendiente!

—¡Tan amigo de sus amigas!

—Vamos, tío, no nos tenga Vd. en áscuas,—dijo Elisa.

—A ver si adivinan Vds.

—Imposible.

—¿Que se casa por fin la Anita?—preguntó Elisa.

—No.

—¿Que mi pretendiente Felipe ha cobrado la razón?

—Tampoco.

—Alguna chochez de D. Teodoro—dijo Adela.

—Pues, oigan Vds. La vieja marquesa de Nules...

D. Teodoro bajó la voz. Doña Mencía y Adela le miraron fijamente.

—La vieja marquesa de Nules... ha empeñado sus pergaminos.

La carcajada fué general. Sólo se mantuvo seria Adela.

—¿No te ries?—le preguntó Elisa.

—Jamás me río de la desgracia.

—Pues yo sí; cuando la desgracia recae en personas tan soberbias y antipáticas como esa marquesa.

—Figúrense Vds.,—continuó D. Teodoro,—en qué apuros se habrá visto la aristocrática viuda y cual será el estado de su fortuna, para resolverse á empeñar los pergaminos.

—¿Cómo lo ha sabido Vd.?—preguntó doña Mencía.

—Por un amigo mío, á quien se los llevaron, y que no hizo el negocio, pues la demanda era crecida. Ese amigo me ha informado de la situación económica de la marquesa. Ya ha dispuesto de toda la plata, de las joyas, de los muebles de valor. La casa está en completa ruina.

—Me alegro,—dijo Elisa.

Adela se había acercado á su madre. Esta comprendió la intención de su hija, y secundándola, dijo á don Teodoro:

—Deje Vd. en paz á esa señora, que harto desdichada es, y hablemos de otras cosas.

—¿De qué quiere Vd. que hable?

—Vd. no necesita que se lo indique.

—¡Ah! Se me olvidaba lo más chistoso de la anterior noticia.

—Pero...

—Permítame Vd. desembucharlo, porque sino se me indigesta...

—¡Qué D. Teodoro!

—La marquesa de Nules anda por los salones aristocráticos de Madrid buscando... ¿ciertan Vds. qué?

—¡Qué hombre tan posma!—dijo Adela por lo bajo á su madre.

—Ella... la arruinada... ¡la que empeña sus pergaminos... la que desamuebla su casa... la que vacía los estuches de sus joyas...

—¿Acabará Vd., tío?

—Anda buscando... una boda ilustre para su hijo.

Adela no oyó bien estas últimas palabras, pues la entrada de Ernesto habia atraído su atención hácia la puerta, y ya no vió más que á él. ¿Qué le importaba lo demás?

—¿Seria mensajero de buenas nuevas?

—¡Ah! La existencia de la pobre jóven pendía de un hilo... ¡y este era tan frágil!...

Ernesto, despues de saludar á las personas presentes, se sentó junto á Adela.

—¿Qué me trae Vd.?—preguntó esta.

—Una carta.

—Démela Vd.

—Aquí está. La mia es sumamente corta, y me ha extrañado la sequedad del estilo.

—¡Dios mio!

—Tal vez un momento de mal humor...

Este breve diálogo no fué advertido por nadie, á excepcion de doña Mencía: los demás se entretenían con los cuentos de D. Teodoro.

—Mamá,—dijo Adela,—excúseme Vd. con estos señores, pues el dolor de cabeza me impide disfrutar más tiempo de su amable compañía.

—Cuidese Vd., Adelita.

—¿Quieres que vaya contigo?—preguntó Elisa.

—No, amiga mia. Quiero estar sola. Me voy á echar un rato.

—¿Volverás?

—Quizás.

Y Adela, cuya impaciencia era visible, se retiró á su alcoba.

Ernesto, para que los concurrentes no se fijasen en la ausencia de la jóven, se encará con D. Teodoro y le disparó á quema-ropa esta pregunta:

—¿Quién era ese sugeto de quién hablaba Vd.? ¿Puedo saberlo?

—Ya se vé que sí. Como que Vd. nos podrá iluminar en el asunto.

—¡Yo!

—El sugeto era su amigo de Vd., Arturo de Nules.

—¿Y el asunto?

—La boda que su madre, la marquesa viuda, anda buscando para él en los salones de la aristocracia madrileña.

—¿Qué lengua tiene este D. Teodoro!

—Nosotros, los que pertenecemos á la clase media, nos ocupamos de las clases elevadas más de lo que ellas creen.

—Ya, ya...

—Y cuando nos salta á los ojos una señora marquesa que, despues de venderlo ó empañarlo todo, empeña sus

pergaminos, ó sea sus títulos de nobleza, y solicita un enlace aristocrático para su hijo, nos reimos á mandíbula batiente.

—¿La marquesa de Nules ha empeñado sus pergaminos?

—Ni más ni menos.

—¿De quién se vale, quién le corre con esos negocios, amigo D. Teodoro?

—Dícese que un tal Gargollo, memorialista.

Un grito estridente y el golpe de una caída interrumpieron este ocioso diálogo.

Doña Mencia se levantó trémula de espanto.

Oyéronse las exclamaciones de ¡Socorro! ¡La señorita se muere! ¡Socorro!

La que gritaba así era Antonia, la pobre Antonia.

Doña Mencia corrió despavorida.

Todos se precipitaron detrás de ella.

Adela estaba en el suelo, sin dar señales de vida. Tenía la mano derecha cerrada con tanta fuerza, que fué inútil el empeño de Ernesto por abrirla. Algunas gotas de sangre salpicaban sus cárdenos labios.

—¡Hija mía! ¡Hija mía! exclamó la infeliz madre.

—Ernesto trajo el pomito del éter y lo acercó á la nariz de Adela que, á pesar de esto, tardó bastante en volver de su desmayo.

Parecía que una bala le había atravesado el corazón.

Ernesto la cogió en brazos (¡pesaba tan poco!) y la colocó en el lecho con el mismo cuidado que si se tratase de una hija.

Intentó de nuevo abrirla la mano.

—¡No... no!...—dijo la paciente, y con un movimiento convulsivo guardó algo en el seno.

Era la carta de Arturo.

CAPÍTULO XXXI

La subida al Calvario.

Adela no podía vivir sin el amor de sus amores.

La carta de Arturo decía así:

«Mi querida Adela: nos habíamos equivocado ambos. He estado al borde del sepulcro, y la proximidad de la muerte me ha hecho ver claro. Unir nuestros destinos equivalía á unir dos miserias. La felicidad en la tierra está reservada para otros... no para mí, á quien la desdicha persigue y se propone arrastrar al abismo.

»Tienes razón... (Permíteme que te tutee por la última vez...) Los días pasan y no vuelven. ¡Yo creía que tu amor te ayudaría á soportar el tormento de mi ausencia!... Estaba meciéndome en ilusiones... halagüeñas!...

»Los días pasan... y comprometo así tu porvenir. Tú me dejas libre y debo imitarte, aunque, como á ti dices te sucede, el corazón se me despedace. No quiero cargar con la responsabilidad de impedir, prolongando estas relaciones, que te cases con otro.

»Tú mereces mejor suerte que la que yo, pobre de mí, te preparaba.

»Te devuelvo tus juramentos, como tú me has devuelto los míos...

»Adios para siempre. Sé feliz. Así lo desea—*Arturo.*»

La herida que Adela había recibido era incurable.

Se llamó al médico y éste dijo á Ernesto que el mal de la desgraciada niña presentaba síntomas muy alarmantes.

La sangre que había salpicado sus lábios no era de los dientes, sino del pecho.

Adela guardó cama una semana. En estos ocho días la fiebre no la abandonó un momento.

Doña Mencía, verdadera mártir, no se apartaba del lecho sino cuando tenía que preparar alguna tisana á la enferma, y entónces Ernesto reemplazaba en aquel sitio á la tierna y cariñosa madre.

En uno de estos breves ratos, tomó Ernesto la mano de Adela, y mirando afectuosamente á la interesante jóven, le dijo:

—Amiga mia... Si no temiera molestar á Vd...

—Vd. no me molesta nunca, Ernesto.

—¿Me haria Vd. el favor de dejarme leer esa carta?

—¡Ah!

—Tal vez yo pudiera remediar algo...

—Imposible, Ernesto, imposible.

—Pero... ¿me está vedado conocer ese secreto?

—¿Y que adelantará Vd., amigo mio, con leer... la carta... del ingrato?

—Mucho. Por Dios, démela Vd. Le ofrezco que se la devolveré en seguida.

Adela sacó del seno la carta de Arturo.

—Tome Vd., Ernesto, y compadezca á esta infeliz mujer.

Se oían los sollozos de Adela. Ernesto, apenas concluida la lectura, dijo:

—Esta carta es contestacion á una de Vd., Adela.

—Yo no he escrito ninguna carta que merezca esa respuesta.

—¿No?

—Ninguna.

—¿Y entónces... qué significa la frase: *Los días pasan...* y estas: *Te devuelvo tus juramentos, como tú me has devuelto los míos?*

—Yo jamás he escrito á Arturo cosas por ese estilo.

—Pero, Adela...

—Promesas de eterno amor, esperanzas de un dichoso porvenir... y nada más.

—Aquí ha habido, si Vd., como no lo dudo, dice la verdad, una gran traicion.

Ernesto creyó oír ruido detrás de la puerta. Fué á ver quien lo causaba, y en el mismo instante entró Antonia preguntando si se le ofrecia algo á su señorita.

—Nadie ha llamado á Vd.—contestó Ernesto secamente.

Por la frente del jóven cruzó la sombra de una sospecha.

—¡Una traicion!—dijo Adela, esforzándose por incorporarse.

—Sí, amiga mia. Voy á escribir á Arturo. Es preciso que me envíe inmediatamente las cartas de Vd. Tambien debo participarle el estado en que Vd. se encuentra.

—Pero... ¿no conoce Vd. que todo eso es inútil? Aún suponiendo que sea verdad lo que Vd. se figura ¿no ve usted, amigo mio, que mi fin está próximo?

—¿Por qué ha de estar próximo? Es Vd. muy jóven, y la vida, en las personas de su edad, tiene profundas raíces. Sobre todo, si consigo descubrir á los autores de la infame traicion que indudablemente se ha atravesado aquí, no quedarán impunes; ¡lo juro por la memoria de mi padre!

Ernesto entregó la carta á Adela.

La vuelta de doña Mencía le permitió ausentarse. Necesitaba reflexionar, atar cabos, establecer premisas y deducir consecuencias.

Una vez en su casa, lo primero que hizo fué escribir Arturo, diciéndole que, sin pérdida de tiempo, le remitiese las cartas de Adela; significábale su extrañeza de que, ántes de consultar con él, hubiese escrito en aquellos términos á la infeliz jóven, tan virtuosa y pura, tan enamorada y leal; aludía también á sus recelos de una inicua traición, que se proponía descubrir á toda costa.

Terminaba así:

«En mi anterior no podía ser tan explícito, porque hasta hoy no conocía tu carta. He aprovechado un instante de alivio en la salud de la enferma y la salida de la madre, para pedirle el favor de dejármela leer. Ahora comprendo el efecto que ha producido en la infeliz niña. Jura que no te ha escrito jamás las frases á que contestas... Por lo demás, su estado es bastante grave.

»Espera con ansia tu respuesta—*Ernesto.*»

Envió al correo esta carta y se entregó á profundas reflexiones.

Suponiendo cierta la traición, ¿sería Antonia cómplice en ella? ¿Con qué objeto se había puesto á escuchar la conversacion entre él y Adela? Porque no cabía duda de que estaba al acecho; su turbacion era visible. Ahora bien, Antonia traía y llevaba las cartas, durante su ausencia. Pero ¿qué interés podía tener la criada en vender el secreto de su señorita y prestarse á tan miserable intriga?

Ernesto ató cabos, estableció premisas y dedujo conclusiones.

La marquesa de Nules deseaba que concluyesen las relaciones de Adela y Arturo.

La marquesa de Nules había llegado hasta el extremo de empeñar sus pergaminos, el tesoro de más valor para ella en el mundo.

¿No debía considerarla como el eje de todo aquel mecanismo de infamias y traiciones?

¿Y las ruedas? Una sería quizá Antonia... ¿Y las demás? Ante todo, convenia apoderarse de Antonia... Pero ¿con qué pretexto? ¿Dónde estaban las pruebas?

Había que esperar á que llegasen las cartas reclamadas á Arturo.

Entonces, si resultaban diferentes de las que había escrito Adela, la prision de Antonia era lógica.

Antonia, cogida en el lazo, cantaría.

Lo peor de todo era que Adela entretanto se moría rápidamente, víctima de una de esas tisis que no dan tiempo, que devoran á los enfermos, como el fuego las casas de madera de una ciudad de Turquía.

Sólo un milagro podía salvarla.

Ella no lo esperaba. Su madre sí. Ernesto tenía depositada en Arturo su confianza.

Diríase la subida al Calvario de tres amores.

CAPÍTULO XXXII

El castillo de naipes.

Nada es comparable á la alegría que produjo entre los verdugos de Adela la noticia del efecto que la última carta de Arturo causó en aquella interesante jóven.

El objeto estaba alcanzado; la marquesa servida; el premio no debía hacerse esperar.

¡Qué cálculos de bienandanza futura!

—Pondremos una casa de préstamos—decía Petra á su sencillo esposo.

—Y cobraremos el 75 por 100—susurraba Gasparito, tirándose del lábio inferior...

—¡Zopenco! Buena la haríamos entónces. Por cada duro, dos reales al mes. Así nos han prestado á nosotros.

—Tienes razon, mujercita mia:

—¡Voto á...!

—No te enojés, Petrita. Ya sabes que mi flaco es ser generoso.

—Ser estúpido. Calla.

En cuanto á D. Sebastian, soñaba con adquirir una plaza de escribano. Ya se le figuraba verse rodeado de protocolos en su magnífico despacho, y constituía una parte de sus proyectos la educacion de Periquito y Gasparita.

Apresuróse á poner todo lo acaecido en conocimiento de la marquesa. Esta, aunque parezca increíble, celebró la noticia cual si se tratase de una herencia. ¿Qué le importaba la desesperacion de Adela? Lo que ella queria era ver libre del compromiso á Arturo. Ya lo estaba: ¿qué más podia apetecer?

Hallábanse los autores y cómplices reunidos en casa de Gargollo. Despues del famoso *banquete de familia*, el memorialista habia fijado en su casa el punto para verse y acordar lo más conveniente á su compañía. Por lo regular, celebraban *junta* los viernes de cada semana.

La *junta* á que vamos á asistir, como simples narradores, tenia el aspecto de una fiesta.

Petra reía á carcajadas, Gasparito hacia lo mismo por espíritu de imitacion. Gargollo habia perdido su gravedad de *futuro* escribano, y hasta Belen, siempre que entraba ó salía, soltaba su risita, dando al propio tiempo un brinquito.

¿De qué provenia este júbilo?

De la angustia que aquejaba á una virtuosa familia; de la explotacion de una preocupada vieja, víctima de su vanidad y de su egoismo.

En la tierra se ven á menudo esta clase de espectáculos.

¡Triste condicion de la humanidad! Los unos cimentan su fortuna en la ruina de los otros. Para que estos rian, es indispensable que lloren aquellos.

Demócrito y Heráclito; tal es la vida de los seres terrestres en sus dos grandes divisiones de víctimas y verdugos.

Cuando más entusiasmados estaban los tres miserables con la perspectiva de su brillante *porvenir*, sonó un campanillazo que los hizo saltar de sus respectivos asientos.

Belen fué á ver quien llamaba, y abrió la puerta á la

pobre Antonia, que se presentó en la *junta* como nuncio de fatales nuevas.

—¿Qué ocurre?—preguntó Gargollo.

—Nada bueno—contestó Antonia.

Gasparito empezó á temblar, figurándose que la policía estaba ya informada de todo, y que su castillo de naipes se convertiría en un grillete.

Petra juró horriblemente, y cogiendo á su maridito del cuello, le dijo:

—Si tiembles como un cobarde, te voy á ahogar, estúpido.

Era una gran mujer la Petra.

El *futuro* escribano no perdió un solo instante su serenidad.

—Hable Vd.—dijo con solemne acento.

—El señorito Ernesto desconfía de mí.

—¡Demonio!

—Detrás de la puerta escuchaba yo su conversacion con mi señorita, cuando un ligero ruido que hice le atrajo hacia aquel punto, y aunque traté de disimular, estoy segura de que sospecha.

—Tal vez sea una ilusion de Vd., Antonia.

—Además, la conversacion que escuché es muy importante para nosotros. Figúrese Vd., D. Sebastian, que mi señorita entregó la última carta del hijo de la señora marquesa al señorito Ernesto, y éste, luego que la hubo leído, dijo á mi señorita que la carta era contestacion á otra suya. Mi señorita insistió en que no habia escrito nada que mereciese aquella respuesta, y entonces el señorito Ernesto dijo, que veia en todo esto una gran traicion, y que él se proponia descubrir á los autores y cómplices; añadiendo (y aquí entra lo grave), que iba á escribir inmediatamente á D. Arturo, pidiéndole todas las cartas que ha recibido

de mi señorita mientras él ha estado ausente de Madrid.

—Tiene Vd. razon, Antonia. Esto es muy grave.

Se oian los sollozos de Gasparito. Petra le dió un pellizco tan terrible en el pescuezo, que el pobre diablo se echó á llorar como un chiquillo.

—Déjele Vd., Petra—dijo D. Sebastian.

—Pero ¡si parece de manteca!

—La cosa no es para ménos.

—¿Tambien Vd. se asusta, D. Sebastian!

—No me asusto; pero discurramos. Vienen las cartas de Paris...

—¿Y qué?

—Adela dice que no las ha escrito...

—¿Y qué?

—Resulta que otra mano las ha escrito...

—¿Y qué... y qué?

—Petra, es Vd. una heroína.

—Ya se vé que sí. Y Vds. unos cobardes, voto á...

—Y cómo Antonia era la encargada de llevar al correo las cartas; se procederá á su prision, y...

—Y Antonia dirá que ponía en el correo lo que le entregaban, y no se le probará lo contrario, porque es imposible, y entre tanto se morirá su señorita, y se casará don Arturo, y disfrutaremos en paz, ¡voto al diablo! el precio de nuestros afanes. ¿Eh, Gaspar?

El caligrafo que se oyó interpelar tan bruscamente por su *amable* mujercita, tembló de piés á cabeza, y dijo con voz atiplada:

—Petrita, soy tu esclavo.

—Zopenco, no te pregunto eso, sino qué es lo que piensas acerca de mis palabras.

—Petrita, tus palabras son... son...

—¿Qué son?

—Más dulces que la miel, y por lo mismo...

—Concluye.

—Me las comería, si fueran cosa comestible; por ejemplo, un bizcocho. Y Gaspar se levantó para abrazar á su *sensible* esposa; pero esta desvió con tal prontitud el cuerpo, que el pobre calígrafo cayó al suelo, rompiéndose dos dientes de la mandíbula superior. ¡Desgracia horrible de la que no se consoló jamás!

Petra se reía despiadadamente. Gasparito se desmayó y D. Sebastian con incomparable generosidad, le prodigó todo género de auxilios.

Cuando el calígrafo tornó en su acuerdo, lo primero que hizo fué llevarse las manos á la boca, y al encontrar vacío el espacio que los dos dientes ocupaban, creyó morir de pena. Despues de la melena y de los piés, lo que más estimaba de su persona, eran los dientes. ¡Y perder aquel tesoro!

¿Qué dirán ahora sus *dulcineas*? Porque Gasparito era muy enamorado... si bien lo era platónicamente.

—Lo que me consuela es que, con las ganancias del asunto que traemos á vueltas, podré ponerme postizos estos dos dientes, y quedaré mejor de lo que estaba.

—¿Quién? ¿Tú? ¿Ponerte dos dientes postizos con el dinero *conquistado* á la marquesa? ¿Qué me importa á mí que tengas ó que no tengas dientes?

—A mí si que me importa, Petrita.

—Llámame Petra.

—¡Ay, Petra de mi alma!

—¡De tu alma!... toma.

Y la marimacho aplicó en la mejilla derecha del calígrafo tan fuerte bofetón, que las muelas empezaron á moverse y la saliva del pobre Gasparito se volvió sanguinolenta.

—¡Ay, mis muelas! ¡Ay, mis muelas! ¡Ay, ay, ay!

Gargollo tuvo que intervenir.

Estaba visto; Gasparito era el blanco de las iras de Petra. Podía exclamar como el héroe de un famoso drama de Calderon:

Yo soy epílogo y cifra

De las miserias humanas.

O aplicarse aquel conocido refrán: «Tras cornudo aporreado, etc.»

En suma, el cónclave de los verdugos se separó, tomándose el acuerdo de vivir sobre aviso, de tener muy abiertos los ojos, de advertirse mutuamente cualquier peligro, de negar todo cargo, si por desgracia, llegaba el caso de hacerseles alguno. Se decidió que Antonia, en vez de marcharse de casa de doña Mencía, como era su intencion, continuara allí observando, espiando los más insignificantes sucesos, sin hacerse notar, sin distraerse un solo minuto; la menor distraccion podia serles fatal y conducirlos á Ceuta, ó más lejos, viaje al que tenían marcada repugnancia.

CAPÍTULO XXXIII

Tristis est anima mea usque ad mortem.

Adela, por consejo del médico, había dejado la cama. Sentíase muy débil, y apenas si las piernas la sostenían en los cortos pasos que daba de un extremo á otro de su alcoba.

Doña Mencia no se apartaba de su lado, y muchas veces se llevaba el pañuelo á los ojos, y cuando iba á hablar parecía como si tuviese un nudo en la garganta.

Ernesto ofrecía el brazo á la interesante enferma y la consolaba, diciéndole que la verdad no tardaría en saberse y que Arturo se arrepentiría de haber escrito aquella fatal carta.

Adela movía la cabeza con aire de incredulidad.

Su estado, á pesar de aquel momentáneo alivio, era deplorable: á los estragos del padecimiento físico se añadían los del padecimiento moral.

Adela deseaba morir, considerándose irremisiblemente olvidada.

El delirio solía apoderarse de su imaginación, y entonces el espectáculo de su desdicha era capaz de enternecer á las almas menos sensibles.

Vamos á trasladar al papel una de esas tristes *estacio-*

nes en la vía dolorosa del martirio de esta inocente criatura.

Ernesto le había ofrecido el brazo, como de costumbre.

Los ojos de Adela brillaban extraordinariamente. Su frente y sus manos ardían, y de tiempo en tiempo la acometía un golpe de tos en extremo molesto y con tendencias á sofocarla.

Era tal su distracción, que de repente y como la que despierta de un sueño, dijo:

—Ernesto, ¿estaba Vd. ahí?

—Sí, amiga mía. ¿Qué tal se siente Vd. hoy? ¿Hay algún alivio?

—¡Siempre el mismo dolor... siempre!

Y Adela colocó la mano izquierda sobre el pecho.

—Dios ha de permitir que Vd. se ponga buena.

—¿Buena?... Por instantes me falta la vida. Pronto descansaré.

Luego añadió, como cavilando:

—Debe ser muy hermosa...

—¿Quién?—preguntó Ernesto.

—Mi rival.

—Pero, Adela...

—¡Pérfido!... Por él vivía... Sin él...

—¿Y su madre de Vd.?

—¡Ah! ¡Mi madre! ¡Mi pobre madre!

La infeliz joven apoyó la cabeza en el hombro de Ernesto, y se oía su respiración cada vez más agitada.

—¡Por Dios, amiga mía!

—Parece que me voy á ahogar. Aire... necesito aire...

Ernesto la sentó y fué en busca de un abanico.

—Gracias,—dijo Adela.

La dulzura de su semblante era entonces tal, que no podía ser mirarla sin quererla.

—¡Qué hermosa estoy!—añadió sonriendo.—¿No es verdad, Ernesto?... ¡Ah! El tiene la culpa... ¡El!...

—Vamos, Adela, tranquilícese Vd.

—Me asaltan, más que nunca, los recuerdos de mis primeros años. Me parece ver á mi madre colocándose sobre sus rodillas y jugando conmigo como una niña con su muñeca. Cuando ménos lo esperaba, daba yo un salto, huía, y ella corría detrás de mí, y me cogía al fin cansada, pagando con un millon de besos mi inocente travesura. ¿Podría hacer hoy otro tanto?... Entónces juegos y flores... hoy, martirios y venenos... Entónces ilusiones... hoy realidades... Entónces jardines de hadas y palacios de cristal... hoy... ¡Una tumba!

—No se violente Vd., mi dulce amiga.

Adela no escuchaba ya. Su imaginacion iba extraviándose por grados.

—¡El... Siempre él... No veo sino á él por todas partes!

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Ernesto. Adela le cogió una mano.

—Oiga Vd., para que se lo cuente al ingrato después que yo muera.

—No, Adela, Vd. no morirá.

La jóven continuó, sin hacer caso de las palabras de Ernesto.

—Cuando me duermo... se me aparece él, más hermoso que nunca, con sus flotantes cabellos rubios, con sus ojos azules como el cielo. Al principio me dirige palabras cariñosas; me repite que me ama y que me amará eternamente... Pero luego una horrenda sombra se alza entre los dos... Una sombra indefinible... negra... gigantesca...

—Adela... Adela...

—¿No ha oído Vd. decir que á los moribundos se les suelen aparecer estas sombras?

—¡No... jamás!...

—No siempre su color es negro. Algunas veces es rojo, otras blanco... y tiene los ojos hundidos en el cráneo, como brasas encendidas... ¡Ah!...

Ernesto sentía despedazarse el corazón.

En aquel momento entró el médico. La pulsó, escribió una receta, y se iba á marchar, cuando Ernesto, sin poder contenerse, le detuvo al salir y le dijo en voz muy baja:

—Una palabra, doctor.

—Ya le oigo á Vd.

—La verdad, quiero saber la verdad. ¿Hay todavía esperanzas de salvarla?

—No puedo...

—Sí, sí. No lo revelaré á nadie. Se lo juro á Vd.

—Que su pobre madre no llegue á recelar...

—¡Dios mío!

—La tisis...

—¡Ah!

—Está demasiado adelantada...

—Y...

—No tiene ya remedio.

El médico salió precipitadamente. Ernesto se llevó las manos á la cabeza.

—¿Qué le ha dicho á Vd. el doctor?—preguntó Adela.

—Que habia encontrado á Vd. muy aliviada, contestó el jóven.

—Entónces... le ha engañado á Vd., amigo mío.

—No, Adela. Me ha dicho la verdad.

La entrada de doña Mencía interrumpió este diálogo, y Ernesto se retiró con el corazón traspasado de dolor.

—Excuso ponderar á Vd. mi cariño á ese hombre... Vd. sabe que... pero ¿á qué recordar la pureza y lealtad de un afecto tan tierno... cuando la más negra ingratitud... ha sido su recompensa?

—¡La más negra ingratitud!—exclamó doña Mencía.

—Perdóneme Vd., madre mía, el secreto que últimamente he guardado... por temor de aumentar su angustia. Si, ese hombre... ¡Ah! el llanto me ahoga... Yo le amaba con todo mi corazón... Yo... le amo... y moriré amándole. Porque su amor era... es mi vida. El olvido me mata...

—¡Hija de mi alma!

—Me ha olvidado... ¡él!... ¿Comprende Vd. que yo viva aún?

—Adela... no te exaltes así. Ten lástima de tu pobre madre.

Peró ya la jóven, no oía ni veía. Era el período de la fiebre y de la locura.

—¡Vivir olvidada!... ¡Ah, Dios mío! El olvido es la sentencia de muerte, es la eterna noche, es el vacío ó el caos. ¡Yo no tengo oídos ni ojos desde que él me olvidó! Las flores no me regalan su aroma, desde que la hermosa flor del recuerdo se marchitó en el corazón de mi amado... ¡El canto de los pájaros me vuelve loca, la suave brisa de la tarde me quema, la armonía de la naturaleza ha muerto para mí!...

Doña Mencía cruzó las manos, exclamando:

—¡Dios de las misericordias! ¡Piedad!...

—Me ha ido preparando poco á poco el mortal golpe... ¡Ingrato! ¿Por qué no me mató de una sola vez? Esta agonía lenta me es insoportable.

—Hija...

—¡Ah! sí. Voy á decírselo á Vd. todo. Me fué matando por grados... Hasta que me escribió esta carta... esta carta...

Adela sacó del seno la última que había recibido y que ya conocen nuestros lectores.

—Voy á leérsela á Vd. ¡Es horrible! ¿Cómo habrá tenido valor para escribirla? Yo me habría cortado la mano antes. ¡Es una calumnia... una espantosa calumnia!... ¡Miente, sí, miente! Madre mía, oiga Vd.

Parecía que los ojos de la desdichada jóven iban á saltársele, y el estremecimiento de su cuerpo era extraordinario. Doña Mencía estaba arrepentida de su exigencia, pero ya no había remedio.

Empeñábase Adela en leer la fatal carta, y sin embargo, no podía. Algun obstáculo insuperable se lo estorbaba. La insistencia era inútil; el padecimiento grande.

De repente extendió los brazos, como si le faltasen las fuerzas, y dejando caer la carta, dijo con una expresión indefinida:

—¡Si está al revés!...

Doña Mencía se apoderó de la carta y la leyó rápidamente. Todo estaba explicado para ella.

¡Comprendió que se iba á quedar sin hija!!!

Adela arrancó la carta á su madre y la guardó otra vez en el seno.

Al querer hablar doña Mencía, la enferma le indicó que callase. Se puso á escuchar, como si oyese ruido lejano; se levantó, y lentamente, haciendo una parada á cada cuatro pasos, se encaminó á su lecho.

Doña Mencía, fuera de sí, con la mirada vaga de una loca, corrió á arrodillarse delante del crucifijo que había sobre la mesa del gabinete, y allí, cruzadas las manos, estuvo orando más de una hora.

El silencio era imponente; interrumpíalo tan sólo de vez en cuando un golpe de tos de la enferma ó los sollozos de la desolada madre.

CAPÍTULO XXXV

Tres al saco, y el saco en tierra.

Gargollo, Antonia y Gasparito habían trabajado con decisión y, preciso es confesarlo, con habilidad y buena suerte.

Favoreciéron la ausencia de Ernesto; pues, de lo contrario, se hubieran visto obligados á variar de rumbo y á escogitar otras medidas de acción.

La marquesa estaba servida... y explotada.

Hasta los pergaminos habían ido á parar á casa de un prestamista.

Adela y Arturo, gracias al talento práctico de Gasparito, y al talento teórico del memorialista, no pensaban ya en su futuro enlace.

Adela iba á desaparecer del número de los vivientes, si un milagro de la Providencia no la salvaba.

Gargollo había solicitado una escribanía, Antonia tenía resuelto marcharse al pueblo y Gasparito pensaba entrar de auxiliar en alguna de las oficinas del Estado. Así se libraria, durante las horas de trabajo, de los puntapiés y de los bofetones de su amabilísima esposa. Este era el bello ideal del insigne calígrafo.

La noticia que les trajo Antonia, de la sospecha que

creía haber notado en Ernesto sobre su *respetable* personalidad, turbó un momento, pero sólo un momento, el claro horizonte de tan halagüeño porvenir.

¡Es tan difícil decidirse á perder la esperanza!

Gargollo había hablado con la marquesa, que si bien al principio se asustó terriblemente, pues desconfiaba de la lealtad de aquellos miserables, no tardó en calmarse, noticiosa del acuerdo de los mismos, y segura de que, en callando, nada podía descubrirse.

Ernesto, entre tanto, no había permanecido ocioso.

Puesto en acecho, vió entrar al memorialista en casa de la marquesa de Nules.

¿Qué buscaba allí aquel tuno?

Ernesto conocía los antecedentes del famoso D. Sebastian.

Preguntó al ayuda de cámara de la marquesa, y supo que Gargollo había ido varias veces á ver á la madre de Arturo. Supo más: el ayuda de cámara, que se interesaba por el señorito, le dijo que su señora se servía de Gargollo para vender ó empeñar los muebles y las alhajas de algun valor que aún le quedaban; hasta el punto de llevarse aquel hombre los candelabros, las arañas, las joyas y... los pergaminos de su ama.

Ernesto no dudó ya de que el memorialista era uno de los principales autores de la infame traición.

Aguardaba con ansia la respuesta de Arturo.

Esta no se hizo esperar mucho tiempo.

Arturo contestó á su amigo enviándole las cartas que le pedía, y diciéndole que al día siguiente se ponía en marcha.

Puestas las cartas de manifiesto á la enferma, resultó que eran todas falsificadas; Adela negó rotundamente haberlas escrito. Entre ellas venia la última, la que motivó la contestación de Arturo.

Ernesto, para no producir en Adela una conmoción capaz de matarla en el acto, trató de distraer su espíritu de la idea que brotaba de aquel hecho infame, y se guardó bien de anunciarle la vuelta de Arturo.

Entre ambos sólo se cruzó el siguiente diálogo:

—Adela, yo espero que todo se arreglará.

—¿Todo, Ernesto?

—Dios es justo y misericordioso, amiga mía.

—Por eso me conducirá pronto al descanso que ape-
tezco.

—¿Y si Vd. se mejorase... y Dios le tuviese preparados
días más felices?

—Sin él... imposible.

—¿Y por qué no *con él*?

Ernesto acentuó estas últimas palabras.

Adela le miró de una manera extraña. El joven creyó
haber ido demasiado lejos, y dirigió la conversación hacia
otros objetos.

Aprovechó el primer momento oportuno y se retiró á
su casa.

Allí le veremos, en el siguiente capítulo, disponer su
plan de ataque y llevarlo á feliz término.

CAPÍTULO XXXVI

Antonia canta.

Ernesto contaba ya con una base de operaciones: las
cartas falsificadas.

Con un cómplice: Antonia.

Con el autor quizá de la falsificación: Gargollo.

Había que proceder por partes.

Lo primero era apoderarse de la criada: operación
fácil.

Ernesto, antes de llevar el asunto á los tribunales,
quería intentar otros medios respecto de Antonia, capaces
de acelerar el descubrimiento de los falsificadores.

Llamó á su criado.

—Manuel, le dijo,—es preciso que hagas de manera que
Antonia, la criada de doña Mencía, venga á casa.

—Bien está, señorito,—contestó Manuel.

—Ha de ser en seguida.

—Bien está, señorito.

Ernesto conocía á su criado lo bastante para saber que
no necesitaba decirle más.

Manuel era un muchacho listo, y sobre todo leal á
su amo.

Inmediatamente se fué á casa de doña Mencía, pretextando que iba á preguntar por la señorita.

Adela seguía lo mismo.

El mal hacía rápidos progresos, que la medicina no alcanzaba á contener.

—Antonia,—dijo Manuel á la criada—mi señorito me ha dado un encargo para Vd.

La pobre Antonia se estremeció.

—¡Un encargo para mí!... ¿Cuál?*

Manuel era hombre de pocas palabras.

—Necesita hablar con Vd. y quiere que vaya ahora mismo á casa.

—Imposible... No me dejarán salir.

—Yo lo diré á la señora; y como es cosa de mi señorito... y le urge...

—¿Por qué le urge, Manuel?

—No lo sé; pero si sé que necesita ver á Vd. y pronto. Con que ¿la espero?

Antonia reflexionó un instante. Si no iba, era confesarse culpable y entonces... Había, en tan críticos momentos, que proceder con audacia, sin temor á nada ni á nadie, de lo contrario, todo estaba perdido. ¿Qué pruebas podían aducirse que la comprometiesen? Ninguna. ¿Las cartas?... ¿Acaso las había falsificado ella? Su única misión había sido llevar las de su señorita al correo y recoger del cartero las de Arturo. Ni más ni menos. ¿Qué le diría Ernesto? Le haría preguntas, á que contestaría, como los presuntos reos: *ignoro*. No debía en manera alguna negarse. Una vez decidida,—dijo á Manuel:

—Espéreme Vd.

Pidió permiso á doña Mencía, que se lo concedió inmediatamente, y marchó en unión de Manuel á casa de Ernesto.

Este aguardaba con impaciencia.

Por el balcón vió venir á Antonia, y se preparó á recibirla. La escena tenía que ser representada con habilidad desplegando al propio tiempo grande energía y grande astucia.

De ahí pendía el éxito.

La pobre Antonia entró en el despacho de Ernesto.

Este cerró la puerta.

Quedaron solos.

Ernesto miró de hito en hito á la criada, que no bajó los ojos.

Comprendió el jóven que se las había con una bribona de punta.

—Antonia, le dijo ¿conoce Vd. á Sebastian Gargollo, el memorialista?

Esta pregunta, disparada á quema ropa, produjo terrible efecto en aquella mujer. El golpe era certero: revelaba una puntería segura.

—Yo... no... sí...

La turbación de Antonia fué tal, que no acertaba á pronunciar más que palabras entrecortadas.

—Responda Vd., volvió á decir Ernesto con tono solemne. ¿Conoce Vd. á Sebastian Gargollo, el memorialista?

Antonia se había repuesto un poco.

—Le conozco... por que él fué quien me proporcionó mi acomodo en casa de doña Mencía.

—¿Y por nada más?—preguntó Ernesto.

—No, señorito.

—Miente Vd., Antonia. Le conoce Vd., por haberse encargado de llevarle las cartas que Adela escribía á Arturo de Nules, y que eran recogidas y sustituidas por otras falsificadas, que Vd. ponía luego en el correo.

—¡Yo!...

—Le conoce Vd., por haber hecho lo propio con las cartas que, durante mi ausencia, iban directamente á casa de doña Mencía. Asi resulta de la declaracion que, por ante el juez de la causa que se está instruyendo en averiguacion de los falsificadores, acaba de prestar Sebastian Gargollo, preso en la cárcel del Saladero. Las cartas falsificadas están ya en poder de la justicia.

Estas palabras, pronunciadas con voz firme, no dejaron la menor duda á Antonia de que todo estaba descubierto, y arrojándose á los pies de Ernesto, exclamó:

—¡Señorito, perdon! Tenga Vd. lástima de esta pobre. No me pierda Vd. Me han engañado esas personas. Yo diré todo lo que sepa, y ya que me han puesto en este caso, caiga el que caiga, la verdad será conocida de todos.

—Antonia, el mal que Vd. ha hecho á esa infeliz criatura, que tal vez está espirando en este momento, es terrible; sin embargo, con tal que los principales autores no queden impunes, yo procuraré que á Vd. no le pare ningun perjuicio.

—¡Ay, señorito!—dijo hipócritamente la criada ¡qué poco merezco esa buena voluntad! ¡Cuánto me arrepiento de haber ayudado á los bribones!

La pobre Antonia sacó el pañuelo y se enjugó las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Ernesto, desentendiéndose de estos alardes de sentimentalismo falso y ruin, exigió á la criada un relato fiel de la traicion llevada á cabo; y en efecto, Antonia *cantó* de plano y sin omitir incidente alguno. Allí salieron á relucir Gasparito el caligrafo, Gargollo el memorialista, Petra la esposa adúltera. Habló de los conciliabulos que habian tenido para ponerse de acuerdo; dijo que el dinero lo recibian de manos de Gargollo, el cual lo tomaba de las de la marquesa de Nules, para quien trabajaban todos. En fin, Er-

nesto supo cuanto le importaba saber en el asunto de la falsificacion.

Mandó á Manuel, que le trajese un coche, y haciendo entrar en él á la *leal* Antonia, la acompañó á casa del juez del distrito, que, afortunadamente, estaba solo.

Ernesto le dijo en breves palabras el asunto que le obligaba á molestarle, y el juez envió por el escribano, pues la cosa lo merecia.

Antonia, que ya no podia retroceder; intentó, sin embargo, ponerse á la capa; pero el juez la amenazó con la galera si se retractaba de lo declarado á Ernesto, ofreciéndole que, si era esplicita y no omitia ningun incidente de los que se referian á la falsificacion de las cartas, se tendrían respecto de ella todas las consideraciones á que se hubiese hecho acreedora.

La criada de doña Mencía no ocultó nada.

El juez dictó auto de prision contra Antonia, Gargollo y Gasparito.

La primera fué conducida inmediatamente á la cárcel de mujeres, donde se la puso incomunicada.

CAPÍTULO XXXVII

La risa es llanto.

D. Sebastian Gargollo estaba tan ufano con el éxito de su bien urdida trama, que ya no recibía en el *escritorio* sino á ciertas y determinadas personas. Obrar de otra manera equivalía á degradarse. ¡Todo un futuro notario admitir consultas de gente baladí!... No, señor; nada de eso. Cada cual con su cada cual; ó lo que viene á ser lo mismo: cada oveja con su pareja.

Por supuesto, que esta conducta le enagenaba las simpatías de la parroquia. Pero ¿qué le importaba? ¿No iba á ser escribano? ¿No iba á *comprar* el derecho de llamarse guardador de la fé pública.

—¡Miren qué finchado!—decía una mujer aspirante á criada de algun título.

—Parece que le deben y no le pagan—añadía otra que pedía una casa, donde ganase de soldada dos duros.

—¡Estos farsantes que se le suben á uno á las barbas!—murmuraba un tercer interlocutor.

—Ya les llegará su merecido—decía una vieja de bastante mala traza.

—¡Vaya con el Sr. Gargollo!

—Ni que no se le conociera en el barrio.

— 179 —

—¡Desde que se le han despertado ínfulas de escribano público!

—¡El escribano!... Entonces se necesitarán memoriales para dirigirle la palabra.

—¡Cómo trata con marquesas!

—Es un redomado pillo.

—Es un pobre demonio..

—Es el cuco de los cucos.

—Es un ingrato. A mí me debe lo que tiene y me dá este pago.

—Bien empleado le está á Vd. Si no hubiese protegido á semejante hombre...

Este último diálogo se cruzaba entre dos personas de buena presencia que pasaban á la sazón y oyeron las calificaciones que se hacían de Gargollo.

El memorialista se desentendía de toda esta bulla, y allá en sus adentros imaginaba ya un porvenir de opulencia y de consideración.

Pero por algo dice el refrán aquello de: *El hombre propone y Dios dispone.*

De repente se notó un gran movimiento entre la gente que acudía al *escritorio* de D. Sebastian.

—¡Ah!!!—exclamaron todos con cierta satisfacción.

Eran los agentes de la autoridad que venían á cumplimentar la orden de prisión dictada contra el memorialista.

En el quinto cielo se encontraba Gargollo cuando le leyeron la providencia del juez. Quiso resistirse, alegando una equivocación, pues él estaba por encima de tales órdenes, como ciudadano probo, etc., etc. Pero todo fué inútil. La providencia judicial era terminante y no admitía excusa de ningún género.

Había que resignarse y marchar al Saladero entre al-

guaciles. ¡D. Sebastian Gargollo, notario público en proyecto! ¡Qué vergüenza!!!

Sonó un aplauso general.

—Ya cayó en la ratonera.

—¡A la sombra, á la sombra con él!

—Por vanidoso.

—Por pillo.

—Por ladron.

—¡Vivaaaaa!!!

Gargollo, cambiaba de color á cada instante, ora de miedo, ora de rabia. El edificio de sus ilusiones se habia desplomado; pero ¡de qué manera!

La justicia intervino el escritorio.

Entretanto, otros dependientes del juzgado, con el escribano á la cabeza, fueron á casa del memorialista y se apoderaron de todos los papeles, sellando además la puerta de su despacho.

La pobre Belen se deshacia en llanto.

¿Qué iba á ser de su amo? ¡Un amo tan bueno!...

No fué ménos lastimosa la escena en casa de Gasparito.

El *sensible* calígrafo acababa de reñir con su *virtuosa* mitad, á propósito de la fortuna que se les entraba por las puertas. Los niños corrían de acá para allá, metiendo bulla y gritando:

—¡El almuerzo! ¡El almuerzo!

Periquito y Gasparita eran dos pequeños Heliogábalos. No pensaban más que en comer.

Cuando ménos lo esperaban nuestros bien avenidos esposos, sonó un campanillazo tan fuerte que les heló la sangre en las venas.

Gasparito estuvo á punto de desmayarse.

La varonil Petra se levantó y fué á ver quien llamaba

tan descortesmente, no sin desahogarse ántes con dos ó tres ternos de los que amenizaban de ordinario su conversacion.

Abrió el ventanillo y... ¡horror! tropezaron sus ojos con el uniforme de los dependientes de la autoridad.

—No es aquí, se apresuró á decir.

—Abra Vd. á la justicia—gritó el que hacia de jefe.

Gasparito, que oyó el nombre de la *justicia*, desapareció como si le persiguiese una legion de diablos.

—Repito—volvió á decir Petra, que vienen Vds. equivocados. Aquí quien vive es D. Gaspar, el calígrafo.

—A ese es al que buscamos, tornó á gritar el jefe.

—Hable Vd. más bajo, que no somos sordos.

—Si no abre Vd. la puerta al momento, voy á llamar á un cerrajero. Con que...

Petra vió que era preciso obedecer y abrió al fin á la justicia.

Los alguaciles procedieron á cumplimentar la orden del juez; pero... ¿dónde se habia ido Gasparito?

Petra lo ignoraba. Los niños no sabian qué contestar cuando se les interrogó.

Se registraron todos los rincones de la casa: el calígrafo no se hallaba en ninguno.

Petra estaba asombrada. Era una habilidad que no suponía existiese en su *amado* consorte.

Los alguaciles, acudiendo á una medida suprema, empezaron á pegar con las varas en todos los sitios que calculaban podrian ocultar al calígrafo.

Al pegar sobre el lecho conyugal, se les figuró oír un sordo gemido. Levantaron el cobertor y la sábana; trabajo inútil. Gasparito no estaba allí.

Sin embargo, no les quedaba duda de que habian oído quejarse á una criatura humana. Esta persuasion les in-

dujo á redoblar los varazos, y... ¡oh, sorpresa! por entre el colchon de la cama y el jergon asomaron primero los piés, luego los piernas, y últimamente la melenuda cabeza de un hombrecillo, que se arrodilló exclamando:

—¡Señores, piedad! ¡Piedad!

—Vas á seguirnos ¡buena alhaja! dijo el jefe de los alguaciles.

—¿A dónde?—preguntó con voz apenas perceptible Gasparito.

—A dónde no te dé la luz.

—Ante todo, entréganos tus papeles.

—No tengo papeles.

—¿No? ¿Y eres calígrafo?

Se procedió á registrarle, y en el bolsillo del pantalon habia dos cartas de fecha reciente; que con los demás papeles, reducidos á ensayos de imitacion de letras, se unieron á la causa, como comprobantes del delito. Gasparito, á pesar de sus ruegos y de las lágrimas... de cocodrilo que vertia la *sensible* Petra, tuvo que seguir á los alguaciles.

La despedida de sus hijos fué en alto grado patética. Los abrazaba y besaba con efusion; no queria despedirse de ellos; ahogábanle los sollozos:

—Cuidado que no comprometas á D. Sebastian, le dijo por lo bajo Petra.

El jefe de la ronda que la oyó, se apresuró á quitar á la marimacho esta última ilusion. D. Sebastian hace media hora que está incomunicado en la cárcel del Saladero.

—¡Ah!—exclamó Petra,—cayendo al suelo medio convulsa.

Los niños la rodearon. Erale indiferente que se llevarán á Gasparito ¡pero... prender á Gargollo!...

El calígrafo, ántes de salir, dirigió una desgarradora mirada á su *fiel* esposa.

CAPÍTULO XXXVIII

¡Es tarde!

Dejando á los tribunales de justicia que se las arreglen con los autores y cómplices de la villana falsificacion, origen de la enfermedad, y tal vez de la muerte de la interesante Adela, trasladémonos á casa de esta, donde nos esperan escenas dolorosas, motivadas por la angustia de la madre y la desesperacion de la hija.

El mal de Adela habia tenido, en las últimas veinticuatro horas, un notable desarrollo.

Doña Mencia no acertaba á comprender como Arturo, en tan corto tiempo, habia variado hasta el punto de escribir á la enamorada jóven aquella carta. Todo se le iba en oraciones al pié del crucifijo.

¡Pobre madre!...

Cuando Ernesto le refirió los pormenores de la prision de Antonia, Gargollo y Gasparito; cuando le hizo patente la horrible intriga de que habian sido víctimas los dos amantes, doña Mencia prorrumpió en desgarradores ayes, sin tregua ni consuelo.

No lo habia, en efecto.

Su desgracia era la obra de... ¡otra madre!

¿Cual de las dos merecia más lástima?

¡La marquesa viuda de Nules!
La expiacion iba á empezar muy pronto.

¡Expiacion terrible y merecida!

Mujer egoísta.

Reputacion hasta allí intachable.

Corazon depravado.

Así hay muchas criaturas en la tierra: de immaculada fama, pero que no son acreedoras al menor respeto.

Y sin embargo, se las estrecha la mano, se las abre paso y se las exalta hasta las nubes.

¡Sarcasmo de la vida, que abate y desespera!

Por lo menos, doña Mencía estaba dotada de un corazon puro.

Desgraciada, pero inocente.

De suerte *negra*, pero de alma *blanca*.

La conciencia no debía atormentarla jamás.

Era la víctima: la marquesa de Nules... ¡el verdugo!

Ernesto no se atrevió á revelar á la enferma el hecho de la falsificacion, temeroso de que la noticia produjera un efecto demasiado fuerte en aquella naturaleza tan quebrantada, y apresurase una muerte que parecia inevitable.

Arturo no acababa de llegar; lo cual tenia inquieto á su amigo.

Eran las cinco de la tarde, y todo hacia prever una noche fatal para la pobre Adela. El hundimiento de sus pupilas, la abrasadora fiebre, la inapetencia absoluta, la casi imposibilidad de trasladarse de un sitio á otro, la profunda tristeza... indicaban que el término de la jornada iba acercándose á pasos agigantados.

Doña Mencía y Ernesto no se atrevían á separarse de la enferma. El médico, á la hora de la visita, puso muy mal semblante, y llamando con disimulo á Ernesto, le dijo que

tal vez conviniera administrar los sacramentos á la desgraciada jóven.

Cuando salió el doctor, doña Mencía, á quien no se habia escapado este incidente, suplicó á Ernesto que no le ocultase el dictámen facultativo; pero el amigo de Arturo, que aún tenia esperanzas, fundadas en la venida de éste, no accedió al ruego de la desolada madre.

A las siete, mostró Adela deseos de que se la condujese al balcon. Decía que necesitaba respirar el aire libre, ver el cielo, oír el murmullo de los transeúntes... ¿Por qué no se habia de complacerla?

En el mismo sillón que ocupaba se la trasladó á la sala y se la colocó junto al balcon, de modo que pudiera satisfacer su deseo.

La luna empezaba ya á esparcir su suave claridad por la calle del Espíritu Santo y se sentia un fresquecillo consolador. Doña Mencía manifestó el temor de que perjudicase á su pobre hija; pero Adela dijo, que si la apartaban de aquel sitio, iba á morir desesperada.

El extravío de su imaginacion era visible.

¡Con que placer inefable clavó la vista en el cielo y aspiró el aire que jugueteaba entre dos rizos de su mal cogido cabello! Dijérase que revivia...

—¡Ernesto, amigo mio... aquí escuché su *último* adios!

La voz de Adela era tan apagada, que parecia un susurro.

—¡Aquí... pronunció el juramento que no ha sabido cumplir!... En cambio... yo he cumplido el mio... como usted ve... ¿no es verdad?

—Adela, calma y esperanza.

—¡Calma!... la tengo de sobra; pero... ¡esperanza!... ¿de qué? ¡Ah!... ninguna, ninguna me resta.

—¡Hija mia!—exclamó la infeliz madre, traspasada de dolor.

Adela tomó una mano á doña Mencía y otra á Ernesto.
—Sin los cuidados de Vds... habria ya muerto. Entre tanto él... se divertirá... se divierte allá... allá lejos... en Paris... en Pa...

No pudo acabar. Sus ojos se habian dirigido casualmente hácia el ángulo que formaba el extremo de la calle, y en el momento, como movida por un resorte, se puso en pié. Empeñóse en hablar, y no brotaban las palabras de los lábios. Despues de un grande esfuerzo, exclamó:

—¡El!... ¡él!... ¡Arturo!... ¡Arturo!...

Ernesto la creyó loca.

Adela extendió los brazos, y... sin auxilio de nadie, se encaminó hácia la puerta de la sala.

Doña Mencía y Ernesto la siguieron asombrados.

—Ernesto... ¡Es él! Vaya Vd. á abrirle.

Ernesto, para condescender con la idea de la enferma, corrió á abrir la puerta.

Dos gritos simultáneos se oyeron:

—¡Arturo!

—¡Ernesto!

Arturo se precipitó en medio de la sala... que no habia pisado jamás. ¿Qué ceremonias eran concebibles en tan solemnes momentos? Ni siquiera reparó en la desdichada madre. Adela, su Adela era lo que buscaba.

—¡Adela mía!...

—¡Arturo!...

Quedaron abrazados.

—Pero...—dijo doña Mencía—¿no repara Vd. que mi hija se muere?

Estas palabras despertaron á Arturo de su amoroso sueño. La realidad, la horrible realidad se presentó desnuda ante él.

¡Tenia entre sus brazos un cadáver!

CAPÍTULO XXXIX

Virgen y mártir.

Adela no habia muerto aún; pero tocaba ya los bordes de la tumba.

Arturo, fuera de sí, la levantó en el aire cual si fuese una pluma, y la depositó exánime en el lecho... de la muerte.

¡Cómo encontraba al idolo de su vida, al ángel de sus pensamientos, á la esposa elegida de su corazón!

Corria por la alcoba semejante á un loco, cruzadas las manos, y exclamando:

—¡Maldito de Dios! ¡Maldito de Dios!

Cogió á Ernesto del brazo, y le gritó en el extremo de la pena:

—¡Así has custodiado el depósito que te confié!

—Pero, Arturo...

—¡Mal amigo!

—Te perdono, Arturo, te perdono.

—¡A mí!... ¡Pues qué!... ¿No era fácil, avisándome á tiempo, evitar?... ¡Ah! No sé lo que me digo. Ernesto, Ernesto... no me hagas caso... Estoy loco... loco.

—¡Pobre amigo mio!...

—¿Y el médico? ¿Qué opina el médico?

En aquel mismo momento llamaron á la puerta, y entró el doctor.

Arturo se precipitó á su encuentro.

—¡Sálveme Vd. á mí Adela! le dijo.

—Caballero...

—¡Sálvemela Vd., por Dios!

El médico se aproximó al lecho, donde la pobre joven recobraba poco á poco el conocimiento.

Doña Mencía, Arturo y Ernesto le miraban de hito en hito.

Adela entreabrió los ojos y pareció que buscaba un objeto.

—Arturo... dijo, con voz muy apagada.

—¡Vida mia! exclamó el joven, tomándole la descarnada mano y cubriéndosela de besos y de lágrimas.

—Ven... que yo te vea... que te oiga... ¿Eres tú?... ¡Con que al fin has vuelto... al lado de tu Adela!...

Doña Mencía quiso intervenir, porque su hija no se exaltase demasiado; pero el médico la detuvo.

—¡Sí, sí!... ¡A tu lado... para no separarme de ti jamás!

—Gracias... gracias... ¿Me amas siempre... Arturo?

—¡Sí te amo!

—Arturo... Parece que revivó... al oírte. ¡Qué felices vamos á ser! ¿No es verdad que vamos á ser muy felices?

Otra vez intentó doña Mencía imponer silencio á los amantes, y otra vez el doctor la contuvo.

¿Es que esperaba una reaccion favorable?

¿Es que creía ya inútil todo cuidado?

Nos inclinamos á pensar lo último.

—Madre mia... Aquí le presento á Vd. mi esposo... Pero ¿dónde está Ernesto?

—¡Dónde he de estar, sino al lado de Vd. mi dulce amiga!

—Quiero tener á todos... junto á mí. Así... así...

Era un doloroso espectáculo aquel grupo de la hija moribunda, la madre sin consuelo, el amante traspasado de dolor y el amigo echándose en cara su corta ausencia, que tan hábilmente supieron aprovechar los perversos.

—Pronto va á sonar la hora... ¿te acuerdas, Arturo?... La hora de nuestra... despedida, Me dejaste... este guardapelo... con un rizo tuyo... tuyo...

Adela buscó en el seno y sacó un papel doblado.

—¡Ah!... ¡Es tu carta!

—¡Amor mio! ¡Adela de mi alma!

—Me equivoqué... Aquí está...

El médico observaba impasible esta escena.

—Arturo... madre mia... No veo... Quiero ver... luz... luz...

—¡Dios de bondad! exclamó doña Mencía.

—¡Adela! gritan Arturo y Ernesto como si comprendiesen que ya la infeliz joven no los oía.

—Arturo... Adios... Toma... Ni un momento se ha... apartado... de mí... el rizo que juré que... lo llevaria... sobre mi corazon... hasta el sepulcro... He cumplido... mi... jura... men... to...

Adela calló.

Sus ojos se cerraron.

Una celestial sonrisa jugueteó en sus lábios, y pareció que coronaba su frente la aureola de las vírgenes.

El médico le puso la mano sobre el pecho.

El corazon habia cesado de latir.

¡Estaba muerta!

CAPÍTULO XL

La madre y el hijo.

No nos detendremos á describir las desgarradoras escenas que siguieron á la muerte de la virtuosa é interesante jóven, víctima de la más villana de las intrigas.

La pobre madre fué acometida de accidentes, que se reprodujeron sin cesar durante cuarenta y ocho horas.

Arturo se abrazó al cadáver, y costó mucho trabajo desasirle de aquellos restos queridos y llevarle á casa de Ernesto, donde se sintió atacado de una fiebre, con síntomas de locura, teniendo que velársele, y hasta que disponer un servicio de vigilantes para evitar que atentase contra su vida.

Ernesto fué el héroe, fué el ángel tutelar de aquellos desventurados. Dirigió cuanto atañía á los funerales de Adela, y adelantándose á los propósitos de doña Mencía y Arturo, mandó grabar una lápida alusiva á su temprana defuncion y relevantes prendas.

Sus cuidados se compartieron entre la madre y el amigo, y en los cuatro primeros dias no disfrutó un momento de descanso.

Una vez cumplidos estos dolorosos deberes, dejó á la inconsolable doña Mencía encargada á los menos indifere-

tes de los pocos amigos que visitaban su casa, y se dedicó exclusivamente á devolver la tranquilidad del espíritu, ya que no la dicha, á Arturo.

Este continuaba de bastante gravedad. El médico le hacia tres visitas diarias, procurando sobre todo que no se declarase la congestion cerebral, en cuyo caso habia que temer por su vida.

Quince dias estuvo en una situacion anómala que traia confuso y disgustado al facultativo. Ernesto pasaba las noches enteras á su lado, y sólo dormia tres horas; pues no queria confiar á nadie la vigilancia del enfermo.

Al cabo de este tiempo se observó alguna mejoría: la fiebre disminuyó y los accesos de delirio cesaron. A los diez y siete dias empezó la convalecencia.

Cuando recobró la razon y pudo discurrir, su primera pregunta fué:

—¿Y Adela?

Ernesto le indicó que callase, y cogiéndole la mano se la apretó con fraternal afecto.

Arturo recordó entónces cuanto habia pasado.

—Comprendo—dijo,—y suspiró hondamente.

—En estando mejor, hablaremos de esas y de otras cosas.

Estas palabras de Ernesto pusieron fin á una conversacion peligrosísima, atendida la debilidad del infortunado jóven.

Trascurrieron cinco dias más. Ernesto, que no habia olvidado el proceso contra los falsificadores, supo que las diligencias del sumario proseguian con grande actividad, y que se iba á decretar la prision de la marquesa viuda de Nules.

Esta noticia le obligó á personarse en casa del juez, rogándole que demorase el auto unos cuatro ó seis dias,

en vista del estado en que se encontraba aún Arturo. El juez accedió.

La convalecencia de Arturo fué rápida. Estaba ansioso por hablar con Ernesto acerca de los tristes sucesos que tan honda huella debían dejar en su alma.

Vamos á transcribir el diálogo de los dos amigos.

—Me indicaste algo sobre la falsificación de cartas—dijo Arturo.—En aquellos terribles momentos, apenas me detuve á coordinar las ideas. Adela se moría, y á mí no me tocaba sino volar á su lado. Tuve la desgracia de que el coche experimentase una avería, la cual fué causa de que se demorase mi llegada á Madrid. Lo demás...

Arturo no pudo continuar. Ahogábasele la voz en la garganta.

—Es preciso ser hombre; no basta parecerlo—dijo Ernesto.

—¡Ay, amigo mío! ¡La pérdida ha sido de tal naturaleza y tan irreparable!

—A gran pérdida, corazón magnánimo. El abatirse es propio de cobardes.

—Me ofreciste, Ernesto, que hablaríamos de muchas cosas en sintiéndome mejor. Ya lo estoy; hablemos, pues.

Ernesto refirió á su amigo los antecedentes relativos á la falsificación de las cartas. Como el lector está al cabo de todo, omitimos repeticiones inútiles, y diremos tan sólo que, en su relación, evitó Ernesto con cuidado nombrar á la marquesa de Nules.

Arturo lamentó aquella obra de la fatalidad (no acertando á calificarla de otro modo) construida sobre la base de la ausencia de su amigo, y enseguida hizo á éste la siguiente pregunta:

—Pero... ¿quién suministró los fondos necesarios para realizar tan indigno plan?

—Permíteme que...—

—Ernesto, lo adivino. Mi madre, ¿no es verdad?

—¡Pobre amigo mío!

—Desde que mentaste á Sebastian Gargollo, me asaltó la atroz idea de que mi madre no era extraña á la falsificación de las cartas. Ese miserable, ha sido encargado por ella varias veces de empeñarle alhajas de plata y oro. Es uno de los mayores pillos que se pasean por Madrid.

—Que se paseaban, dirás. Sé me figura que en lo porvenir irá á tomar el fresco á Ceuta, con un grillete al pie.

—Mi madre es capaz de todo; en tratándose de su ridícula vanidad. ¡Ah! ¡Qué tremenda expiación le aguarda! Si cree que la perdono, se equivoca. Mi madre es; pero el deplorable fin de la virtuosa joven que debía llamarse mi esposa, ha roto entre ambos, si no los lazos de la sangre, por lo ménos los del corazón. Mi respeto no le faltará; mi cariño, sí. Vamos á casa de mi madre.

—No, Arturo: Antes conviene restaurar tus fuerzas bastante abatidas. No me opongo á que veas á la marquesa; pero como la entrevista ha de afectarte mucho, quiero que cobres aliento.

Arturo aplazó la ida á casa de su madre, pero no bien pasaron dos días, se dirigió á la calle Ancha de San Bernardo, apoyado en el brazo de Ernesto.

Ni siquiera se hizo anunciar.

Cuando el ayuda de cámara le vió tan delgado y tan pálido, le costó trabajo contener un grito. Arturo le ordenó que callase, y continuó avanzando hacia la habitación de la marquesa.

Esta, sentada en su sillón, soñaba tal vez con la brillante boda que tenía dispuesta para su noble hijo; cuando el ruido de la puerta, al entrar Arturo, la sacó de tan dulce ensueño, encontrándose frente á frente con su hijo,

acompañado del amigo de la infancia. La marquesa exhaló un grito, y levantándose con los brazos abiertos, dijo:

—¡Arturo! ¡Hijo mio! Ven... que te abraza... que...

Se detuvo, porque Arturo permaneció inmóvil.

—¿Qué es eso?—continuó la marquesa.—¿Has estado enfermo? Te encuentro muy pálido. ¿Por qué no abrazas á tu madre?

Arturo, con acento firme, dijo:

—Señora, vengo á dar á Vd. el último adios.

—¿El último... adios?...—repitió temblando la marquesa.

—He padecido una terrible enfermedad y he hecho un voto solemne.

—¿Cuál?

—Renunciar al mundo.

—¿Quién? ¿Tú? ¿Mi Arturo? ¿El heredero del título de los Nules?... ¡Ah! no es posible.

—Tan posible, señora, como que vengo á despedirme... para siempre.

—¿Y á dónde piensas ir?

—Me vuelvo á Francia, y dentro de poco profesaré en una de sus más célebres Cartujas.

—Pero, hijo mio, ese voto es nulo...

—Es irrevocable, señora.

—¿Y la boda que te tenía preparada?

—Desbarátela Vd., señora.

—¿Y mis pergaminos?

—Regáleselos Vd... á Sebastian Gargollo.

—¿A... á...?

—A Sebastian Gargollo, el memorialista, el agente de usted en el negocio de la falsificación de mis cartas y las de su víctima, la desgraciada Adela, que debía ser mi esposa y á quien Vd. ha asesinado, valiéndose de tres miserables, contra los cuales procede ya la justicia.

Un rayo que hubiese caído á los piés de la marquesa viuda de Nules, no le habria producido más tremendo efecto que estas palabras, pronunciadas por Arturo con solemnidad glacial.

Dió tres pasos hacia adelante y luego se detuvo, estremeciéndose todo su cuerpo, fué á hablar y de su boca salieron solamente gemidos roncós, acompañados de espuma sanguinolenta. Miró con fijeza á su hijo; retrocedió hasta el sillón y cayó desplomada.

La marquesa de Nules habia dejado de existir.

Arturo y Ernesto, auxiliados en esta faena por el ayuda de cámara, la trasladaron á su cama, y el último corrió en busca de un facultativo.

El doctor la declaró bien muerta.

Habian transcurrido cuatro dias. El cadáver de la marquesa viuda de Nules reposaba ya en su última morada, y Arturo recibia las visitas del duelo.

Ernesto, que deseaba interrogarle acerca de la Cartuja, aunque desde luego suponía esto una invención á propósito para castigar la vanidad de la marquesa, no creyendo posible en su amigo una retirada tan completa de la sociedad, aprovechó el momento en que iba á meterse en la cama, y le hizo la siguiente pregunta:

—Arturo, ¿cuándo te vas á la Cartuja?

—Dentro de breves dias, amigo mio. ¿Lo has tomado acaso á broma?

—No; pero se me antoja que no te despedirás así del mundo.

—Me despediré Ernesto, me despediré.

—¡Tú! ¡Tan amante de las artes, de la literatura, de todo lo bello, en una palabra!

—Después de perder á Adela y á mi madre... ¿qué encanto tiene para mí la sociedad? El delito de mi madre, siendo penado por Dios, se ha librado de serlo por la justicia de la tierra, ahorrándonos de ese modo la Providencia el acerbo dolor de ver á la que me llevó en su seno presa y sentenciada. Ese delito ha llenado de hiel mi corazón... ha matado mis más dulces ilusiones... Las tinieblas anublan mi espíritu... Amigo mío, la soledad del claustro es lo único que puede convenir á mi alma, ¡huérfana de sus más queridas prendas!... No trates de disuadirme, Ernesto. Comprendo que me echarás de ménos, qué sentirás mi ausencia, tan joven aún... cuando enpezaba casi á vivir... Pero el golpe ha sido terrible... La herida es incurable... ¡Sí, incurable!... ¡Cavaré con mis manos la fosa que haya de recibirme... y este trabajo de todos los días aliviará mi honda pena!... ¡Aproximándome al sepulcro me acerco á mi Adela, al ángel de mis amores, á la inocente mártir, á la inmaculada virgen! Lo he pensado detenidamente y mi resolución es, te lo repito, irrevocable.

Arturo calló. Ernesto, convencido de que serian inútiles sus exhortaciones, no volvió á proferir una palabra alusiva á este asunto.

Arturo se marchó á Francia, y al poco tiempo escribió á su amigo desde la Cartuja *** diciéndole que no volvería á recibir cartas suyas, porque habia roto todo linaje de comercio con el mundo. Recomendábase que no dejara nunca de visitar en su nombre, la tumba de Adela, cuidando de que se renovasen las flores esparcidas, de orden suya, sobre la lápida. Ernesto cumplió religiosamente el encargo de aquel amigo tan querido y tan infortunado.

Iba todos los años á Francia con el exclusivo objeto de ver á Arturo, el cual decaía visiblemente; y Ernesto traía siempre de la Cartuja la convicción de que su fin estaba próximo.

No se engañaba. A los tres años parecia un esqueleto ambulante. La severa vida del claustro era á modo de un veneno lento, que corroía poco á poco sus entrañas.

Al cuarto año no podia ya salir de la celda.

Al quinto, cuando Ernesto preguntó por él, le condujeron á su fosa. Comprendió, y arrollándose vertió abundantes lágrimas por el leal amigo de la infancia, por el compañero de colegio, por el hombre noble y generoso que, á pesar de pertenecer á la aristocracia, jamás sintió los estímulos de la vanidad ni fué á buscar simpatías en las clases privilegiadas.

Le entregaron una carta que habia escrito poco ántes de morir.

Decia así:

«Mi queridísimo amigo: por fin voy á reunirme con ella »en un mundo mejor. Adela me aguarda. *La he visto* »che, con una guirnalda de rosas blancas en la cabeza... »Vestia el traje de boda. Nuestro himeneo se realizará »allá... lejos de las intrigas y traiciones de la tierra. Ahora »mismo me llama... Me hace señas con la mano... Me sienta »to morir... Adios, mi buen Ernesto. ¡No me olvides!... ¡No »dejes nunca de renovar las flores en el sepulcro de la pobre »mártir!... Te lo ruega el que tanto te ha querido, el que »te dedicará su último suspiro, su último pensamiento, su »último adios...—ARTURO.»

Ernesto se volvió á España con la tristeza en el corazón y el desengaño en el entendimiento.

Encontrábase solo.

Doña Mencía habia llorado tanto por su hija, que Dios

tuvo compasion de ella y la llamó á sí á los siete meses de la muerte de Adela.

Ernesto se entregó por entero á la pasion artístico-literaria: la poesia y la música formaron sus encantos. Dedicó inspirados versos á Marta, compuso algunas melodias por el estilo de las de Schubert, y así pudo soportar las amarguras y defecciones de la vida.

Influyó para que la justicia humana fuese misericordiosa con Antonia, la criada de doña Mencía y consiguiendo que se le impusiere por única pena la de cuatro años de severa reclusion.

En cuanto á Sebastian Gargollo, principal autor de todo, la escribanía con que soñaba se convirtió para él en sentencia de veinte años de presidio. Petra le siguió á Ceuta, acompañada de Periquito y de Gasparita.

El pobre calígrafo fué sentenciado á pasar sólo diez años en el correccional de Cartagena. Su mayor deseo era vivir lejos de los pies y de las manos de la *amable* Petra, y cuando supo que ésta se habia marchado con el memorialista se puso á saltar de gozo como un chiquillo.

Belén se encargó del gato de Gasparito; y reuniendo los ahorros que habia logrado hacer durante cinco años (tiempo que llevaba de servicio en casa de *Don Sebastian*) plantó sus reales en el Rastro. El gato estaba muy gordo; Belén era la codicia personificada... Un día que se levantó de mal humor, oyendo al pobre Micifuz mayar destempladamente, la tentó el diablo y... dió muerte á su leal compañero. Enseguida le cortó la cabeza, lo aderezó, y los parroquianos de su *figon* no se cansaban de celebrar el escabeche de *liebre* con que los habia *obsequiado* la patrona.

FIN

MUSEO CANARIO
BIBLIOTECA
INVENTARIO DE 1953

Núm. 1024-

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	v
CAPÍTULO I.—La madre.....	1
II.—El amigo.....	6
III.—Continuacion del anterior.....	14
IV.—Una escena de familia.....	19
V.—¡Pobre Antonia!.....	23
VI.—Los dos amores.....	26
VII.—Las dos entrevistas.....	29
VIII.—La partida. — Unos párrafos de reflexiones.....	37
IX.—El memorialista Gargollo.....	40
X.—El primer día de ausencia.....	45
XI.—La explicacion. — Nubarrones.....	48
XII.—La aristocracia sin dinero.....	52
XIII.—A buena hambre no hay pan duro.....	56
XIV.—Arturo en Paris.....	60
XV.—Gasparito.....	65
XVI.—Donde se verá que Gasparito era hombre de conciencia.....	70
XVII.—La primera carta.....	75

	Págs.
XVIII.—El escritorio del memorialista.....	80
XIX.—Historia de Ernesto.....	85
XX.—Concluye la historia de Ernesto.....	93
XXI.—Maquinaciones en la sombra.....	98
XXII.—Reflexiones tristes.—Verdades amargas.	105
XXIII.—Inocentes desahogos del memorialista...	108
XXIV.—La pobre Antonia entra en accion.....	113
XXV.—Las desgracias son pruebas.....	118
XXVI.—Un corazon despedazado.....	121
XXVII.—Otro corazon despedazado.....	127
XXVIII.—Un banquete de familia.....	132
XXIX.—Los pergaminos de la marquesa.....	139
XXX.—Un acontecimiento.....	144
XXXI.—La subida al Calvario.....	151
XXXII.—El castillo de naipes.....	156
XXXIII.— <i>Tristis est anima mea usque ad mortem</i> ..	162
XXXIV.—Mater Dolorosa.....	166
XXXV.—Tres al saco, y el saco en tierra.....	170
XXXVI.—Antonia canta.....	173
XXXVII.—La risa es llanto.....	178
XXXVIII.—¡Es tarde!.....	183
XXXIX.—Virgen y mártir.....	187
XL y último.—La madre y el hijo.....	190